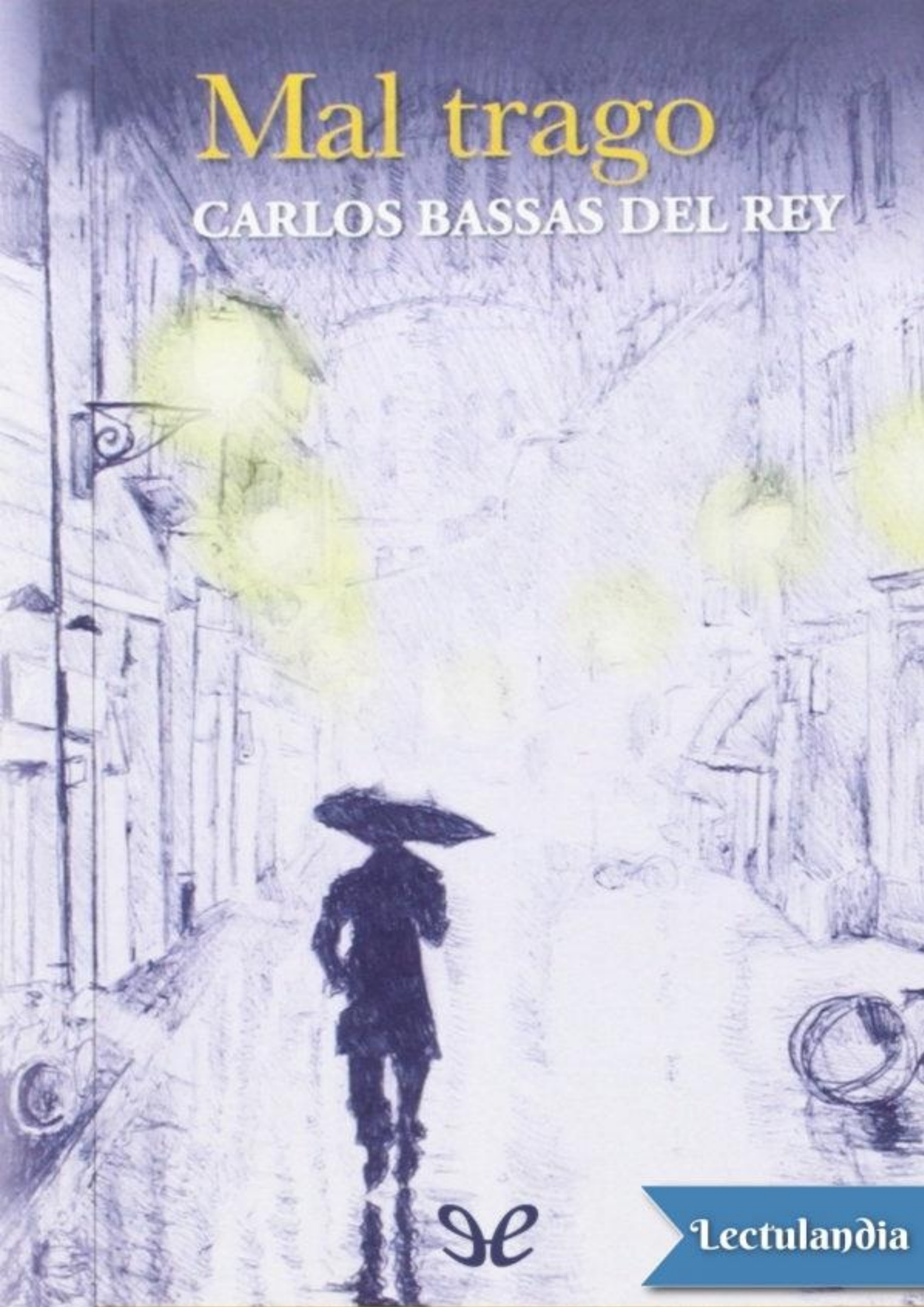


Mal trago

CARLOS BASSAS DEL REY



de

Lectulandia

Ofidia se prepara para la llegada de la primavera. Algunas tormentas descargan tranquilas sobre las calles, los tejados y sus habitantes. Hasta que el derribo de la finca de los Díaz de Ubago, una familia de postín venida a menos, saca a la luz el cadáver de un niño. A partir de ese momento, al inspector Herodoto Corominas no le quedará más remedio que aguantar como pueda el chaparrón dividiéndose entre la investigación del caso, la del cierre del bar de su viejo compañero Vázquez y sus problemas familiares. Poco a poco, Corominas aprenderá que, tal como sentenció la desdichada Medea hace varios siglos, «no hay de los humanos nadie que feliz sea; uno puede tener más suerte que los otros si le afluyen los éxitos, pero eso no es la dicha». Porque la vida no es más que eso, un maldito mal trago.

Carlos Bassas

Mal trago

ePub r1.0

Samarkanda 01.11.2019

Carlos Bassas, 2016
Diseño de cubierta: Pepe Farruqo

Editor digital: Samarkanda
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Mal trago

1

I

II

III

IV

2

I

II

III

IV

V

VI

VII

3

I

II

III

IV

V

VI

VII

4

I

II

III

IV

V

VI

5

I

Sobre el autor

Notas

A la madre que me parió

*A Paco y Montse,
padres adoptivos de todos nosotros*

*Y, sobre todo, para Marta,
que hizo posible el inicio de este camino; y para Sergio,
por escuchar cada una de mis novelas*

No hay de los humanos nadie que feliz sea:
uno puede tener más suerte que los otros
si le afluyen los éxitos, pero eso no es la dicha.

Medea. EURÍPIDES

Cada mañana contemplo
dos pies de vencido
dentro de zapatos que ríen.

Sus pies. SALVADOR ESPRIU

Quién pudiera advertir el futuro. Para ahorrárselo. Para desviarlo.
Para regatearlo.

Subsuelo. MARCELO LUJÁN

1

Et monere et moneri proprium est verae amicitiae

M. T. CICERÓN

I

El inmueble llevaba tiempo muerto.

Los vecinos se habían quejado varias veces de que se venía abajo, pero hasta que no arrojó el primer cascote y una mujer aireó en televisión lo cerca que había estado del nicho —por más que la lágrima de piedra hubiera impactado a más de diez metros de su cabeza—, nadie del ayuntamiento se decidió a mover un dedo. Ya se sabe, un muerto por desidia puede acabar con la carrera política de cualquiera, así que lo mejor era cortar por lo sano, meter la *topadora* y rematar la faena.

La finca, de portería y local en los bajos y tres plantas y mansarda por remate, había albergado las oficinas de una notaría de renombre venida a menos tras la muerte del patriarca. La segunda generación se había follado la mitad del patrimonio, y la tercera, esnifado el resto.

El único superviviente de su vieja gloria lo constituía un mirador de nogal oscuro y tejadillo sinuoso que reinaba en el primer piso.

Era una obra de mérito, pero hacía tiempo que al pobre no le quedaba ni un cristal y estaba podrido hasta la veta.

Correspondía al despacho de don Rufino Díaz de Ubago. Había sido su abuelo don Manuel, quien había mandado construir la casa —el primer edificio modernista de Ofidia— para su señora, que añoraba Barcelona, y toda la aristocracia de la ciudad había pasado por allí en un momento u otro.

Esposa e hijos ocupaban las dos plantas inmediatamente superiores, para que el hombre sintiera su peso sobre los hombros cada segundo de la existencia, mientras que el servicio malvivía en la buhardilla.

Tomada la decisión, las cosas habían seguido su proceso debido, y el aparejador municipal había redactado un Plan de Demolición de lo más escrupuloso: Memoria Ambiental y Descriptiva, Pliego de condiciones, Presupuestos, Mediciones y Estudios de Salud, Seguridad e Impacto Ambiental, además de un Plan de Residuos que incluía la lista CER, la de transportistas acreditados y los vertederos a los que iría a parar el esqueleto desmembrado.

La ciudad asistió a los preparativos con interés, y al derribo con esmero, consciente de que lo que se finiquitaba allí era en realidad el despojo de una de sus familias de mayor postín. Unos pocos —los mismos que habían cerrado sus salones a los caídos en desgracia para evitar el contagio—

contemplaron el espectáculo como el que asiste a una representación de *Dido* y *Eneas* desde su palco; el resto, con la satisfacción de ver estrellarse al rico.

Una vez en el suelo, tocaba retirar la montaña picuda a la que gloria y piedra habían quedado reducidas.

Fue entonces cuando la encontraron.

Una Pibernat negra de metro y medio de alto por unos noventa centímetros de ancho. Primero asomó una esquina, una minúscula pirámide negra, desafiante; después, la segunda, y así hasta que la sacaron a la luz en un preciso trabajo de arqueología.

—Vamos a necesitar máquina para levantar esto, chaval —gruñó el encargado, molesto por el trabajo extra.

—*Mirá* que si está llena de *plata*... —respondió su compañero, un cirujano argentino inmigrado para destripar forjados en lugar de intestinos.

—Por mis cojones —replicó el jefe, agarrándose los huevos.

Pero, por si acaso, tiró de la maneta, no fuera caso que el *pibe* tuviera razón y un golpe de suerte le permitiera retirarse en las Seychelles.

La puerta estaba abierta.

Asomó la cabeza y al descubrir lo que había dentro se quedó seco.

Hasta que su cuerpo reaccionó —una arcada que casi le saca el estómago por arriba— y expulsó todo el almuerzo por nariz y boca.

—¿Está bien, jefe?

Verlo echar la papilla de aquel modo hizo que le entraran sudores fríos; la cara de espanto del hombre, un tío con planta de estibador y modales de putero, de vientre bajo y lomo peludo, hizo el resto.

Perfiló la cabeza como el que asoma el cuello por la ventanilla para llevarse a los ojos un atisbo del accidente —lo teme, pero no puede evitarlo, necesita ver la desgracia cebada en otro para sentirse otra vez con la vida a flor de piel—, y lo primero en lo que se fijó fue en la delicada filigrana, una ramita de plumbagos morados pintada en la cara interior del portón; un trabajo fino, de los de antes, manual y hecho con esmero que le arrancó media sonrisa. Pero al penetrar un poco más en el abismo, su ánimo se destempló con la misma rapidez con la que su jefe había purgado el almuerzo sobre la gravilla.

Al fondo, hecho un ovillo, había un bulto.

Era el cadáver de un niño.

II

La Científica había levantado un cuadrilátero de sábanas bajas — cedidas amablemente por una vecina, orgullosa de que el mundo pudiera admirar su gusto en cuestiones de lencería del hogar— para evitar que morbosos y periodistas hicieran su agosto, pero hacía un buen rato que los más avezados habían acudido a los bloques contiguos y asomaban ya su curiosidad por ventanas, balcones y azoteas.

De modo que cuando Corominas llegó a la escena tenía más público que una estrella del pop, por mucho que los fans esperaran a los de la funeraria por si lograban atisbar el saco de cadáveres para calcular a ojo si el fiambre correspondía a un hombre, una mujer o se trataba de un simple pedazo.

Nadie apostaba por el crío.

Nadie quiere apostar jamás al crío. Da mal fario.

El aviso lo había pillado en el Biscuter, desayunando más solo que la una.

Desde que Agüero había entablado relaciones formales con la hija de Vázquez, sus mañanas eran de lo más desolador. Seguían viviendo cada uno en su piso, pero el subinspector pasaba ya más noches en el apartamento de Bego —un ático reformado en pleno centro histórico, refugio de pija profesional que cobra al mes lo que un madero en medio año— que en el suyo, y uno no se encama con la novia y se marcha antes del desayuno.

No hasta un año después del sí quiero, al menos.

Mientras se tomaba un té a sorbos espaciados, la certeza de que a todo el mundo le había dado por dejarlo tirado últimamente le jodió la infusión: primero, su padre; ahora, Agüero; y en unos meses, su hijo, dispuesto a convertirse en un actor hecho y derecho en alguna escuela de interpretación de Madrid.

Menos mal que aún le quedaba Vázquez.

—A ti te pasa lo que a todos, inspector: que te cagas por la pata abajo —le había diagnosticado el amigo, con su diligencia habitual—. Te ves solo con la parienta y la cosa ya no tiene nada que ver con cuando erais novios. Pero lo que te acojona de verdad es que, llegado a estas alturas, miras hacia delante y solo ves el final de la vía. Los viejos no tenemos futuro, solo pasado.

Corominas se había limitado a asentir. No porque no creyera que un hombre como Vázquez —que tenía su mundo— no fuera capaz de entender sus sentimientos, sino porque ni él mismo acababa de comprender lo que le arruinaba el ánimo.

La muerte de su padre lo había dejado huérfano de un modo insospechado, pero lo que se le hacía más cuesta arriba era la futura ausencia de su hijo.

—Que ya no tenéis veinte años, y con el tiempo uno coge sus manías. Te lo digo como lo pienso: esas pequeñas idiosincrasias que hacen que te enamores de alguien como un gilipollas son las que al final te llevan al extremo de querer mandarlo al otro barrio.

No era tanto la inminente ausencia física, sólida —ley de vida— del hijo la que realmente le perturbaba, sino su casi culminada emigración sentimental. Su creciente desapego del padre, como si el inspector fuera ya una figura del pasado; la silueta que se empequeñece —física, moral, afectivamente— a medida que nos alejamos del andén; el amante que queda atrás para siempre, reducido a contorno borroso, a recuerdo lacio.

Todo por su desidia.

La red de afectos que había tejido a lo largo de los años se limitaba a cinco hilos de entrelazado simple: Laura y Álvaro —que formaban urdimbre y trama, *cardo* y *decumano*—, Agüero, Vázquez y su hija. Un simple tafetán que apenas lo protegía del frío y la lluvia, así que la cosa no estaba como para andar perdiendo efectivos.

«En esta vida, hijo mío, uno sabe que cumple años conforme verifica que se va quedando solo —le había dicho su padre en una de sus últimas charlas—. Es como si el universo, paciente, inexorable, quirúrgico, cabrón, nos aligerara poco a poco de equipaje para el cese definitivo de negocio. Lo que a uno le provoca verdadero pavor no es la cada vez más firme cercanía de la muerte, sino la soledad que trae consigo. Uno llega a este mundo desamparado y en cueros y zarpa prácticamente igual».

Una momia inca.

Eso le pareció el cadáver.

Las piernas flexionadas contra el pecho, los brazos recogidos sobre el vientre y la cabeza recostada sobre las rodillas como si le acabara de vencer el sueño. Iba peinado con raya —tan recta que parecía tirada a plomada—, vestido de comunión, su pantalón gris corto, su *blazer* de marino con cordón dorado y bocamangas, y el charol de los zapatos le lucía a punto de revista.

En cuanto Martínez asomó el morro, Corominas supo que algo le comía por dentro. El hombre traía el gesto sombrío, el paso arrastrado y todo el peso del mundo sobre las hombreras.

Se conocían bien, los dos.

Muchos muertos.

Demasiados muertos.

—Este es mi último caso —dejó caer el forense mientras echaba un vistazo al interior de la caja—. Al parecer, me ha llegado el momento de pudrirme al sol de Benidorm con los de mi especie.

Ahí estaba.

Unos meses atrás, Vázquez; ahora, él. Corominas sabía que era el siguiente en la lista y no le gustaba un pelo.

—No te veo yo bailando el «Pajaritos».

—Pues es lo que toca, inspector. Mi mujer está encantada.

—¿Y tú?

—¿Yo? Yo, nada. No me queda otra que tragar. Hasta nos hemos apuntado a clases de baile de salón y todo, no te digo más.

—¿Y del chico? ¿Qué puedes decirme? —dio por zanjado el tema Corominas, que de repente se había visto con medio cuerpo asomado al pozo.

—Pues que llevará entre seis y ocho horas muerto. Lo que aún no puedo decirte con seguridad es cómo —señaló, por mucho que el rojo cereza de la piel, paradójicamente responsable de su buen aspecto, le diera una pista.

Corominas echó un vistazo a su reloj para hacerse una idea: había muerto en algún momento entre las seis y las ocho de la mañana.

—Parece dormido.

—El sueño eterno, eso es lo que duerme. Echaré de menos muchas cosas, inspector, pero esta te aseguro que no.

Agüero, que venía de entrevistar al capataz de la obra, se reunió con ellos.

—Según el tío, la puerta de la caja estaba cerrada, pero no tenía la llave echada. La abrieron por si había algo de valor y se lo encontraron tal cual.

—¿No hay guardia de seguridad?

—Ni cámaras. La más cercana es una de tráfico a un par de calles.

Corominas sabía que era un brindis al sol, pero no perdían nada por intentarlo.

—Pídela por si acaso.

Ni siquiera podían aventurar aún si se trataba realmente de un hecho delictivo, por mucho que la forma en la que iba vestido el crío sugiriera la posibilidad.

—Igual el derribo lo pilló por sorpresa y pensó que ahí dentro estaría seguro —aventuró el subinspector.

—¿Tú qué opinas?

—Pues que depende —se encogió de hombros Martínez.

Corominas sabía que no era hombre propenso a las conjeturas —jamás a los circunloquios, quizás se permitiera el lujo de algún soliloquio de vez en

cuando en la sala de necropsias, pero poco más—, de modo que decidió no insistir. Agüero, sin embargo, quería explorar todas las posibilidades.

—¿Pudo haberse asfixiado ahí dentro por accidente?

Al breve silencio inicial, que el subinspector interpretó erróneamente como cavilación, le sucedió el pequeño estallido.

—Cuando sepa algo, os lo diré, ¿vale?

Martínez sabía lo que estaba a punto de pasar, y tenía el estómago encogido, tanto como el arrojó; daba igual que hubiera perdido la flor en cuestión de muertos hacía mucho tiempo: ante ciertas cosas, el ánimo reacciona y, sencillamente, la anatomía le sigue.

Una inspectora de la Científica se acercó a ellos con zancada resuelta. Aunque la mascarilla le cubría medio rostro, Agüero la reconoció de inmediato. Le bastó con ver sus andares, ese vaivén de caderas que tanto conocía.

Ángela Arguedas.

En lo que tardó algo más en reparar fue en su vientre.

—¿Y eso?

—Se llama embarazo, subinspector.

—¿Y ya puedes trabajar así?

—Estoy preñada, no enferma.

Agüero enrojeció.

No había querido que el comentario le saliera machista, tampoco condescendiente, pero estaba claro que había fracasado.

—Que vosotros os pidáis la baja por un simple constipado no significa que aquí seamos todos iguales —remató la faena Arguedas.

Acto seguido, se arrodilló junto al médico y entre ambos comenzaron a extraer el cuerpo como si fuera una delicada ánfora griega.

Estaba rígido.

Corominas cayó al fin en la cuenta, y comprendió el repentino malestar de Martínez.

Al chasquido del primer hueso, se le heló la sangre. Agüero apartó la vista y se alejó unos pasos, revuelto; él, sin embargo, decidió permanecer en su puesto mientras descoyuntaban al crío. Por si el gesto servía de algo.

Una vez embolsado —apenas ocupaba la mitad del saco, el pajarillo—, posó sus ojos en la caja.

—¿Os la lleváis al laboratorio?

Arguedas levantó la vista y echó un vistazo al monolito.

—Haremos las búsquedas aquí.

Al entrar en comisaría, el corazón, que ya traía herido, le colapsó. No porque observara algo fuera de lo común, sino porque todo discurría con árida —indiferente— monotonía: voces, paseos arriba y abajo, conversaciones, teléfonos y una sinfonía de teclas completamente ajenas al drama.

Agüero le intuyó el malestar.

—¿Qué pasa?

—Y el mundo marcha.

El subinspector, que no estaba para adivinanzas, esperó a que le aclarara la cita.

—¿Te suena King Vidor? —añadió Corominas.

—Pues no. Pero un poeta de los tuyos no es, eso seguro.

—Hizo una película que se titula así.

«¿Y?», le indicó con un contracción de hombros. Pero Corominas ya enfilaba camino de su despacho.

—Pregunta en Desaparecidos, a ver si alguien ha denunciado —le ordenó antes de cerrar la puerta.

El subinspector se dirigió a su mesa y descolgó el teléfono. A los pocos minutos, estaba frente a la inspectora Marne.

Se había cortado la melena rubia como una de esas estrellas de cine de los años veinte —lo que se llama un *Bob*, aunque solo ella y Agüero, que era un experto en todo lo relativo al sexo opuesto, hubieran sabido ponerle el nombre—, y el pelo le enmarcaba la cabeza como un telón de puntas asimétricas.

Su rostro, lácteo y lleno de pecas distribuidas en pequeñas galaxias elípticas, era de lo más dulce, pero su carácter era basalto puro. Lo que más destacaba en él, sin embargo, no era esa espléndida lección de astronomía, sino sus ojos heterocrómicos —marrón canelo el izquierdo, verde como el revés de una hoja de olivo el derecho—, y sobre todo su forma de curiosear, más que de mirar, con ellos.

Cada temporada, algún novato con ganas de añadir una muesca a su culata salía con el rabo entre las piernas y el ego hecho trizas. Pero la cualidad principal que adornaba a la inspectora era otra: se trataba de una de las mejores policías que uno podía echarse a la cara.

—Solo el año pasado hubo catorce mil denuncias por desaparición en todo el país —le informó—. Pero lo que pone los pelos de punta no es eso, sino que el setenta por ciento fueron de menores...

A Agüero se le revolvió el estómago.

—Y hasta hace unos meses no tuvieron los santos cojones de poner una alerta europea —remató Marne.

—¿Cuántos lleváis aquí?

—Entre nosotros y Guardia Civil, treinta en lo que va de año. Veintidós sin resolver.

Ellos no solían tener que lidiar con más de tres o cuatro cadáveres sospechosos por ejercicio, y la mayoría acababa por ser lo que parecía desde un principio: reyerta nocturna con estocada final, botellazo, golpe de porra, bate o puño americano; violencia machista y algún que otro ajuste ocasional de cuentas.

—¿Es por el cuerpo que habéis encontrado?

El subinspector, que aún cavilaba, se limitó a menear la cabeza para darle a entender que sí.

—He echado un vistazo en cuanto me he enterado, pero no ha entrado nada en las últimas cuarenta y ocho horas.

—¿Es normal?

—Si hubiera sido un adolescente, no te digo que no. Algunos padres están hasta los huevos de que el chaval se largue de juerga otra vez y ya pasan. Pero un crío... Normal no es.

—Quizás no se han dado cuenta aún.

La inspectora le clavó la mirada.

—Es un niño, no un paraguas o unas llaves. ¿Sabéis la hora aproximada de la muerte?

—Entre las seis y las ocho, más o menos.

—Iría a clase.

—Si hay movimiento, avísame, ¿vale?

Marne le confirmó que lo haría cerrando los ojos y frunciendo los labios.

De regreso en Homicidios, Agüero fue directo al despacho de Corominas.

—¿Algo?

—Quizás no le han echado en falta aún —repitió para convencerse—. ¿Siguen llamando a tus padres si te *fumas* las clases?

Corominas trató de recordar si alguien del colegio de su hijo se había puesto alguna vez en contacto con ellos para informarles, pero hasta donde recordaba, Álvaro jamás había hecho novillos; claro que era Laura quien se ocupada de esas cosas.

El pensamiento le causó un malestar repentino: no porque su hijo fuera un poco pánfilo, sino porque no tenía ni idea de si lo era o no en realidad.

—Tendría que haber ido a casa a comer ya, ¿no?

—No si tiene una beca. O si sus padres tienen pasta y apoquinan religiosamente.

—¿Me estás diciendo que no nos queda otra que esperar a que alguien se dé cuenta de que el crío no está donde tiene que estar para saber quién es?

Agüero levantó las cejas.

—Parece que es lo que hay.

III

Corominas llegó a casa con el ánimo moribundo y se topó de bruces con la fiesta.

Un par de chavales subía por la escalera principal del edificio dejando un estrecho reguero de tierra negra tras de sí. Surgía como un chorrito tenaz por un pellizco abierto en la esquina de uno de los sacos que cargaban cuesta arriba, como si trazaran un camino de pólvora con la intención de volar la finca.

Solo tuvo que seguirlos para darse cuenta de que se adentraban en su casa, recorrían el recibidor, seguían por el pasillo, cruzaban el salón y la cocina y llegaban hasta el pequeño patio trasero de la vivienda.

Laura batía la tierra con un azadón.

A pesar de que su familia se ganaba la vida en la mar, toda casa de su pueblo tenía un huerto, y lo que uno mama de pequeño se le mete vena adentro.

Allí estaba, las piernas separadas, los muslos flexionados, tensos, la cadera baja, la espalda recta. Lozana e imponente.

Al verlo, se secó el sudor con el dorso de la mano dejándose un trazo de arcilla en la frente.

—¿Qué te parece?

—¿Qué me parece el qué?

—El huerto, qué va a ser.

Corominas recordó que su mujer había insistido en cultivar productos ecológicos en el jardín. «Podemos plantar lechugas, tomates, cebollas, zanahorias, ajos... Siempre te quejas de que la verdura del supermercado no sabe a nada. Y así, de paso, ahorramos». Era su forma de combatir el inminente vacío: un nuevo niño al que mimar, cuidar, ver crecer y del que sentirse orgullosa cuando diera sus primeros frutos.

—En esa esquina van tus hierbas.

Ante la falta de respuesta, especificó:

—Dijiste que querías orégano, tomillo, perejil, albahaca y algo de menta, ¿no?

Corominas se limitó a exhalar por la nariz.

No estaba de ánimo para charlas sobre hierbas aromáticas ni lecciones de abonos, simbiosis y niveles de acidez del sustrato destinados a aumentar el esfuerzo reproductor.

—Bueno, esto ya está, señora —dijo uno de los chicos, que al ver la cara que traía el recién llegado marido había decidido que lo más prudente era desaparecer—. Volveremos a las cinco.

El inspector les despidió con una mueca.

—De morros —dejó caer Laura, ya sin público.

—Acabo de encontrarme el cadáver de un crío dentro de una caja fuerte, así que lo que se dice hecho unas castañuelas, pues no estoy.

—¿Y tengo que saberlo por ciencia infusa?

Corominas sintió una punzada de remordimiento, pero no renunció a su derecho a sentirse asqueado.

—No, pero comprenderás que los guisantes y las lechugas me parecen algo secundario ahora mismo. —No quería sonar sarcástico, pero le salió así.

—Oído, cocina —replicó Laura, que sabía que era mejor no discutir.

—¿Y Álvaro?

—Con Eva. Tenían que hablar.

La mirada con la que acompañó la respuesta lo puso en alerta.

—¿Qué pasa?

Laura tomó aire y lo dejó sisear.

—Tu hijo se va a Madrid al acabar el curso, eso lo sabes, ¿no? Pues suma uno y uno.

—¿Y es grave la cosa? —comprendió finalmente.

Despachó el almuerzo —vainas con jamón, secreto ibérico al horno con patatas, primero hervidas, después salteadas con cebolla, pimentón, pimienta y perejil, sin nata— como si fuera una circular interna y decidió tomar el té en el Biscuter.

Aunque su próstata andaba otra vez de lo más fina —y no había dejado ninguna secuela de gravedad—, Laura lo había instado a abandonar de cuajo el café.

Así funciona un matrimonio: instancia a instancia.

Como un ministerio.

Temerosa de perder la batalla contra su morro fino, se había hecho con un cargamento de *matcha* a través de Internet. «Es el que se usa para la Ceremonia del Té», le había especificado, de modo que supiera apreciar la milenaria delicadeza que ingería a cada sorbo.

Lo que encandiló a Corominas no fue semejante fineza —un té de cuatro horas era un lujo que no podía permitirse—, sino imaginarla sirviéndoselo solo con un quimono puesto.

Por supuesto, se abstuvo de comentarlo.

El problema vino cuando se reincorporó: nadie en su sano juicio —y el exsubinspector Vázquez, que consideraba el té un asunto de pijos, *hipsters* y afeminados, no lo estaba— servía esa exquisita variedad en una ciudad de provincias como Ofidia. De modo que adquirió en una web suficiente polvo verde como para que todos los *teinómanos* de la urbe pudieran esnifar durante un mes, y se encargó de que la empresa sirviera al Biscuter una cantidad fija de *Matcha Premium* al trimestre.

Vázquez, que era muy suyo, se tomó la revancha colgando un cartel en el que anunciaba a bombo y platillo que en aquel establecimiento se servía té verde japonés «AUTÉNTICO» —así, en mayúsculas, para resaltar la sofisticación del garito— recién traído de Uji, a las afueras de Kioto, por cortesía del inspector Corominas.

Y, para su sorpresa, el reclamo funcionó.

Puro esnobismo.

Así que tuvo que ponerse en contacto con los japoneses para decirles que no, que de cada trimestre, nada; que mandaran la misma cantidad todos los meses.

Al llegar al local, Corominas descubrió a Agüero sentado en una esquina de la barra. Observaba cómo Vázquez y su hija discutían con una mujer que le recordó a Linda Hunt, la actriz menuda de *El año que vivimos peligrosamente*.

—¿De qué va la cosa?

—Algún suicida se ha quejado de las prácticas culinarias de este establecimiento —le puso al día.

Ambos sabían lo que aquello significaba: Vázquez no pararía hasta dar con el cabrón y colgarlo de la verga por los cojones.

—La cosa es aún más grave de lo que parece —pronunció Corominas con voz afectada—. El que ha cantado es uno de los nuestros.

Justo en ese instante, la autoridad municipal se personó en el Biscuter para sellar los fogones. Hasta que se dieron cuenta de que Guada, la cocinera, se había hecho fuerte en el interior de su castillo y blandía una descomunal hacheta de carne.

—¡Mi cocina está limpia como el coño de una virgen, ¿está claro?! —De tanto escuchar a Vázquez, a la pobre se le había pegado su uso del diccionario

—. ¡Agárrenme del chongo si tienen *güevos*, malditos mamones achichincles!

Ambos agentes frenaron en seco —no fuera caso que en uno de los aspavientos airados de la mujer perdieran alguna parte importante de su anatomía— y torcieron el cuello en dirección a la inspectora de sanidad; al fin y al cabo, era ella quien estaba al mando. «Es cosas suya, señora».

Interpelada en su orgullo, Linda Hunt dio un par de zancadas y se plantó frente a la puerta de la cocina, los brazos anudados sobre el pecho.

Tenía un par de ovarios, estaba claro.

Durante más de un minuto, cocinera e inspectora se escrutaron mientras una batalla descomunal se libraba tras sus pupilas. Hasta que Guada, vencida por el sentido común, dejó el machete y abandonó Numancia.

Una vez subyugada, los municipales se lanzaron sobre ella como mastines. Su hombría había quedado en entredicho, así que, por sus santos atributos, la engrilletaban y pasaba la noche en el calabozo.

Al ver el cariz que tomaban las cosas, Corominas se puso en pie y se identificó. Agüero lo secundó para equilibrar el combate.

—Inspector Corominas, chicos. Yo me hago cargo. Si tenéis algún problema, decidle a Pedregosa que esta corre de mi cuenta.

Uno de los agentes lo evaluó de arriba abajo.

Debía de tener ganas de bronca, pero al escuchar el nombre de su superior se desinfló de nuevo.

Mientras Corominas se había ganado una suspensión tras el caso que había compartido, a Pedregosa lo habían ascendido por su habilidad para sortear minas y torear medios.

Y resultó ser Manolete.

En esos menesteres lo había visto por última vez, atendiendo a la prensa tras la detención de una mujer de ochenta años que había soliviantado la sacra paz de una sucursal bancaria armada con un mechero, una botella de gasolina —que había resultado ser Nestea aguado— y una tonelada de razones.

Una peligrosa terrorista antisistema.

Así que la habían molido a palos, con la mala fortuna de que uno de los empleados del banco, espantado por la paliza —alentado también por la posibilidad de sacarse unas perras—, había decidido filtrar las imágenes de la paliza, tomadas por una de las cámaras interiores, a los medios.

Inspectora y municipales se marcharon con la sensación del deber cumplido —alguno con escozor de huevos—, mientras Guadalupe y Vázquez trataban de calmar el ánimo.

—Como pille al *hijoputa*, lo capo —amenazó el exsubinspector—. Y por mis santos cojones que el pichón acaba en la cazuela.

Bego echó una miradita a Agüero. Era una súplica: «Vigílamelo, que este hombre no tiene remedio». El subinspector asintió como el que acata la orden de un superior y se calla lo que piensa.

—¿Tú no tenías un amigo en la Municipal?

Corominas confirmó con un gesto.

—Pues ya le estás diciendo que quiero la cabeza del Bautista sobre una bandeja.

El inspector trató de escurrir el bulto.

—Te veo muy bíblico. Pero diría que el asunto depende de Sanidad, y ahí ya no tengo mano.

—Uno no juega con el sustento de un hombre y se va de rositas, inspector. Así que llamas al Papa si hace falta.

Justo en ese instante, el móvil lo salvó de tener que hacer una promesa en la que se hubiera visto atrapado hasta el cuello.

—Veré lo que puedo hacer.

IV

El Instituto de Medicina Legal de Ofidia estaba situado en un pequeño edificio en la trasera del complejo hospitalario, justo al lado de la iglesia neoclásica que lo público había construido para tener contentos a los sectores locales más reaccionarios —los mismos que ahora se negaban en redondo a que esas instituciones accedieran a levantar una mezquita a petición de la minoría musulmana.

Algunos árboles habían comenzado ya a cubrir su desnudez y las belloritas blanqueaban los parterres de hierba aún despeinada como pequeños matojos de canas —alguno de los tupés salpicado de esos chupa-chups efímeros que son los dientes de león.

La madre de Corominas le había enseñado a calcular la hora del día y el tiempo que iba a hacer con solo mirarlas. «Siguen el sol como los girasoles y se inclinan y cierran cuando va a llover. Fíjate, parecen una constelación sobre el césped —solía decirle—. Y por mucho que las cortes, a la semana todo vuelve a llenarse de estrellas».

Ahora le bastaba con echar un vistazo al reloj o levantar la cabeza hacia el cielo, pero se le había quedado el hábito.

Llevaba tiempo sin visitar aquel feudo. No era santo de su devoción, la verdad. La mayoría de inspectores que conocía solía asistir a las *necros* de sus casos, pero como no había norma que lo regulara, Corominas prefería ahorrarse el espectáculo siempre que podía.

Nada más poner un pie dentro, se sorprendió al ver que la recepción, el pasillo que llevaba a la sala de autopsias y la propia estancia dedicada a resolver los misterios de la muerte se habían transmutado en algo parecido a la consulta pija de un dentista.

Martínez, que nada más verlo le intuyó la pulla, se le adelantó.

—No solo vosotros tenéis derecho a una mejora del entorno laboral, ¿no?

El cuerpo estaba sobre una de las mesas, cubierto con una sábana para evitarles el trago. Por mucho que uno haya visto una decena de cadáveres, el de un niño descosido y repuntado siempre impresiona.

—Intoxicación por monóxido de carbono. Si ha sido intencionada o no, eso ya no puedo decíroslo. Lo que sí os puedo asegurar es que no... — Martínez buscó una expresión delicada. A diferencia de la mayoría de sus colegas de profesión, él se había vuelto cada vez más sensible a fuerza de abrir carne muerta—, que no lo han tocado.

Todos sabían a qué se refería.

El chaval seguía siendo virgen por detrás, aunque todos en la sala eran conscientes de la cantidad de perversiones posibles que no implicaban penetración. También significaba que no se había convertido en un supermercado de órganos.

Todo un detalle por parte del verdugo.

—La muerte dulce...

Corominas se fijó en la ropa del chico. El médico la había doblado cuidadosamente sobre una encimera para que se la llevaran los de la Científica. Y recordó cuando su hijo era pequeño y Laura le dejaba lo que debía ponerse al día siguiente sobre el chifonier: jersey abajo, pantalón, camisa, camiseta interior, calzoncillos y los calcetines enrollados en la cúspide.

Con el tiempo, Álvaro comenzó a protestar: que si ya era mayor para vestirse solo, que si ninguna de las madres de sus amigos hacía eso, que si ya no era un crío...

Que si ya, que si ya, que si ya.

Y ahora se preparaba para saltar del nido sin imaginar la desolación que dejaba atrás.

Entonces, reparó en los zapatos del niño.

Perfectos.

Ni una fina capa de polvo. Ni en la parte superior, ni a los lados, ni siquiera en las suelas.

Eso era.

No había dejado de darle vueltas desde que había visto el cadáver por primera vez.

—Lo pusieron allí.

—¿A qué te refieres?

—A que murió o lo mataron en otra parte.

Agüero torció el cuello y miró en dirección a Martínez, como si el forense pudiera confirmarle la suposición con algún apunte científico.

—Los zapatos —aclaró Corominas.

El subinspector lo captó al fin.

—Aunque eso no nos dice si la intoxicación fue intencionada o no —añadió su superior.

—Digo yo que si hubiera sido un accidente no habrían tratado de ocultar el cadáver, ¿no? —aventuró Agüero.

Corominas estuvo tentado de ofrecerle una disertación sobre las infinitas particularidades del comportamiento humano, sobre su estupidez, sobre el miedo y la vergüenza y el fracaso, pero prefirió resumir la lección.

—Eso no lo sabes. Lo que sí que me atrevería a decir es que no querían ocultarlo. Más bien todo lo contrario.

El derribo de la finca de los Díaz de Ubago llevaba tiempo en boca y ojos de todo el mundo; de hecho, había sido la comidilla de la ciudad en los últimos meses.

—Podrían haberlo dejado en un parque, o en cualquier otro lado, ¿no crees? Imagínate que a nadie le da por abrir la caja.

Corominas torció una comisura.

—Naturaleza humana, Carlos.

—¿Sabemos al menos quién es? —intervino Martínez. No le apetecía tener que bajar el cuerpo de un crío sin nombre hasta el anonimato de la cámara frigorífica.

Algunos cadáveres podían pasarse allí meses a la espera del trámite que decidiera su suerte. En algunos casos, el proceso se tomaba hasta sus años. El récord del IML de Ofidia lo ostentaba un ahogado que cumpliría su tercer aniversario en julio; al parecer, no había dejado ni un chispazo de afecto en la memoria de nadie.

—Aún nada.

—Quizás los de la Científica encuentren algo —dejó caer Agüero.

Corominas mostró su poco convencimiento con un alzamiento de cejas. Con los años, uno deja de creer en milagros.

Se volvió hacia Martínez. No era habitual que el forense lo convocara, de modo que, dadas las pertinentes explicaciones —nada que no fuera a plasmar en el informe que iba a enviarle más tarde—, tocaba preguntar:

—¿Y ahora nos vas a contar por qué nos has hecho venir?

Martínez tensó los labios hasta formar un atisbo de sonrisa. No era dado a aspavientos de ningún tipo, el gesto era un regalo.

Se dirigió a un teléfono de pared, marcó tres dígitos y colgó tras el primer tono.

A los pocos segundos, alguien golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante.

En cuanto el desconocido asomó la cabeza, el forense lo invitó a entrar.

—Os presento a Rafael Teixidor. Viene de Barcelona.

Corominas comprendió al instante que asistía a una entrega de trastos.

—Se hará cargo de todo esto hasta que convoquen la plaza.

«Ya está hecho», pareció decir en un suspiro.

Todos eran conscientes de que la nueva convocatoria no vería la luz hasta dentro de varios años, de modo que en un mes Rafael Teixidor sería el nuevo forense jefe del Instituto Médico Legal de Ofidia a todos los efectos. Torres, su relevo natural, había dado el salto a Madrid hacía apenas unas semanas, cansado de que su talento se desaprovechara en una ciudad de paletos.

—Así que a partir de ahora —añadió Martínez— le tocará a él sufriros. Y os aseguro que podéis llegar a provocar una úlcera sangrante a cualquiera.

Los hombres de determinada generación expresan sus sentimientos a su modo. Corominas, que a pesar de tener diez años menos que Martínez, había sido educado en la misma tradición, correspondió a su muestra de afecto como era preceptivo.

—No sé qué es peor, si ser una úlcera o una almorra.

—En ese caso, inspector, le recomiendo un poquito de Hemoal para aliviar el escozor —dejó caer un Teixidor de lo más serio.

La tensión entre ambos duró apenas un segundo. El que tardó el nuevo forense en dibujar una sonrisa. Franca. Corominas le correspondió. Al parecer, el hombre era un guasón.

—Herodoto. O Corominas, como prefieras.

—Rafa.

—Hay una cosa más —prosiguió Martínez. Como buen narrador, se guardaba la sorpresa para el final—. Lo lavaron antes de vestirlo, así que dudo que encontremos nada.

Lo primero que les vino a la cabeza fue que habían querido borrar cualquier rastro, y eso solo pasa si uno no quiere que lo trinquen.

—Tuve un caso similar en Hospitalet —señaló Teixidor, que aún no meneaba la batuta pero ya ejercía de director en espíritu—. Bueno, no era un niño, sino una anciana. El asesino le dio un baño y la vistió con sus mejores galas: pantis, vestido, collar de perlas, zapatos nuevos... Incluso le lavó el pelo, se lo secó, la peinó y la perfumó. La primera impresión, claro, fue que habían querido eliminar rastros. Hasta que los Mossos descubrieron el cadáver del marido en el garaje. Se había reventado la cabeza con una escopeta, un desastre. Su mujer tenía demencia y no tenían hijos; se ve que el hombre no podía hacerse ya cargo y decidió que los dos estarían mejor si se quitaban de en medio. La había puesto guapa para cuando la encontráramos.

«Putá soledad», pensó Corominas.

—Me refiero a que si solo quieres ocultar indicios —acabó Teixidor— no te entretienes en todo lo demás. —Se refería al traje de comunión, planchado, immaculado, con el que habían encontrado al crío—. Lo lavas y punto.

—O puedes ser un puto tarado —soltó Agüero.

—Sea lo que sea —zanjó Martínez—, nuestro trabajo acaba aquí. En cuanto sepáis quién es, llamadme.

Camino del despacho, Corominas no dejaba de dar vueltas a la historia de la vieja que les había contado Teixidor.

Le aterraba morir solo.

Verse reducido a un breve en la página de algún diario, a una simple frase corta en un boletín radiofónico, a un escrutinio morboso en el telediario: «Viejo encontrado muerto en el salón de su casa tras dos semanas, un mes, dos, de no dar señales de vida; los vecinos se quejaban del olor, pero ninguno llamó a la puerta. Su mujer había muerto y hacía tiempo que no tenía relación alguna con su hijo».

Y de repente se vio tieso en un sillón de cuero gastado, un libro abierto en el regazo, tras haber alcanzado la rigidez cadavérica y haberla pasado; tras haber iniciado la descomposición, todos los líquidos del cuerpo huidos, la piel desprendida, las grasas licuadas, la carne podrida.

El Yo evaporado.

Hasta no ser más que un esqueleto sedente.

—Diría que tenemos a un asesino rarito entre manos —dejó caer Agüero.

—Aún no estoy seguro de que se trate de eso.

—¿Sigues pensando que fue un accidente?

—Me cuadra más.

—Pues no sé qué decirte...

El móvil de Agüero interrumpió sus cavilaciones. Al ver quién lo llamaba, desconectó el manos libres y se lo pegó a la oreja.

—OK. En una hora —fue su escueta respuesta antes de colgar.

Corominas no era de los que solían hurgar en la vida ajena —de hecho, le parecía indecente, además de aburrido—, pero el gesto del subinspector le pareció extraño. Así que decidió hostigarle un poco.

—¿Quién era?

—Asunto privado.

—Como se te ocurra pegársela a mi ahijada no me vengas luego pidiéndome ayuda con el padre. —Algo le decía que tanto secretismo tenía que ver con temas de cintura para abajo—. A ver si Vázquez va a acabar teniendo razón...

—Existen cosas más allá de la bragueta, inspector —replicó Agüero.

Tema zanjado.

Aunque Corominas no pensaba dejarlo correr, por supuesto. No si significaba que Carlos iba a cargarse el primer atisbo de felicidad verdadera —si semejante cosa existe— del que había disfrutado en años.

No es que tuviera una abnegada vocación de servicio —¿hasta dónde llega el deber en este tipo de asuntos?—, sino que a veces uno tiene que hacer lo que tiene que hacer por los amigos. Aunque sea a su pesar. Como decirles que pueden llegar a ser unos auténticos gilipollas. Y, por supuesto, esperar que hagan lo mismo por uno.

«*Et monere et moneri proprium est verae amicitiae*»^[1], recitó a Cicerón.

Lo que no sabía —aunque algo intuía, por detalles, por silencios— era que el interlocutor misterioso de Agüero era su hijo, que, perdido el abuelo, se había arrimado al subinspector como el toro herido que busca las tablas para acodarse.

Entre ambos se había estrechado el círculo secreto a espaldas del padre a lo largo del último mes. Charlas, penas, rabias, decepciones. Álvaro buscaba al amigo cómplice que no anota consejos ni favores en el debe, al veterano de trincheras que conduce sin tirar de galón en charretera y bocamanga, y Agüero, sin meditarlo, trataba de salvar al adolescente de padre sordo que él mismo había sido.

Ambos se sentían culpables.

Infieles.

Por el silencio, por la relación clandestina...

Pero es más cómodo hablar determinadas cosas con el resto de la humanidad antes que con tu padre.

Las primeras búsquedas lofoscópicas y biológicas no aportaron gran cosa, pendiente aún el resultado final de los análisis. Corominas se fijó en un apartado del informe referente a la etiqueta de la ropa que llevaba el chico: Tex.

Se trataba de un traje estándar para primera comunión que se vendía en el Carrefour. Tex era, al parecer, una de sus marcas blancas.

Ofidia contaba con un único hipermercado de esa cadena; quizás pudieran encontrar el modo de saber quién había comprado determinada prenda y cuándo.

Era la primera pista sólida que tenían.

Pero antes de que pudiera echar mano al teléfono, el aparato comenzó a sonar.

—Corominas.

—Ha llamado Marne —Agüero—. El padre del chaval acaba de presentarse.

Pausa.

—¿Estás sentado?

—¿Qué pasa?

—Dice que su hijo no desapareció..., que lo secuestraron.

—¿Estás de coña?

De todos los escenarios posibles que se habían ido acumulando en la mente de Corominas, un secuestro era el último de la lista.

No tenía mucho sentido.

Por no decir ninguno.

—No puedo decirte más. Voy de camino.

—Nos vemos allí.

Agüero, cuya reunión secreta se había visto interrumpida a mitad de consejo, estaba de pie junto a Marne. Frente a ellos, desplomado sobre una silla, un hombre consumido, el rostro hundido hasta el hueso, los párpados inferiores escurridos como cera por la pérdida masiva de líquido.

Entre sus dedos, una fotografía arrugada.

Pero por mucho que la inspectora trataba de hacerse con ella, el tipo se resistía a dejarla marchar. Como si hacerlo significara asumir definitivamente

que el cadáver encontrado entre las ruinas de la vivienda de los Díaz de Ubago fuera el de su hijo.

Corominas lo saludó con una inclinación de cabeza y el gesto serio.

—Le presento al inspector Corominas. Él y el subinspector se encargan del caso —susurró Marne, que aún tiraba de la foto a delicados empujones, como si tratara de quitarle una tirita.

Pero el hombre no estaba dispuesto a claudicar. Corominas se acuclilló y echó un vistazo.

Era él.

El chico muerto.

En cuanto el padre se asomó dentro de su mirada comprendió al instante que lo acababa de perder todo y se desmayó.

—¡Que alguien traiga un vaso de agua, y avisad al 112! —gritó Marne.

Corominas le pellizó la mejilla y el cadáver regresó al infierno de la consciencia.

—¡No-mi-niño-no-mi-niño-no-mi-niño-no...!

El grito traspasó el corazón de todos los presentes. Uno nunca se acostumbra al sonido del dolor.

Los de emergencias tardaron apenas cinco minutos en llegar. Para entonces, el hombre se había sumido de nuevo en un mutismo de ojos vidriosos. Un limbo que por desgracia Corominas había observado en otras ocasiones.

En cada una de ellas, se le había cobrado un jirón.

—Nos lo llevamos —certificó uno de los sanitarios.

—¿Cuándo podremos hablar con él?

—Ni idea.

En cuanto la camilla salió por la puerta, el ambiente regresó a la tranquilidad; un par de buenos samaritanos se había llevado al doliente: un alivio para todos.

—¿Qué os ha dicho?

—Poca cosa —señaló Agüero—. Que recibió una llamada informándole de que tenían a su hijo, que no hablara con la policía, que se pondrían en contacto con él. Y al oír lo del cadáver en la radio...

—¿Dinero?

—Dice que no.

—¿Nada?

—Es lo que dice.

2

Sustine et abstine

EPÍCETO

I

De Alberto Iragui solo quedaba un seso narcotizado atrapado en un cuerpo inútil, los brazos caídos, las piernas fofas, la mirada extraviada.

Daba pena verlo.

El médico les había dicho que en lo tocante a órganos, huesos, músculos y demás, el hombre estaba bien, pero que aunque no se apreciara en ningún análisis, tenía el corazón reventado. Los veía y los oía; que fuera capaz de escucharlos y responder a sus preguntas era otro asunto.

Corominas se había enfrentado a otras víctimas rotas, pero aquel hombre era un guiñapo.

Pensó en dejar pasar un día, pero veinticuatro horas eran un lujo que no podían permitirse, de modo que una vez más le tocaba ser el madero cabrón que roe hasta el hueso sin importarle el precio a pagar, ajeno y personal. Nadie es consciente de que el dolor extraño deja cicatrices en el policia que ninguna sutura es capaz de restañar; en algunos casos, hasta la amputación traumática de un pedazo de alma.

Lo primero que constató fue que el tal Iragui estaba solo. Ni mujer, ni hermanos, ni familia que velaran su desconsuelo al pie de la cama del hospital.

Tratar de apaciguarlo hubiera sido inútil.

—Soy el inspector Corominas. ¿Se acuerda usted de mí?

El hombre seguía con la mirada perdida.

No es que no la tuviera fija en un punto, sino que la tenía vuelta hacia dentro, buscando un porqué entre sus recovecos más íntimos, los más oscuros.

—Necesito hacerle unas preguntas.

El hombre inclinó la cabeza y sus párpados se vencieron como los de una muñeca.

—Según su declaración —Corominas se refería a las pocas palabras que había pronunciado antes de que la vida se le hubiera ido a hacer puñetas—, su hijo desapareció el viernes por la tarde. ¿Es así?

Iragui alzó el mentón. Le temblaba.

—No desapareció...

—Pero usted ha dicho...

—Se lo llevaron —matizó como si todo fuera en ello.

Corominas, fiel defensor del léxico preciso, asintió.

—¿Y a qué hora se lo llevaron?

Iragui pareció hundirse de nuevo en su letargo ansiolítico. Su refugio, en el que el dolor era tan solo una reverberación lejana.

—¿Señor Iragui?

—Llamaron a las seis.

—¿Cuándo sale su hijo del colegio?

—A las cinco.

Agüero anotaba los datos que el hombre soltaba a cuentagotas.

—¿Y cómo vuelve a casa?

Iragui dejó caer la cabeza de nuevo, hasta que la barbilla se le acunó en el pecho, y susurró, avergonzado:

—Andando.

Corominas no hizo ni un gesto —no quiso hacerlo—, pero el padre creyó verle el reproche en la imperceptible arruga que se le formó alrededor de los ojos.

A Iragui le asomó entonces una lágrima. Trató de retenerla, incluso contrajo los músculos para evitar que rebosara, pero tras desenredarse de su pestaña se precipitó sobre su pómulo y viajó mejilla abajo.

—¿Qué le dijeron?

—No soy capaz ni de que mi hijo pueda volver a casa en autobús —boqueó el hombre, lanzándole una mirada muerta—. ¿Sabe lo que cuesta un billete?

Ante el silencio de Corominas, Iragui arrancó su calvario.

—Uno treinta y cinco.

—Señor Iragui...

—Uno treinta y cinco.

El inspector ladeó la cabeza y miró a Agüero. No iban a sacar mucho más de él.

—Eso es lo que vale la vida de mi hijo: un maldito euro treinta y cinco.

Regresaron a comisaría en silencio.

Cada uno pensaba en lo mismo, pero de forma privada.

Corominas se fijó en que los empleados de la jardinería municipal trabajaban ya a toda prisa en adecentar rotondas y parques.

Todos los años por estas fechas, el ayuntamiento se gastaba un buen pellizco del presupuesto en arreglar cada minúsculo parterre —podar setos, rasurar la hierba, plantar tulipanes, pensamientos, petunias y caléndulas—, para que la ciudad luciera sus mejores galas de cara a las próximas fiestas patronales.

Puro maquillaje a costa del contribuyente.

Todo seguía su curso, por mucho que el huracán que vaticinaban las encuestas estuviera a punto de barrer Ofidia.

El país entero.

Quizás hasta trajera una lluvia torrencial que arrastrara al fin un buen montón de mierda calle abajo. Aunque Corominas, de natural desconfiado, no apostaba todo al rojo. «La mierda es como la energía, inspector», le había aleccionado Durruti, «de vez en cuando se transmuta en esperanza de cambio. Hasta que vuelve a salir a flote cuando menos te lo esperas. Así es este país, una ciclotimia explosiva de vez en cuando, pero la cosa no pasa de cuatro hojas caídas, una rama rota, un poco de tierra removida y para de contar. La gente olvida que los suyos están moldeados a partir de la misma basura que el resto».

Quizás esta vez fuera diferente, pensó.

Aunque era más un deseo que otra cosa.

Corominas era plenamente consciente de que Durruti tenía razón.

Marne los esperaba en el despacho. Había tirado de aquí y de allá hasta dar con el centro escolar al que acudía el hijo: Colegio Público Cervantes. El pequeño Aitor cursaba el último curso de Primaria: acaba de cumplir los diez años hacía un mes.

También había escarbado en la situación del padre: relojero por cuenta propia, sin empleados. Como si no tuviera bastante con que el Estado le diera una vuelta de tuerca más al garrote vil que todo autónomo carga al cuello una vez al trimestre, ahora esto.

—No tiene sentido —señaló—. Aunque le hubieran pedido un rescate, el hombre no tiene dónde caerse muerto.

—Igual la cagaron —apuntó Agüero.

—Pues me *cago* en su puta cagada —soltó Marne.

—¿Habías visto algo así? —quiso saber Corominas.

La inspectora negó con la cabeza.

—¿Sigue Ribas en Secuestros?

—Se jubiló hace un mes.

«Otro», lloró Corominas por dentro.

—¿Quién lo sustituye?

Marne tardó una eternidad en contestar, consciente del terremoto inminente.

—Souto.

Las carnes del inspector se agitaron como si le hubiera estallado una granada en el interior del estómago. Y esta vez fue él quien sucumbió a la liturgia habitual del comisario Contreras: «La madre que me parió».

—¿No estaba en Patrimonio?

—Poco mediático para él, supongo.

Corominas era de natural tranquilo, pero la sangre le hervía con tipos como Souto. A diferencia del inspector jefe Clemente, al que no tragaba pero maldecía en escrupuloso silencio, a Souto lo despreciaba sin molestarse siquiera en guardar las apariencias. Era un trepa capaz de apuñalarte con una sonrisa *profidén* y profanar tu cadáver una vez frío.

Su mayor mérito —el único— consistía en haberse metido bien adentro de las bragas de la hija de un subdirector general. Al menos, el cabrón apuntaba alto.

—¿Se te ocurre alguien más?

—Camps.

—¿Quién?

—Sergio Camps —completó Marne, sin poder evitar el rubor.

—¿*Loquillo*?

El capitán Camps estaba al mando de la Unidad Orgánica de la Judicial de la Guardia Civil de Ofidia. Un chaval bajito y con aspecto de empollón apocado.

Al ver la expresión en su rostro, Marne le sacó la cara.

—Es un tío competente, te lo aseguro. Llevó varios secuestros cuando estaba en Madrid.

El inspector no acababa de acostumbrarse a los nuevos tiempos de buenas maneras —y hasta de sana camaradería en algunos casos— de las generaciones más jóvenes. *Loquillo* y Marne compartían inicios de treintena, «quién sabe si algo más», pensó al comprobar la defensa cerrada que la inspectora hacía de él.

—Si te parece bien, lo llamo.

Corominas sopesó la oferta.

Se fiaba a ciegas de su criterio, pero no quería tener problemas, y pasarle por encima al yerno de un subdirector general era jugar a la ruleta rusa con el tambor lleno.

No quería que le birlaran el caso delante de las narices —menos aún un capullo como Souto, que no reconocería a un delincuente ni con antifaz—, y sus relaciones con el comisario Contreras no pasaban por su mejor momento. «Lo más importante para sobrevivir en este trabajo es tener mil ojos para

esquivar la mierda, porque como la pises una sola vez se te queda en el zapato de por vida», solía repetirle Vázquez cuando empezaba.

Un pozo de sabiduría, el exsubinspector.

—Está bien. Organízalo. Pero extraoficial.

Marne se apartó unos metros en busca de algo de intimidad; estaba claro que entre ella y el picoleto había algo.

Agüero permaneció quieto. «¿Y yo?».

—Usa la maquina y averigua todo lo que puedas sobre el entorno de Iragui. Yo voy a hablar con Contreras.

Desde su regreso, se habían ignorado con educación exquisita. Hola, adiós y sí señor. También era cierto que las aguas habían bajado de lo más tranquilas últimamente y que Corominas se había limitado a cumplir con toda la burocracia sin rechistar.

Pero ahora tenían el cadáver de un crío entre manos, de modo que no les iba a quedar más remedio que restablecer relaciones.

—Permiso —anunció golpeando la puerta.

Contreras, al teléfono, las cejas contraídas, la nariz arrugada, también el ceño, le ordenó que se sentara con un aspaviento; su cuerpo se meneaba como un flan agitado en su butacón de mando.

—Entendido —dijo antes de colgar. Y tras asegurarse de que el aparato estaba silenciado, dejó caer un sonoro «Mamones».

Corominas ni se inmutó.

—Los de la constructora se han quejado por el retraso —se sintió en la obligación de aclarar su superior—. Como si hubiéramos puesto nosotros el cuerpo allí, coño. Puta política: no puedes vivir con ella, pero tampoco sin ella.

El inspector, que conocía sus aspiraciones, asintió dándole a entender que comprendía su malestar. Que incluso, en un arranque de fingida solidaridad, lo compartía.

—El juez ha ordenado el levantamiento del precinto. Bien que pierden el culo cuando les sale de los cojones. Bueno, a lo que vamos: ¿habéis logrado identificar a la víctima?

—Aitor Iragui, diez años recién cumplidos.

—Me cago en su puta madre. ¿Algún indicio?

Corominas sabía que si no iba con cuidado, todo lo que dijera a partir de aquel instante podía hundirlo hasta la nuez.

—No mucho.

—¿Habéis hablado con la familia?

—Con el padre. Pero nada. Lo han tenido que ingresar con un ataque de nervios.

—Algo habrá dicho.

Había llegado el momento de dar un paso adelante; tarde o temprano, Contreras se enteraría.

—Que lo habían secuestrado.

Los ojos del comisario estuvieron a punto de derramarse sobre la mesa; la misma reacción que había experimentado el propio Corominas hacía apenas unas horas. Seguía sin tener mucho sentido.

—¿Estás de coña?

—Eso ha dicho antes de desmayarse.

—¿Habéis vuelto a hablar con él?

—El médico dice que necesita su tiempo.

—La puta, tiempo.

—Hasta que podamos volver a interrogarlo, sigue tratándose de un posible homicidio. Lo único claro es que murió en otro sitio y lo trasladaron.

—¿El padre?

Corominas contrajo los hombros.

—¿Te lo crees? Lo del secuestro —indagó Contreras.

—Según ha dicho, alguien se lo llevó el viernes cuando volvía del colegio. Después lo llamaron y le dijeron que no hablara con la policía, pero no le pidieron nada por el crío. Vamos a comprobar la ruta que siguió, por si tenemos suerte.

—No está mal para estar medio muerto —soltó Contreras.

—Es todo lo que ha dicho.

—Hablaré con prensa para atajar la posible sangría. Y tú calladito, ¿estamos?

Corominas fajó la pulla y se dispuso a levantarse. Pero Contreras aún tenía algo que decir.

—¿Cómo estás? —La pregunta lo pilló desarmado—. Que hayamos tenido nuestras diferencias no significa que me importe una mierda lo de tu padre. Cuando el mío murió, el mundo se me vino encima.

—Estoy bien, gracias —logró articular Corominas.

—Mira, inspector... Me he cagado en ti más de una vez, y estoy seguro de que me tocará hacerlo alguna que otra más, pero te respeto y te aprecio. Eres un buen policía y un buen tío, por mucho que a veces te comportes como un gilipollas. Son muchos años ya, así que acepta mis condolencias, porque son

sinceras, y tómate en serio lo que te voy a decir: mi puerta está siempre abierta.

Corominas descubrió una sinceridad profunda en sus ojos.

—Gracias.

La noche era de lo más grata, pero estaba cansado y no le apetecía caminar, así que decidió coger el bus —el 12, que paraba a escasos metros de la comisaría, lo dejaba a cuatro pasos de su portal—. Hacía algún tiempo que su coche había dicho basta, y resucitarlo costaba algo más que una simple vela y una plegaria. A eso había que sumarle el hecho de que le había caducado el carné y no le apetecía lo más mínimo tener que pasar por la exasperante burocracia de la renovación; de modo que a todos los efectos era un madero peripatético.

Marne había organizado el encuentro con Camps para la mañana siguiente y se había ido a casa. A Agüero, en cambio, había tenido que despacharlo para que fuera a cumplir con sus nuevas obligaciones conyugales. No sin antes ordenarle que pidiera autorización para las imágenes de las cámaras de tráfico, comercios y bancos y los teléfonos del padre a primera hora de la mañana.

Nada más subirse al vehículo, su firme voluntad de dejar el trabajo entre las cuatro paredes del despacho se fue al traste. Lo que tardó en tenderle un billete de diez al conductor.

—¿No tiene más pequeño?

—¿Cuánto es?

—Uno treinta y cinco.

La cifra le cayó encima como una losa de sepulcro. Claro que el giro postrero de su conversación con Contreras también lo había dejado tocado. Era capaz de sentir el vacío —un hueco físico, como si el alma fuera una víscera y le hubieran sajado una llesca— dejado por su padre, pero no sabía cómo rellenarlo.

«Putá soledad», repitió para sus adentros.

Era la segunda vez en un día.

La maldita *okupa* se le había colado por una gatera sin que se hubiera dado ni cuenta. Aunque lo que le jodía de verdad no era verse cada vez más despoblado, sino, en el fondo, sentirse, saberse prescindible.

Había asistido al relevo oficioso de Martínez y era consciente de que nadie lo iba a echar de menos. Como nadie había echado de menos a Vázquez

—y algo le decía que una vez colgara el delantal sus méritos en ese campo tampoco recibirían su debido reconocimiento.

Nadie excepto él.

Aún le quedaban diez años para jubilarse, pero la vanidad había empezado a mordisquearle el ánimo.

Su padre había dejado tras de sí una impronta en forma de libros, prestigio social y un hueco académico difícil de cubrir. ¿Qué iba a legar él? Un puñado de cabrones que se cagarían en toda su estirpe hasta el fin de sus días. «Así es este trabajo, chaval —Vázquez—. No esperes que ningún gilipollas te dé las gracias. No somos ni futbolistas, ni actores, ni escritores, ni políticos, ni maricones de esos que no dan un palo al agua y encima seguro que follan mal. Solo somos maderos».

«*Suum cuique decus posteritas reppendit*»^[2], creyó escuchar al catedrático soltar desde el más allá.

El bus iba medio vacío, apenas un par de mujeres de regreso de limpiar la mierda de otros, el cuerpo cansado, la mirada vencida. Corominas se fijó en una de ellas, ínfima pero con unas manos desmesuradas y rudas que parecían ajenas, quizás trasplantadas.

Y se acordó de Elena, la mujer que habían acogido en casa durante casi tres semanas, con la que había compartido un buen trecho de su suspensión y que había contribuido a propagar su vientre hasta convertirlo en un tierno saliente.

De sus manos, machacadas por una vida de trajín.

Por mucho que Laura y el resto de miembros de la PAH de Ofidia habían luchado, la mujer se había visto sola y desamparada y había decidido regresar a su país con el ánimo en ruinas.

Sintió una punzada de remordimiento. Ni siquiera se había acordado de ella hasta ese instante.

Otra pieza prescindible.

Asomó la mirada por una de las ventanillas y observó el tráfico. Coches que dejaban estelas rojas a su paso como niños agitando tizones; otros le clavaban sus ojos inquisitorios, ceñudos, fruncidos, hostiles, redondos, cuadrados, achinados al cruzarse.

Miradas blancas y amarillas de xenón, halógenas, de Led que lo escrutaban.

Solo a él.

Como si fueran capaces de verle las entrañas.

El vehículo se detuvo.

Corominas descendió con la cabeza gacha y echó a andar como un autómatas, el *fedora* calado, las manos en los bolsillos. Hasta que se topó con una cinta que delimitaba el estribo de una futura marquesina.

El cemento estaba aún fresco y alguien lo había protegido con cinta de plástico como si fuera la escena de un crimen.

Miró a un lado y a otro.

La calle estaba vacía y el bus se perdía ya a lo lejos, llevándose consigo al extrarradio a sus ocupantes.

Levantó el plástico, se agachó y apretó su mano con fuerza contra la superficie.

II

Aunque iba de paisano, Camps no podía escaquearse de su porte militar. Eso sí, en tejanos, polo y chupa parecía aún más crío que de uniforme. Marne los había convocado en el bar de un hotel de las afueras, un tres estrellas que acogía a camioneros con sueño y parejas con necesidad de aliviarse por unas horas.

Corominas miró su reloj; el capitán compartía su costumbre de llegar pronto a todas partes.

—¿Entramos? —sugirió.

—Tú mandas.

Un pensamiento fugaz cruzó por su cabeza —el mismo que había asomado a la mirada del taxista que lo había llevado hasta allí—: «Igual alguien nos ve y piensa que hemos decidido llevar lo de la colaboración entre cuerpos hasta el catre».

—¿Café?

—Un té. Verde si tienen —contestó Corominas.

Justo en ese instante, la inspectora Marne entró en la cafetería y le indicó que le pidiera un café con gesto familiar. Repetido otras veces, pensó Corominas. Estaba seguro de que habían llegado juntos, pero habían preferido entrar por separado.

Si se sabía en comisaría, a alguno le daría un pasmo.

Agüero llegó al poco con la mejilla aún cortada por la arruga de una sábana. Corominas lo invitó a que se acercara a la barra para echar una mano al guardia civil.

—Te toca por llegar el último.

—No he llegado tarde —protestó.

—No he dicho eso. Solo he dicho que eras el último —especificó.

El subinspector se levantó de mala gana y fue al encuentro del capitán, que cargaba de regreso con un cortado para Marne, el té para Corominas y su café con leche en perfecto equilibrio sobre su antebrazo.

—No sabía qué querías —se excusó al cruzarse con Agüero, que ganó el mostrador y pidió un descafeinado de máquina con leche desnatada.

Camps distribuyó las consumiciones con la profesionalidad de un camarero veterano.

—¿También os enseñaban a servir cafés durante la instrucción? —bromeó Corominas.

—Mis padres tienen un bar en El Clot, y a la fuerza ahorcan —respondió—. ¿Conoces Barcelona?

—Tengo familia.

—Con ese apellido...

—El catalán era mi abuelo.

—¿Y cómo acabó aquí?

—Era viajante de embutidos. Cubría la zona norte —indicó Corominas—. Y se encoñó.

—Pues estás ante un charnego de pura cepa. Madre de Alcázar de San Juan y abuelo de Reus. De ahí lo de *Loquillo*, el mejor roquero catalán de todos los tiempos.

—¿Y de dónde te viene lo de *picolo*? —soltó Agüero, sentándose.

—De mi abuela materna. Era *matrona*.

—¿Qué?

—Huérfanas y viudas de la Guardia Civil. —Corominas había oído la historia en una ocasión—. Fueron las primeras en incorporarse al cuerpo, ¿no?

—En el 48 —confirmó el militar—. Pero no hemos venido a hablar de la familia, supongo —añadió de seguido—. ¿En qué puedo ayudaros?

—La inspectora me ha dicho que llevaste varios secuestros mientras estabas en Madrid.

Camps permaneció inmóvil, la mirada fija en Corominas, invitándolo a seguir.

—Es por lo del crío que apareció ayer. El padre asegura que se lo llevaron el viernes por la tarde cuando volvía del colegio.

—Y no pidieron rescate —afirmó más que preguntó el capitán.

—Nada —confirmó Corominas.

—¿Sabéis ya cómo ha muerto?

—Intoxicación por monóxido.

Camps asintió.

—Quiero saber dos cosas —prosiguió Corominas—: qué te dice tu instinto y si has visto alguna vez algo parecido.

—¿Que secuestren a alguien y no pidan nada a cambio?

Corominas corroboró con la cabeza.

—¿Alguna relación del padre con el crimen organizado?

El inspector ladeó la cabeza en dirección a Agüero.

—Nada de nada. Y sé hacer mi trabajo.

—No he dicho lo contrario —se defendió Camps, por mucho que no hubiera puesto en duda la profesionalidad de nadie—. Pues así a bote pronto, se me ocurren tres motivos: sexual, venganza o que el crío se les muriera sin querer. Al padre, a la madre o a quien fuera.

—El cadáver no presentaba ningún indicio de abusos, y el hombre es viudo desde hace varios años. —Agüero descartaba hipótesis.

—Quien fuera, lavó el cuerpo, le puso ropa nueva y hasta lo peinó —detalló Corominas.

Nadie quería pensar en la posibilidad de que el culpable fuera Iragui. Ni de asesinato, ni siquiera de homicidio negligente y posterior encubrimiento. Por mucho que fuera quizás la opción menos sucia.

Pero la experiencia tira.

Te enseña que el culpable es casi siempre alguien pegado al muerto: padre, madre, hermano, primo, tío o amigo del alma. Tiene su lógica. Codicias lo que está cerca, lo que te pasan por delante de las narices todos los días.

Hasta que se te va la cabeza.

—¿Habéis comprobado la llamada?

—Estamos pendientes de la orden —respondió Agüero.

—Pues no sé qué deciros —suspiró Camps—. Todo apunta al padre. He visto de casi todo: secuestros exprés por cuatro *pavos*, ajustes de cuentas, venganzas... Pero los progenitores suelen llevarse la palma. Una puta mierda, vamos.

La conversación quedó en suspenso durante varios sorbos, hasta que el capitán se dirigió de nuevo a Corominas.

—Os he dicho lo que pienso yo, pero ¿qué pensáis vosotros?

—Que algo no me cuadra. Por eso quería hablar contigo.

—Te diré lo único que sí sé —se arrancó Camps—: que a alguna gente se le va la olla. Así sin más. Del todo. Hace unos años llevamos una

investigación en Almería. Alguien secuestró a la mujer del alcalde de un pueblo y le mandó una nota en la que le decía que si no se pegaba un tiro, se la mandaría a cachos. Cada día, uno. El tío era del PP y el delegado requirió a gente de Madrid. María de la Concepción Regidor Fuentes, me acordaré toda la vida. El alcalde pensó que era una broma, pero el secuestrador le dejó un pulgar en la puerta de casa al día siguiente, y después el otro. El forense confirmó que se los habían cortado en vida, probablemente con un hacha. Montamos un operativo e interrogamos a todo dios, pero nadie había visto ni oído nada. Al tercer día llegó una oreja...

—Hostia —soltó Agüero.

—Simulamos el suicidio y sacamos la noticia en prensa. Se montó velatorio y entierro y todo, la caja cerrada con la excusa de que el hombre se había reventado la cara —desgranó Camps—. Sabíamos que el secuestrador estaría allí seguro, pero... La mujer apareció muerta en un camino esa misma noche.

—¿Y cómo lo trincasteis? —quiso saber el subinspector.

—No lo hicimos. El alcalde acabó colgándose y la cosa se tapó. Una cagada de la hostia —terminó. El recuerdo le pesaba—. Yo de vosotros miraría lo del padre con lupa, y si no hay nada... Rezad para no tener un asesino de críos al que se le haya ido la pinza.

Alberto Iragui recibió el alta a media mañana y se enchironó en su casa. La muerte de su hijo ocupaba la portada de los dos diarios locales, y lo singular de la escena del crimen había encontrado hueco en los de tirada nacional, las radios y las televisiones.

El inmueble era un castillo sitiado por becarios con grabadora, cámara y micrófono: esclavos del nuevo periodismo.

Corominas pasó de largo y aparcó un par de calles más allá.

Mientras trataba de entender la máquina de la zona azul, una voz a su espalda le sobresaltó.

—Te esperaba.

Un par de monedas rodaron por el suelo.

—Joder, Durruti, ¿es que ahora me sigues o te ha bajado del cielo el don de la clarividencia?

—Lo único bueno que a uno le puede caer del cielo es lluvia, inspector; todo lo demás es castración —respondió el periodista—. He visto pasar tu coche y me he limitado a ver dónde girabas. No te preocupes, el resto son niños de teta con micro y no tienen ni puta idea de quién eres. Ellas están cada

día más buenas, eso sí; y aunque las tetas no compensan el seso, alegran la vista.

—Ya puedes echar la caña todo lo que quieras, que el caladero está vacío —le advirtió.

—Ya veo: *Scio me nihil scire*^[3] —contraatacó Durruti—. ¿O te referías a ellas? Pues resulta que no hay nada como ser un reportero de éxito para disfrutar de las mieles del sexo. ¡Ya ves, a mi edad! Lo que la naturaleza te roba por un lado, te lo devuelven la fama y la química por otro. Santos varones alquimistas. En cuanto a la profesión, la cosa está cada vez peor. Lo mejor que puedes hacer es tirarte a un príncipe y retirarte.

—La cita correcta es: «Este hombre, por una parte, cree que sabe algo, mientras que no sabe nada. Por otra parte, yo, que igualmente no sé nada, tampoco creo saber algo» —aclaró el inspector—. De lo otro no sé nada.

—¿Hablas del caso?

Corominas le concedió una sonrisa. Durruti era de los pocos que le aguantaban en pie más de un asalto; ambos disfrutaban cruzando guantes de vez en cuando.

—Hablo de todo.

—A otro perro con ese hueso.

—No hay nada que no se haya publicado ya. —Nadie tenía ni idea de lo del supuesto secuestro. «Al menos de momento», pensó Corominas, que sabía que tarde o temprano la cosa acabaría saliendo a la luz.

—Se nos da bien colaborar y lo sabes —le soltó el plumilla.

Corominas recordó el caso que le había costado la suspensión y había elevado a Durruti a los sagrados altares del periodismo. Él también había sacado tajada, por supuesto. Pero de otro tipo. De la que no otorga prebendas pero deja satisfacción. Y poder seguir mirándote a la cara por las mañanas.

—No sé yo.

—Lo que te pasa es que en el fondo eres un romántico. No es como ser gilipollas, pero casi. ¿Vas a hablar con el padre?

—Ahora comprendo el secreto de tu éxito.

—Si tienes algo que contarme, ya sabes dónde estoy. Y si necesitas algo de mí, también sabes lo que te costará.

Durruti dio media vuelta. No tenía que entrar en directo en ninguna cadena y sabía que era una estupidez montar guardia... Pero algo lo retuvo.

—Por cierto, siento lo de tu padre.

Ambos quedaron frente a frente.

Ni rastro del caso en sus miradas.

Solo dos hombres.

—Te diré algo que jamás le he dicho a nadie —dejó caer a continuación—. Mi padre fue el mayor hijo de la gran puta que ha parido esta católica, apostólica, romana y cruzada ciudad, pero cuando se fue al otro barrio... Sabes de lo que te hablo.

Corominas dejó caer los párpados. Aunque su padre tuviera menos pecados que purgar que el del periodista, también debería rendir alguna que otra cuenta al cruzar el Estigia.

Como todos.

—Suerte con lo tuyo —se despidió finalmente.

La vivienda era de lo más modesta: recibidor estrecho, cocina americana con piso de planchas despuntadas de linóleo, salón al que se abría la puerta de la habitación de matrimonio, un baño y el dormitorio del hijo.

Todo se abarcaba de un vistazo.

Iragui lo esperaba sentado en un sofá de cretona heredado, como el resto de muebles. La persiana del salón estaba bajada, ni un agujero entre las lamas por el que se colara un solo rayo, ni de sol ni de esperanza.

La única luz provenía del televisor. El hombre yacía frente a él, el volumen al cero, mientras el reflejo de las imágenes danzaba sobre su piel a cada cambio de plano.

La estancia olía a sobaco y a aliento dulce. A alcohol. El hombre se había metido a gollete una botella de *whisky* comprada en un chino con la intención de abrasarse el cerebro y las tripas.

Mientras esperaba a que le diera pie, Corominas echó un vistazo a varios marcos alineados sobre un mueble. Albergaban fotos de una infancia pobre, de varias vacaciones pobres, de cumpleaños pobres, de una boda pobre.

De una vida pobre.

Al acabar, subió los ojos hasta el televisor. Un viejo armatoste de tubo catódico.

Un grupo de tertulianos discutía. Espasmos, gestos airados, cruce de dedos, reproches y acusaciones que la ausencia de voz convertía en mímica desquiciada. Corominas recordó algo que le había dicho Durruti en una ocasión: «Las putas teles y las malditas redes sociales han otorgado el sagrado derecho de la palabra a hordas de imbéciles. Vivimos rodeados de gilipollas, de cabrones y de hijos de puta de la peor calaña con acceso ilimitado a armas de destrucción masiva. Dejémonos de paños calientes: el ser humano está

podrido, inspector. Cuanto antes lo asumamos, mejor. Los mierdas son legión».

—¿Puedo sentarme?

Iragui desvió la mirada hacia una mesa bajo la que se apretujaban tres sillas —cada una diferente— y la regresó al televisor, como si aquel baile de los malditos le confiriera una calma hipnótica.

En la pantalla reinaba ahora una foto de su hijo.

—¿Se la han dado ustedes? —fueron sus primeras palabras.

Corominas negó con la cabeza.

Aunque era parecida a la que la inspectora Marne había logrado arrancarle de entre los dedos, no era la misma. Se alegró de que la filtración no viniera de su casa.

—¿Y cómo la han conseguido?

—No lo sé. Hoy en día nos toman decenas de fotos.

—¿Por qué no está la suya, entonces? Usted lleva el caso, ¿no?

Corominas se fijó algo más en la instantánea. Parecía tomada en un aula de colegio.

—Supongo que es porque yo no genero lástima.

Iragui torció el cuello. No se esperaba la respuesta. El inspector aprovechó el momento:

—Hábleme de la llamada.

—¿Qué quiere saber?

—¿Lo llamaron a este teléfono?, ¿a la tienda?, ¿al móvil?

—A casa. No tengo teléfono en la tienda, uso el móvil.

—No le voy a preguntar si reconoció la voz, sino si reconoció a la persona.

—¿A qué se refiere?

—Algún giro, alguna expresión, alguna palabra rara o característica. Algo familiar.

El hombre negó.

—¿Conoce a alguien que le pueda haber hecho algo así?

Iragui volvió a menear la cabeza.

—La relojería es lo único que tengo. Este piso era de mis suegros.

Aunque sabía que Agüero escarbaría, había decidido tomar notas para mostrar el interés debido, y porque hay cosas que un ordenador no puede decirte. Las máquinas solo encuentran, recopilan, cruzan datos y en última instancia los ordenan según les digas.

—¿Quién le puede hacer esto a alguien como yo? —soltó entonces Iragui, airado. Su ánimo era un tiovivo, del odio a la derrota a cada respiración.

—¿A qué se refiere?

—A un pobre, inspector. A un muerto de hambre. Porque eso es lo que soy. Un mierda que ni siquiera puede pagarle el autobús a su hijo —remató mientras evacuaba dos lágrimas.

Corominas intuyó que lo perdía, aunque tampoco esperaba sacar mucho más de él. No sin saber aún si la llamada de los secuestradores se había producido o no realmente.

Aun así, podría haber sido el mismo Iragui desde un móvil de prepago. Pero algo le decía que no era el caso.

Otra cosa más que no pueden intuir las máquinas.

—¿Qué le dijeron exactamente? —trató de centrarle de nuevo.

—Que esperara.

—¿A qué?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Y cómo sabe que decían la verdad, que tenían a su hijo?

Iragui cerró los ojos, cansado por el tira y afloja.

—Pulguita.

—¿Pulguita?

—Dijeron que si quería volver a ver a mi Pulguita, que no llamara a nadie. Corominas se mantuvo a la espera.

—Mi hijo nació sietemesino... Era minúsculo. Casi me cabía en la mano, ¿sabe? —dijo el hombre mientras desplegaba la palma, como si el bebé aún se desperezara sobre ella—. Así es como lo llamaba mi mujer. Mi Pulguita.

El rostro del pequeño acudió a la mente de Corominas. Había dejado de ser el de un cadáver para convertirse en el de un crío que había luchado por su vida desde el mismo instante de nacer. «¿Y para qué?», pensó, asqueado.

—Quiero verlo.

Corominas esperaba la petición. Y esperaba la pregunta que vino seguida.

—¿Sufrió?

—Murió por intoxicación de monóxido de carbono.

Esta vez fue Iragui quien permaneció en un silencio aprensivo a la espera de que le aclarara los síntomas.

—Se fue quedando dormido hasta que dejó de respirar.

—Y... —titubeó el padre.

Corominas imaginó que por su cabeza pasaban poco menos que las pinturas negras de Goya.

—No lo tocaron —lo tranquilizó, usando la fórmula empleada por Martínez.

III

No esperaba mucho del interrogatorio, pero al menos había sacado una cosa en claro: el hombre no mentía. «Aunque quizás el instinto te esté caducando como el ánimo», tuvo que reconocer.

Decidió darse un respiro e ir a casa a comer.

Sentía el alma pesada y le apetecía alejarse de todo; en caso de producirse alguna novedad, estaba seguro de que Agüero lo llamaría.

La mesa estaba puesta para tres.

—¿Hola?

Laura asomó la cabeza con expresión de sorpresa.

—¿Qué haces tú aquí?

—A eso lo llamo yo un buen recibimiento —respondió mientras se peinaba con los dedos. Empezaba a hacer calor y el sombrero le hacía sudar en exceso.

—Tu hijo y Eva vienen a comer.

—Ya veo. Y alguien no estaba invitado.

—Haber avisado.

Aunque había decidido mantenerse firme en su cruzada contra los móviles, se dio cuenta de que acababa de perder otra batalla, quizás la última; su Little Bighorn, su Waterloo, sus Termópilas. Apenas le quedaban ya huestes en pie.

Mientras colocaba un nuevo plato en la mesa, la puerta de entrada se abrió.

Álvaro puso cara de espanto al verlo. Eva, en cambio, optó por permanecer en una discreta retaguardia mientras el rubor ganaba enteros en sus mejillas.

—Bueno, igual es mejor así —pronunció su hijo—. ¿Nos sentamos?

Laura apareció con una fuente colmada de espaguetis a la carbonara — yemas de huevo, panceta, parmesano, *pecorino* y pimienta negra, que es el elemento que da nombre al plato por su semejanza con las esquirlas de carbón. Sin nata, por supuesto, y con un ligero toque de ajo en la sartén en la que se cocina la panceta; *facile, ma non troppo*^[4]—. Era uno de los platos favoritos de Álvaro, por lo que Corominas dedujo que la comida se había fraguado con antelación.

A sus espaldas, por supuesto.

De modo que optó por mantener un silencio afectado. No podía sacudirse de encima la sensación de que era un convidado de piedra; no iba a ser él quien lo hiciera añicos.

En cuanto Laura ocupó su silla, Álvaro bebió un trago de agua.

—Eva y yo hemos estado hablando... —Entrelazaron sus dedos. Buscaba un punto de apoyo y de paso frenar la tiritera que se había apoderado de la extremidad—. Y hemos decidido casarnos.

A Corominas casi se le fue un fideo por el agujero que no era.

—Bueno, no mañana, claro...

—Ni mañana, ni pasado, espero —soltó.

Laura se había quedado pasmada. Muda del todo.

—Eva va a pedir plaza para medicina en Madrid el año que viene, y yo haré el examen de la RESAD el 15 de junio. Queremos vivir juntos.

—¿Y para eso hace falta casarse? —dejó caer, sorprendido por que su hijo, que no había pisado una iglesia en vida, hubiera decidido que una sotana o la autoridad competente le certificara el amor.

Eva inclinó la cabeza, apabullada.

—Entiendo... —suspiró.

—No es eso, papá —se apresuró a aclarar su hijo—. Eva y yo no...

—Pero si aún sois unos críos —saltó al fin Laura, cuyo rostro se decidía entre la desesperación, el llanto y el enfado—. Me parece bien que queráis vivir juntos, pero...

La mujer se dio cuenta de que el tono le había crecido en decibelios y decidió frenar en seco. Estaba tan ensimismada que no había reparado en el gesto de su futura nuera, que dejó escapar un hilillo de voz.

—Es por mis padres...

—¿Qué pasa con ellos? —quiso saber Corominas, que había errado el primer tiro y no quería volver a meter la pata. Ni siquiera sabía si su hijo era virgen. Sencillamente, nunca habían hablado de ello.

—Que nunca aceptarán si no lo hacemos.

—¡Pero si estamos en el siglo XXI! —exclamó Laura con fuerzas renovadas.

—Las creencias no tienen fecha —respondió Eva—. Y aunque no piense como ellos, los respeto.

A Corominas le admiró su aplomo —el que le faltaba a él cuando su mujer se ponía en pie de guerra—. No comulgaba con ningún tipo de zarandaja que apestara a incienso, pero era consciente de que de seguir por

ese camino la pondrían entre la espada y la pared y alguien acabaría sangrando. Con toda probabilidad, su hijo.

El resto de la comida prosiguió como si se hubieran trasladado a un refectorio benedictino.

Por primera vez en su vida, deseó que le sonara el móvil. «Aunque sea un muerto, qué le vamos a hacer». Hasta estuvo tentado de prometer que si el dichoso aparato despertaba lo llevaría siempre con el volumen al máximo.

«Eres un maldito hipócrita, inspector», se fustigó.

—¿Y ya habéis hablado con tus padres? —preguntó al rato Laura, el timbre de nuevo sereno.

Eva negó con la cabeza.

—Primero queríamos hablar con vosotros —respondió Álvaro—. Pensábamos que iba a ser... Más fácil.

La barra del Biscuter parecía desnuda sin sus bandejas de inoxidable a rebosar de albóndigas, callos, calamares encebollados y choricitos a la deriva sobre un estanque de aceite.

El cierre cautelar de las cocinas tenía al exsubinspector de cabreo perenne. Pedir un simple café se había convertido en una actividad de riesgo, y el local se había ido vaciando de parroquianos temerosos de que su salud pudiera verse afectada en cualquier momento. Por culpa de algo que les sirvieran o por un zarpazo del dueño.

—Se me ha acabado tu maldito té pijo, así que no me vengas con chorradas —disparó en cuanto Corominas se dejó caer en el taburete—. Si te apetece un café, vale. Si no, de bolsita de toda la vida y punto. Al menos hasta que nos corten el agua.

Corominas, que aún le daba vueltas a lo de la futura boda de su hijo, le devolvió un gesto que tanto podía significar que sí, que le valía con una infusión, como que no, que un café estaba bien.

—¿Entonces, qué?

—Un poleo.

—Lo que hay que oír —dejó escapar Vázquez, la vista pegada al techo como si esperara a que Dios le mandara una dosis extra de paciencia—. ¿Sigues con lo del nido vacío y esas mariconadas? Si no fuera porque te he visto mil veces como tu madre te trajo al mundo, diría que estás menopáusico.

—No me hinchas las pelotas, subinspector.

—¿Pelotas? Ya no te queda de eso —le zahirió Vázquez—. Te recuerdo que tenemos algo pendiente.

Corominas alzó la vista.

—Ya veo que para el señor hay amigos de primera y amigos de segunda —le reprochó el exsubinspector—. Pues que sepas que el negocio se me desangra, y con él, el alma. Igual mañana ya no estoy ni aquí —remató con gesto dramático—. A ver quién te soporta entonces.

—Ya te dije que era cosa de Sanidad.

—¿Has llamado a tu *amigo*?

—En primer lugar, no es mi amigo, sino un colega; en segundo lugar, no sé si sabes que tengo el cadáver de un crío enfriándose en la nevera.

—A otro con esa excusa, que tenemos los huevos *pelaos*. Si no quieres ayudar, pues no ayudes, pero sin monsergas.

Cansado de la cantinela —y un poco arrepentido—, Corominas extrajo el móvil de la chaqueta y buscó el número de Pedregosa.

—Esperaba tu llamada —respondió el municipal al primer tono.

Corominas se quedó desconcertado.

—Tengo entendido que ayer tuviste un pequeño enfrentamiento con ciertas fuerzas del orden público, ¿no? —aclaró Pedregosa. No había sombra de reproche en su voz, más bien cierta hilaridad.

—De eso quería hablarte —señaló Corominas. No dejaba de mirar fijamente a su excompañero, rígido tras la barra—. ¿Te acuerdas del subinspector Vázquez?

—Como para olvidarlo.

Corominas dejó escapar media sonrisa y se arrepintió de no haber activado el manos libres —de todos modos, tampoco hubiera sabido cómo hacerlo.

—Alguien ha puesto una denuncia contra su local. ¿Puedes enterarte de quién es?

—¿Ruido?

—Más bien gastronómica.

—Eso lo lleva Inspección Alimentaria del ayuntamiento.

—¿Conoces a alguien allí?

La línea permaneció en silencio unos segundos, los que Pedregosa tardó en sopesar la petición.

—Veré lo que puedo hacer —señaló finalmente—. Pero me deberás un favor.

En cuanto colgó, Corominas perforó a Vázquez con la mirada.

—Esto te lo voy a cobrar con sangre.

Agüero había recopilado todos los datos habidos y por haber sobre Alberto Iragui y le había dejado uno de sus escrupulosos informes sobre la mesa. También una nota confirmándole que ya tenían la autorización judicial para los teléfonos, fijo y móvil, y para las cámaras. Corominas estaba seguro de que se había puesto a ello, de modo que decidió no importunarlo.

Bajo la montaña de papeles encontró el *post-it* en el que había anotado: «Traje de comunión. Marca TEX. Carrefour». Y recordó su intención de averiguar si era posible saber el día y la hora en que se había comprado.

Justo en ese instante, una sombra golpeó la puerta de cristal de su despacho con los nudillos. La silueta no se correspondía ni con la de Agüero ni con la de Contreras.

—¿Sí?

Quien abrió fue el policía Medina, un tipo de lo más pequeño y magro, de esos adictos al *running* —había conseguido un meritorio puesto setecientos en la última Maratón de Nueva York— con aspecto siempre famélico.

—Preguntan por usted, inspector.

Corominas permaneció a la espera. Medina echó entonces un vistazo a lo que parecía una tarjeta de visita en su mano.

—Eugenio Fernández de Biedma. Abogado —leyó—. Dice que tiene información sobre lo del niño muerto.

—Que pase.

Medina cerró la puerta, se perdió pasillo abajo y regresó al minuto en compañía del letrado. Lo primero en lo que reparó Corominas mientras se acercaban fue en que el hombre que venía al lado de su subordinado era aún más ínfimo que él.

—El señor Fernández.

—Fernández *de Biedma* —remarcó el abogado.

Corominas le indicó que tomara asiento con un gesto mientras despedía a Medina.

—Usted dirá.

Al parecer, el tal Fernández de Biedma no era hombre amante de circunloquios —cosa extraña en un abogado—, de modo que fue al grano.

—El pasado sábado por la mañana, alguien se puso en contacto con mi cliente para informarle de que un niño había sido secuestrado. Le exigían un millón de euros por él; de lo contrario, el chico moriría.

Su tono y su expresión eran de lo más profesional. Neutros tirando a helados. Ni un exiguo rastro de emoción. El hombre se había limitado a

exponer un hecho sin valorar su contenido, como si los años de ejercicio le hubieran extirpado cualquier traza de empatía.

—¿De qué me está usted hablando?

—El pasado sábado por la mañana, alguien se puso en contacto con mi cliente para informarle de que... —arrancó de nuevo.

Corominas lo detuvo con un ademán.

—Lo he entendido. Lo que no sé es si acabo de comprenderlo. Para empezar: ¿quién es su cliente?

El abogado permaneció en silencio. Era consciente de que estaba a punto de soltar una bomba y calibraba los daños.

—Don Juan Garayoa del Bosque.

A Corominas casi se le afloja el culo al oír el nombre.

Los Garayoa del Bosque eran «La Familia» de Ofidia.

Una de las principales fortunas del país.

Su imperio inmobiliario rivalizaba con el de la mismísima duquesa de Alba, con tierras y propiedades distribuidas por toda España: Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia, Sevilla, La Coruña, fincas en Aragón, Extremadura y Castilla-La Mancha, palacios en Toledo, León, Segovia y Salamanca...

Mientras disfrutaba del seísmo desatado, Fernández depositó cuidadosamente su cartera de cuero sobre la mesa de Corominas y extrajo un documento.

Era la copia impresa de un *e-mail*.

Corominas le echó un vistazo y descubrió la fotografía de un chico al que ya conocía. Aunque jamás lo había visto con vida.

—Este correo se recibió en la dirección de una de las empresas de don Juan inmediatamente después.

Corominas no podía dejar de mirar la imagen. El pequeño Aitor sujetaba un periódico entre las manos en el típico encuadre de película de Hollywood. Fondo neutro —una simple tela negra— y ninguna pista aparente del lugar en el que había sido tomada.

Reparó entonces en la mancha en el pantalón.

Estaba aterrorizado.

—A ver si le he entendido bien —trató de centrarse, aunque la mirada del crío no le abandonaba—. ¿Me está diciendo que alguien se puso en contacto con su cliente para reclamarle el pago del rescate de *este* chico?

El abogado asintió con gesto medido.

—¿Y qué relación tiene con él?

—Ninguna.

—¿Cómo que ninguna?

Fernández permaneció inmóvil, las manos sobre el regazo como un párvulo.

Lo había dejado todo claro.

—¿Me está diciendo que el señor Garayoa no tiene *ningún* tipo de relación, y existen muchos *tipos* de relación en este mundo, se lo aseguro, con el chico, pero que alguien se puso en contacto con él para pedirle su rescate?

Cabeza abajo y vuelta para arriba, una única vez, «ninguna es ninguna» contenido en el vaivén. Un hombre de lo más conciso, el abogado, tanto en los gestos como en las palabras, seguramente también en los sentimientos.

—¿Se da usted cuenta de que lo que me acaba de decir no tiene sentido?

Corominas trataba de encajar las piezas para buscarle algún tipo de lógica al asunto mientras el abogado permanecía impassible sobre aquella silla que le iba dos tallas grande.

Visto el desenlace, era evidente que su cliente no había pagado. Lo más probable era que no se lo hubiera tomado siquiera en serio; no ya la posibilidad de satisfacer semejante demanda, sino la desquiciada probabilidad del propio secuestro en sí.

Fernández pareció leerle el pensamiento.

—Como comprenderá, pensamos que se trataba de una broma de mal gusto. Aun así, don Juan quiso que hiciéramos alguna averiguación.

«¿Y?», insinuó Corominas con la mirada. «Y nada», respondió el letrado con una caída afectada de los párpados y un movimiento lateral del cuello.

—Esta mañana, al ver la foto en las noticias, he recomendado a mi cliente que se pusiera en contacto con ustedes. También le he aclarado que no ha incurrido en ningún tipo de responsabilidad legal hasta el momento.

El inspector sintió cómo el suelo comenzaba a quejarse bajo sus suelas, así que antes de ser engullido hasta el Averno se puso en pie y se disculpó.

—Espere aquí un momento, por favor.

IV

Solo mentar el apellido Garayoa, las piernas de Contreras —que no eran ni las de Cyd Charisse ni las de Angie Dickinson, ni en largura, ni mucho menos en belleza— entraron en modo tembleque.

Su primera reacción fue de lo más escueta:

«¡La puta!»

La segunda, algo más esclarecedora, se mantuvo en la misma línea:

«¡La hostia puta!»

Hasta que, llegada la tercera, el hombre dio rienda suelta a su canguelo:

«¡Me cago en la hostia puta y en la madre que nos parió! Bastante teníamos con un crío muerto y ahora nos cae encima la jodida aristocracia».

En cuanto le vio echar mano del teléfono, Corominas supo que las cosas se iban a poner feas de verdad.

—Localízame a Souto.

Nada más colgar, Contreras se dirigió a él con el rostro aún convulso. La enemistad entre ambos inspectores era palmaria —de hecho, Souto tampoco era santo de su devoción; lo consideraba un capullo que se había limitado a meter la cosa en el agujero adecuado—, de modo que se dispuso a apagar el incendio antes de que brotara la primera llama.

—Me importa tres cojones lo que pase entre vosotros, ¿estamos? Te tragas el orgullo, la vanidad o lo que sea que te tengas que tragar y punto. Tenemos un secuestro con asesinato, así que cada uno a lo suyo y santas pascuas.

Corominas aceptó el calvario con resignación.

Ni un mal gesto, ni una mueca.

Contreras, que conocía bien sus respuestas calladas, se apresuró a advertirle.

—Te recuerdo que acabas de reincorporarte tras una suspensión, así que, como vuelvas a tocarme los cojones, esta vez te vas a la puta calle. Eres un buen investigador, pero aquí nadie es imprescindible, ¿te enteras?

El inspector Souto, uniforme perfecto, expresión calculada, interrumpió la bronca. Ni siquiera se molestó en llamar. Por su expresión, Corominas sospechó que llevaba un rato relamiéndose tras la puerta.

—Comisario. Inspector.

—Se ha presentado el abogado del señor Garayoa —dijo remarcando el nombre—. Según dice, alguien se puso en contacto con su cliente para exigirle el cobro del rescate del chaval que apareció muerto ayer en el edificio de los Díaz de Ubago. Vais a llevar esto juntos, y no quiero ni media cagada, ¿entendido?

Contreras era consciente de que un caso como aquel podía llevarlo derecho a un sillón en Madrid, o quién sabe si hasta la cima del mismo Everest. Claro que en caso de cagarla su destierro en Ofidia se prolongaría *sine die*.

Había destinos peores, trató de consolarse.

—Entendido, comisario —respondió Souto, entrenado hasta la náusea en el noble arte de lamer culos.

Para aligerar la penitencia que le acababa de imponer —dulce venganza por todos sus pecados pasados, que eran unos cuantos—, Contreras echó un cable a Corominas, por mucho que la sogá que le tendía le fuera probablemente a despellejar las manos.

—Hasta nuevo aviso, Corominas sigue al frente. Me informáis de todo directamente a mí, y si no estoy, habláis con Clemente.

«*Aurea mediocritas*»^[5], fue lo único que le vino a la cabeza al inspector.

Fernández los esperaba en el despacho. Parecía acostumbrado a permanecer largos ratos muertos aguardando audiencia. El hombre no se había movido ni un milímetro. Era probable que hasta ni hubiera respirado en todo el rato. Quien le hubiera metido aquel palo por los bajos, lo había hecho a la perfección.

—Le presento al inspector Souto, de la sección de Secuestros y Extorsiones.

El abogado cerró los ojos y volvió a abrirlos en señal de asentimiento.

—Bien, señor Fernández. Quiero que nos lo cuente todo otra vez —lo invitó Corominas—. Desde el principio.

El hombre arqueó las cejas hasta formar dos ojos de puente, uno a cada lado del pilar central de su ridícula nariz, mientras por sus labios fluía cierto hastío por tener que repetir la lección una vez más.

—El pasado sábado por la mañana, alguien se puso en contacto con mi cliente para informarle de que un niño había sido secuestrado...

Corominas lo detuvo otra vez con un aspaviento. Se sabía la cantinela.

—¿Cómo?

El abogado pareció turbarse porque le rompiera el hilo.

—Me refiero a que cómo se puso en contacto con él —aclaró Corominas.

—Por teléfono.

—¿A qué teléfono?

—A su móvil personal.

Corominas frunció el ceño.

—¿Cuánta gente tiene acceso a ese número?

—Solo los empleados de mayor confianza del señor Garayoa. Y su familia, por supuesto.

—Necesitaremos la lista completa —intervino Souto. No estaba dispuesto a que le comieran el terreno, por mucho que Contreras lo hubiera relegado. Si

era necesario, tiraría de suegro y punto.

—Muy bien. Siga —le instó Corominas.

Justo en ese instante, su móvil comenzó a sonar. Fernández y Souto lo observaron mientras trataba de localizarlo sin ninguna fortuna. Hasta que se levantó, fue hasta el perchero y lo sacó del bolsillo de la chaqueta.

Era Agüero.

—Dígame, subinspector.

Su subordinado sabía que no estaba solo, de modo que el tono seco no le sorprendió.

—He comprobado los teléfonos de Iragui. Alguien lo llamó desde una cabina, así, a la vieja usanza, el viernes a eso de las seis y cinco. La conversación apenas duró medio minuto.

—De acuerdo —dio por terminada la conversación—. Luego estoy con usted.

Y acto seguido, silenció el dichoso aparato.

—Discúlpeme —dijo mientras regresaba a su silla, que Souto no había dejado de mirar con envidia; estaba convencido de que algún día su trabajada anatomía tomaría debida posesión de ella—. Nos estaba contando que su cliente recibió la llamada en su móvil personal y que solo su círculo de mayor confianza conoce ese número, ¿es así?

Fernández asintió.

—Muy bien. Hábleme del *e-mail*.

Corominas usó el singular con toda la intención. Si Souto, que permanecía de pie anotando cada palabra como un alumno aplicado, se dio por aludido, no dio ninguna muestra. Tampoco era hombre que entendiera de sutilezas lingüísticas.

—Como ya le he referido, llegó a una cuenta de una de las empresas del señor Garayoa. —Y antes de que Corominas osara volver a interrumpirlo añadió—: COGASA, tal como figura en el encabezamiento. Es la dirección de contacto que aparece en la página web.

—¿A qué se dedica la empresa?

—Construcciones Garayoa Sociedad Anónima.

—¿Y cuántas empresas dirige el señor Garayoa?

—¿Dirige o posee? —matizó el abogado.

—Lo que quiero saber es si cree que existe algún motivo en especial por el que el secuestrador escogiera esa y no otra. Entiendo que cada una de las sociedades que dirige o *posee* su cliente tiene su propia página.

—No puedo responderle a eso, inspector.

—¿A qué?

—A lo primero.

Souto, decidido a dejar claro que el experto en materia de secuestros era él, volvió a interrumpir.

—También necesitaremos acceso para localizar la IP desde la que fue enviado.

—Estamos a su entera disposición —remarcó el abogado.

—Muchas gracias —se apresuró a rendirle pleitesía Souto—. ¿Algo más?

Fernández apretó los labios y se dispuso a recuperar su cartera de la mesa, pero Corominas posó sus antebrazos sobre ella.

—Agradecemos su colaboración, pero usted mejor que nadie debería saber que, una vez comunicado un hecho delictivo a la policía, toda información que oculte a partir de este momento les puede hacer incurrir a usted y a su cliente en un delito de obstrucción.

El hombre se removió en la silla por primera vez. Fue más bien un espasmo. Un movimiento primario iniciado en alguna esquina recóndita de su cerebro que se encargó de atajar con prontitud, a diferencia de Souto, cuyo ojo sucumbió a un temblor nervioso. El pobre no estaba acostumbrado a soliviantar a la autoridad.

—Según acaba de declarar —prosiguió Corominas—, su cliente recibió una llamada en la que se le informaba de que habían secuestrado a Aitor Iragui y en la que se le exigía el pago de un millón de euros...

El abogado, que ya había recuperado el control de su cuerpo y de su mente, lanzó un ataque preventivo.

—En primer lugar, lo que acabo de hacer es *informarle* de un hecho en nombre de mi cliente, inspector, no prestar declaración; y en segundo, nadie nos comunicó en ningún momento la identidad del chico.

Mientras Souto celebraba en secreto lo que creía una patada en todas las partes de Corominas, este dejó escapar una sonrisa.

Sus testículos estaban perfectamente.

—Gracias por la lección de derecho, letrado, pero hay algo que sigue sin contarme. ¿Y sabe cómo lo sé? Porque si todo lo que me ha *referido* es cierto, y no tengo motivos para dudar de su palabra, lo lógico es que el autor de dicha llamada se hubiera vuelto a poner en contacto con el señor Garayoa para darle instrucciones sobre cómo y dónde depositar el pago, ¿no cree?

Fernández cedió a un nuevo espasmo.

Esta vez fue su pierna derecha la que comenzó a bailar sobre la punta del zapato —debía de calzar un 34 o así, calculó a ojo Corominas— mientras las

aletas de la nariz le fluctuaban con fuerza, como si se hubieran independizado de su voluntad.

—Pensamos que se trataba de una broma de mal gusto —repitió, más para convencerse a sí mismo que otra cosa. Su voz temblaba—. De modo que para atajar el asunto le recomendé al señor Garayoa que no volviera a contestar.

Corominas se dio cuenta de que el hombre cargaría con aquella cruz el resto de su vida. Y temió que la culpa lo consumiera por dentro; un abogado al que le ha nacido la conciencia no le sirve ya de nada a nadie.

—Comprendo —concedió. Y torciendo el cuello en dirección a Souto, añadió—: ahora sí, ¿algo más?

Fernández agitó la cabeza.

Aunque ya no estaba allí.

Había menguado hasta límites catastróficos.

La culpa.

—Como comprenderá, necesitaremos hablar con su cliente —remató la faena Corominas.

—Concertaré una entrevista.

V

Agüero no dejaba de mirar a Souto de reajo, aún congestionado por la humillación. A pesar de ser inspector, no había aprendido nada con los años, ni parecía tener intención alguna de hacerlo a estas alturas. El uniforme, que le quedaba como a un modelo de pasarela —de hecho, había llegado a ser «La imagen» del cuerpo en una reciente campaña publicitaria—, era tan solo el medio para un fin más prosaico.

Y ya lo había conseguido.

Era un hombre guapo. Un figurín de pelo rubio y ojos azul claro con reborde oscuro —como los de Paul Newman— que sabía comportarse del modo adecuado con los mandos.

No necesitaba más.

Pero Corominas había despertado en él cierto prurito profesional, y se había maldecido por su torpeza.

—Las imágenes de las cámaras ya están en el disco duro.

El subinspector presionó la barra espaciadora y todo cobró vida.

Un *tac* mágico.

—Aquí se le ve salir del colegio.

La resolución era la que era —provenía de una cámara de seguridad ciudadana colocada en la plaza del Obispo, uno de esos «ojos de halcón» como los del tenis—, pero permitía identificar al chaval sin ningún tipo de duda.

El pequeño Aitor se despedía de un par de amigos y enfilaba por la calle San Lorenzo hasta desaparecer del encuadre.

—Esta es de una sucursal del Santander de San Justo.

Tac.

El chico cruzaba la imagen de izquierda a derecha. Agüero dejó que la cosa avanzara un par de minutos más.

—No parece que nadie lo siguiera.

Su pulgar buscó de nuevo la barra espaciadora.

Tac.

—Y esta pertenece a una de tráfico de Platería.

Esta vez, el plano era algo más abierto. La minúscula figura recorría unos metros de acera, cruzaba por el paso de peatones situado en mitad de la vía y se adentraba por Serradores, a unas tres calles de su casa.

—Y a partir de aquí... Nada.

Encuadre y ángulo volvieron a cambiar.

Tac.

—Nunca llegó a salir. De hecho, nada entra y sale de la calle en los diez minutos siguientes.

Corominas arrugó la frente.

—La gente no se esfuma así sin más... ¿Y después de eso?

—¿Después de qué?

—De esos diez minutos.

—Eso son muchas horas, inspector.

—Serán las que hagan falta —replicó—. A no ser...

—¿A no ser que qué? —intervino Souto por primera vez. Era el espectador al que cortan en seco el final del episodio.

—Que el subinspector esté literalmente en lo cierto.

Corominas se quitó el sombrero para disfrutar del sol tibio de media tarde. Aunque el invierno era su estación predilecta —por motivos más gastronómicos que climatológicos, todo sea dicho—, la primavera tenía un no sé qué que le prendía.

Y lo necesitaba.

Porque estaba tieso.

Serradores no quedaba lejos —como nada en Ofidia—, así que aprovechó el paseo para darle a Agüero dos brochazos de su conversación con Contreras y el abogado.

Ambos estuvieron de acuerdo en que Souto sería un incordio, pero no les quedaba otra. Quién sabe, igual podría servirles de parapeto llegado el momento; aunque no albergaban ninguna duda de que si la cosa salía mal, el figurín les echaría la mierda encima.

También coincidían en que el caso comenzaba a adquirir cierta tintura siniestra.

—Lo que me pone los pelos de punta es que hasta cierto punto el tío actúa con una lógica, no sé... —trató de definir Agüero.

—Abrumadora —completó Corominas.

—Si consideras el secuestro como una mera transacción comercial —puntualizó el subinspector, al que un repeluzno le recorrió las cervicales—. Pero aun así... Joder, tienes que ser un hijo de puta de cuidado.

—Si es así, lo volverá a intentar.

—A veces tu instinto da un mal rollo de cojones, ¿lo sabes?

Corominas se detuvo de pronto.

Lo miró.

Agüero se dio cuenta de que algo le chamuscaba por dentro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —No le pedía permiso, solo le advertía de que esperaba una respuesta limpia de paja.

El subinspector intuyó por dónde iban los tiros. Llevaba temiendo aquella conversación desde hacía días.

—La llamada que recibiste en el coche, ¿era de mi hijo?

El subinspector dudó —sopesaba las consecuencias de mentir, también las de decir la verdad, sin saber cuáles iban a ser más funestas—. Pero, finalmente, asintió.

—¿De qué hablasteis?

—Eso es algo entre él y yo.

—Enternecedora lealtad —dejó caer Corominas, cuyo rostro había adquirido una expresión hosca.

—Debes hablarlo con él —insistió Agüero, colocado entre el hijo y el padre.

—Diría que ya lo he hecho.

El subinspector se mantuvo a la espera. No sabía qué era lo que Álvaro había contado a sus padres, de modo que no convenía dar ningún paso en falso.

—Y a mí, ¿no me debes ninguna? —El tono de Corominas era sereno pero hostil—. Lealtad, digo.

—Tu hijo necesitaba ayuda, me pidió consejo y se lo di.

—¿Que se case?

Agüero contrajo el entrecejo.

—¿De qué hablas?

Corominas, que lo conocía bien, supo que su sorpresa era real.

—De que este mediodía nos ha soltado que quiere casarse.

—Deberías conocerme un poco mejor a estas alturas —se defendió el subinspector—. Sabes que no soy precisamente un acólito del matrimonio que se diga. Tu hijo está enamorado y no sabe cómo tirar para delante, eso es todo.

Corominas expuso al fin el verdadero motivo de su malestar:

—¿Y por qué no ha hablado conmigo?

Por primera vez desde que lo conocía, Agüero le vio tocado.

Y su debilidad le rajó las entrañas.

—Es sencillo: porque los padres no escucháis. Os dedicáis a mandar y punto. Te diré algo que igual no sabes: tu hijo es un tío cojonudo. Y en buena medida, lo es gracias a ti. Pero si quieres enterarte, deberás aflojar la cuerda y estar dispuesto a dejar que la cague solito. Aunque sea hasta el fondo.

—Mi hijo es un crío, aún no tiene ni puta idea de lo que es la vida.

—¿Y se la vas a joder como te la jodió a ti tu padre?

Nada más soltar la lengua, Agüero sintió la punzada de remordimiento. Las palabras habían salido de su boca con el escándalo de la bala que se dispara sin querer.

Miró el revólver aún humeante en su mano y quiso soltarlo. Pero ya era tarde. Corominas necesitaba un hombro, y él le había reventado el pecho.

Por un momento, pensó que le iba a partir la cara allí mismo. Pero el inspector se limitó a tomar aire, encerrarlo unos segundos y echar a andar mientras lo arrojaba por la nariz. En aquel instante, Agüero supo que algo se había roto, y por mucho que uno se empeñe en pegar los trozos de jarrón, la porcelana queda ya herida para siempre.

La calle no tendría más de cincuenta metros de largo por escasos dos y medio de ancho, lo justo para que las fachadas no se besaran y entre ellas pudiera circular un coche pequeño dejándose el lateral del neumático en la acera.

Algunos vecinos habían aprendido a lidiar con la falta de intimidad de sus ventanas y balcones a base de cortinas, visillos y persianas; otros, en cambio, habían optado por abrirlas de par en par y exponer su vida sin tapujos.

Corominas se preguntó si los que se ocultaban lo hacían por mantener a buen recaudo sus secretos o por no participar de los del resto.

—Si Aitor Iragui nunca salió de aquí, lo tuvieron que retener en alguno de estos pisos.

Agüero se limitó a asentir. No estaba seguro de en qué punto estaban las cosas entre ellos, de modo que prefirió mantener las distancias.

—Mudo no me sirves de nada —le dio pie Corominas.

—Habrà que sacar un listado de propietarios y hacer un puerta a puerta. Es probable que algunos sean alquilados —señaló, consciente de que el trabajo recaería sobre él.

Ninguno de los dos estaba convencido de que aquello fuera a servir de mucho. Ni siquiera lo estaban de que el niño hubiera estado realmente retenido en alguna de aquellas viviendas. Pero tocaba comprobarlo.

Corominas se sobresaltó al escuchar un chirrido a su espalda. Se giró y vio cómo la puerta de un garaje comenzaba a abrirse; la hoja debía de pesar un quintal, porque tardó una eternidad en culminar su recorrido.

Un bocinazo auguró la inmediata presencia del vehículo en la rampa de salida, que parecía el pozo de extracción de una mina. El inspector se hizo a un lado y asomó la cabeza al interior como un chulo de toriles.

El coche surgió de la oscuridad enfiló el tramo final de la cuesta y asomó el morro sin miramientos.

—Si entró, en algún momento tuvo que salir —se le ocurrió entonces—. Quizás así podamos acotar algo más.

Agüero le cazó el encargo al vuelo. De lo que no estaba seguro era de si se trataba o no de un castigo.

Aunque tenía su propio juego de llaves, prefirió respetar la intimidad de su hijo —era importante empezar con buen pie— y llamó al timbre. Álvaro abrió la puerta pensando en Eva y se quedó de una pieza al ver a su padre con cuatro bolsas de la compra.

—¿Y eso? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Pollo con langosta —le informó Corominas.

El hijo le franqueó la entrada y echó un vistazo al reloj por si había confundido la hora. El sol aún se colaba por la ventana del salón.

—Las cosas bien hechas llevan su tiempo —subrayó el inspector—. Y no te preocupes por tu madre, que ya está avisada.

Corominas dejó las bolsas sobre la encimera, se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y alcanzó uno de los mandiles, el que solía usar Reyes, la mujer que había atendido a su padre hasta el final.

Álvaro le observó trastear desde la puerta, como si el umbral tuviera algo de infranqueable.

—¿Te vas a quedar ahí o me vas a echar una mano? —le azuzó—. Debes saber que a las mujeres se las enamora por el oído, pero se las retiene por el estómago.

El hijo traspasó finalmente el dintel decidido a darle una oportunidad. Era la primera vez que Corominas regresaba a aquella casa desde la muerte del ilustre catedrático y le valoró el esfuerzo.

—¿Qué hago?

—Lo primero, la cazuela. Tu abuelo tenía por aquí una de Pereruela bien *curada*. El inoxidable queda totalmente prohibido.

Álvaro asintió como si le acabaran de transmitir un dogma de fe.

—Pica la cebolla y el pimiento mientras corto la langosta.

—Te habrá costado una pasta.

—Las cosas, o se hacen bien, o no se hacen —replicó Corominas—. Pero, para tu información, lo que ha costado un ojo de la cara ha sido el pollo.

En cuanto hubo terminado con el cuchillo, echó un ojo al aceite, en el que chisporroteaba una rebanada de pan.

—Listo —anunció Álvaro, satisfecho.

—Muy bien. Salpimenta el pollo.

Álvaro abrió el paquete en el que venía envuelto y lo primero en lo que se fijó fue en su intenso color dorado; quizás fuera cierto que había costado una pasta.

—Y cuidado con el hígado.

—¿Esto? —preguntó su hijo con la víscera entre los dedos.

—Eso. Y prepárate, que te toca. En cuanto reserve la langosta, bajas el fuego y empiezas a saltearlo. El hígado, vuelta y vuelta y fuera.

Álvaro incorporó los pedazos de pollo y dejó el hígado para el final. Contó hasta cinco, le dio la vuelta e inició una nueva cuenta atrás.

—Huele bien. ¿Qué hago con él?

—Déjalo junto al majador y echa la cebolla, el pimiento y las hierbas.

—Tomillo, laurel, perejil y..., ¿puerro?

—No, si al final voy a hacer de ti un buen cocinero. Tu *yaya* solía decir que cocinar es lo más parecido al matrimonio que hay en este mundo: si no pones todos tus sentidos, la cosa se te quema seguro.

Ambos se miraron.

—Una mujer sabia —refrendó Corominas.

Hacía tanto tiempo que no hacían nada juntos que Álvaro se sintió incómodo de repente.

Su padre se había convertido en un extraño al que quería, pero con el que había perdido la intimidad a fuerza de no cuidarla. Y pensó en lo rápido que una relación se acorta hasta los bisílabos antes de quedar reducida a las cenizas del «sí» y el «no».

Después llega el silencio.

—Sé por qué estás aquí.

—Siempre he sabido que eras un chico listo.

—Estoy a punto de cumplir los diecisiete. Ya no soy un crío, papá.

—Lo sé. Según Agüero, ya eres todo un hombre. Uno que merece la pena. Y estoy de acuerdo. —Corominas calló por un instante—. Aunque no lo demuestre lo suficiente.

Su hijo sintió una punzada de rencor —poco sabía de la defensa numantina del subinspector— y otra de vergüenza.

—Hasta aquí, pan comido. Ahora es cuando viene lo difícil —dijo Corominas, acercándole el mortero—: la picada. Todo depende de ella.

Pasados cinco minutos, en los que el silencio casi se los come, Álvaro abandonó con calambres.

—¿Y esto no se puede hacer con la túrmix?

—Se puede. Pero no es lo mismo.

—Ya salió el purista.

—No es una cuestión de purismo, sino de esfuerzo. De saber lo que cuestan las cosas —matizó su padre.

Álvaro agarró la mano y comenzó a moler de nuevo. Corominas sonrió.

—Con este plato conquisté a tu madre, ¿lo sabías?

Nunca subestimes el poder de una buena comida.

Justo en ese instante, sonó el timbre. Álvaro torció el cuello en dirección a su padre, que ya iba camino de la entrada.

Tras un lejano intercambio de frases cortas, lo vio regresar con una caja de *pizza*.

—La cena.

Su hijo lo miró, absolutamente desconcertado.

—Si entendieras algo de cocina sabrías que el pollo con langosta es un plato que se cocina de víspera —indicó Corominas—. Solo te queda flambearlo y listo para la cena de mañana.

VI

Las bolsas bajo los ojos de Agüero —los párpados le colgaban hasta media mejilla— le dejaron a las claras que se había pasado buena parte de la noche revisando imágenes.

—Al menos dime que ha servido de algo —lo saludó mientras observaba los estragos.

Su subordinado tomó aire.

—Cinco coches entre las seis y las ocho, aparte del camión de la basura. Cuatro pertenecen a vecinos que son propietarios, el otro está alquilado. Todos limpios. He echado otro vistazo a las imágenes del recorrido que hizo el chaval, por si coincidía alguno. Nada. Tampoco aparece ninguno en las de la cámara de tráfico a dos calles de la escena. —El misterio de cómo había desaparecido el chaval seguía en pie—. Ah, se me olvidaba: ayer llamó el abogado. Tenemos cita con su majestad hoy a las cuatro. Souto ya está al tanto.

—¿Y hay que ir de etiqueta?

—Mejor se la dejamos a él, que ya se estará planchando el uniforme.

Corominas estaba de buen humor, y el subinspector se lo notó. Así que decidió aprovechar el viento de cola.

—Mira, inspector: tu hijo me llamó y me pidió consejo, ¿qué iba a hacer? Sabes que quiero a ese chaval como si fuera de mi familia. Quizás te lo tenía que haber contado, pero...

—Solo pido una cosa a mis amigos, Carlos: poder confiar en ellos.

—La confianza tiene dos carriles, uno de ida y otro de vuelta.

Corominas se quedó mudo.

Sin saber cómo, el subinspector se había zafado de la paliza con un rápido paso lateral y lo tenía ahora atrapado en la esquina. «Un juego de pies y cintura dignos de Sugar Ray; Robinson, por supuesto», pensó.

—Tu problema es que te comes las cosas y luego exiges lealtad. Empieza por mostrarla —remató la faena Agüero.

El *uppercut* impactó en toda la pera del inspector.

—Muy bien, ahí va —soltó Corominas—: anoche cociné el mejor pollo con langosta de mi vida.

—¿Sabes qué? —replicó el subinspector—. Que te odio.

Souto interrumpió el momento, de nuevo sin llamar. Tal como había supuesto Agüero, acababa de recoger el uniforme de la tintorería y lo traía embolsado a la espalda.

—¿Alguna novedad?

Corominas agitó la cabeza. No mentía.

Souto dio entonces media vuelta —igual hasta tenía hora con el peluquero— y justo antes de salir del despacho dejó caer la frase:

—Creo que ya sé cómo lo hizo.

—¿El qué?

—Cómo se llevó al chaval sin que lo viéramos.

El *divo*, inflado como un pavo bien cebado, esperó a que el público le pidiera el bis antes de desaparecer de escena.

—Ilumínanos —solicitó Corominas. El tono, sin embargo, le salió escéptico.

—Las casas de un lado de esa calle tienen doble portal.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como briznas de polen.

Ni Corominas ni Agüero se habían dado cuenta del detalle: ¿podía ser así de sencillo?

El secuestrador había cogido al chaval al vuelo, lo había metido dentro del portal, lo había sacado por el otro extremo y listo. Después habría conducido tranquilamente hasta donde fuera —cualquier punto de la ciudad, incluso de las afueras— y a esperar.

Las direcciones de algunas calles de Ofidia, especialmente las del centro, eran un guirigay. Algunas se quebraban de repente y reaparecían más allá con el mismo nombre; otras cambiaban de nomenclatura a mitad de camino sin mayor explicación.

El infierno de un cartero.

Souto contempló las caras de estupefacción que había dejado en la platea y desapareció como si la puerta fuera uno de los hombros del proscenio.

«No está mal para el gilipollas, ¿eh?», parecieron escucharle murmurar pasillo abajo.

Esta vez decidieron desplazarse en el deportivo del subinspector; Corominas quería comprobar de primera mano hasta qué punto era cierta —y simple— la teoría de Souto.

La paralela a Serradores era una calle algo más ancha, lo suficiente para permitir el estacionamiento en uno de sus lados. El tráfico corría en dirección

inversa, de modo que deberían revisar de nuevo las imágenes de la cámara de Platería para ver cuántos coches habían accedido a ella en los momentos previos y posteriores al rapto.

Agüero entonó un rezo corto y silencioso. Sus córneas le pedían un respiro, así que se encomendó a Santa Lucía para ver si el número le permitiría una diligencia asequible. Y si la cámara tendría la resolución suficiente para adivinar las matrículas.

De lo contrario, no habría mucho que hacer.

—Cartero comercial —se identificó Corominas.

El portal se reducía a un angosto pasillo de baldosines blancos y verde menta colocados sin ningún acierto, paredes de *gotelé* color natilla y un zócalo de listones de madera que trepaba hasta un pasamanos situado a metro y medio del suelo. La escalera nacía a mitad del pasadizo, justo al lado de los buzones, y ascendía vertical como la de un barco.

La única luz, de un amarillo moribundo, provenía de una lámpara de techo llena de cadáveres de insectos cuya sombra se proyectaba por todas partes. El olor a bodega de vino a granel les recordó de inmediato al Biscuter.

Era casi como estar en casa.

Corominas pensó en el crío, muerto de miedo, preguntándose por qué el padre no está allí. Pensando en qué es lo que ha hecho mal; si no ha ordenado su cuarto, si no ha hecho la cama o no ha sacado buenas notas.

En que la culpa de lo que pasa es suya.

—No tardaría ni dos minutos entre agarrarlo, cruzar y meterlo en el coche por el otro lado —musitó.

—Un zarpazo y listo, adiós chaval.

—Pudo llevarlo a cualquier parte, así que seguimos sin tener nada.

—En cuanto volvamos me pondré con las imágenes —señaló Agüero—. A ver si hay suerte.

El inspector echó un vistazo a su reloj y trazó un itinerario mental:

—Voy a acercarme a ver a Durruti. Quizás han elegido a Garayoa al azar, pero también es posible que no. Queda con Souto y nos vemos allí.

Lo único que había trascendido hasta el momento eran la desgraciada muerte del pequeño y las particulares circunstancias de la escena. Algunos especulaban con la posibilidad de que se hubiera tratado de un accidente y cargaban contra la falta de seguridad en la obra. Otros, en cambio, se inclinaban bien por el deliro sexual, bien por el asesinato paterno, lo que dotaba al asunto de esa sordidez que dispara las audiencias.

Algún desalmado hasta apuntaba a un maridaje.

—*Nihil prius fide*⁶¹ —sentenció Corominas.

—¿Me traes el diezmo? —preguntó Durruti a través del telefonillo.

—Una libra de carne. Sin sangre —confirmó el inspector.

Corominas trepó por la escalera comiéndose los escalones de dos en dos; al menos hasta el arranque del segundo piso. No daba más de sí. Quería finiquitar la entrevista cuanto antes para llegar a casa con el tiempo suficiente para ducharse.

Laura y él habían acordado invitar a los padres de Eva a cenar; *su* hijo los iba a dejar boquiabiertos con su pollo con langosta.

«Falta nos va a hacer», pensó.

Tan solo había cruzado dos palabras con ellos en la última representación teatral del instituto. Era capaz de fajarse con el cabrón más pintado en una sala de interrogatorio, pero las relaciones sociales se le hacían cada vez más cuesta arriba.

Simplemente, no acababa de entender a la mayoría de la gente.

Lo poco que había podido averiguar de sus futuros suegros durante la cena con Álvaro había sido que eran creyentes de misa semanal. Que por mucho que Eva hubiera abandonado hacía algún tiempo la recta senda del Señor, a la pobre aún le corrían partículas por las venas.

—Así que nada de nada, ¿no?

—¡Papá!

—Los hijos siempre pensáis que la vida sexual de los padres termina el día de vuestra santísima concepción.

—La verdad es que no me interesa nada vuestra vida sexual. Y a ti tampoco la mía —había zanjado su hijo.

Una vez en el rellano, reparó en un cartel sobre la puerta de la vivienda contigua a la del periodista: «Chocarro y Asociados. Asesoría Fiscal». Se imaginó la afrenta que debía de suponer para Durruti tener semejante negocio —vergüenza— al lado de su templo. Así, a la vista de todos, sin pudor alguno; sin molestarse en ocultar siquiera lo que se hacía allí dentro. Estaba seguro de que de haber podido elegir hubiera preferido compartir planta con una buena, limpia y respetable casa de putas.

Un negocio decente, vamos.

Empujó la puerta y entró.

Todo seguía igual.

Mientras recorría el pasillo que llevaba hasta el despacho del periodista, estuvo tentado de volver a tirar de uno de los libros que lo forraban de zócalo

a techo. También trató de encontrar de nuevo —no era hombre que se diera por vencido— una lógica a su particular disposición, pero no hubo manera.

Eso era, probablemente, lo más significativo.

Una biblioteca lo dice todo del hombre que la posee; tanto los títulos elegidos a lo largo de los años como su disposición en los estantes es siempre intencional —no deja de ser una exhibición impúdica destinada a los demás—. Corominas lo sabía bien. La de su padre era su orgullo, los libros más excepcionales —y caros—, ofrendados al público en urnas de cristal; el resto, dispuesto no solo en un riguroso orden alfabético, sino también distribuido por épocas y temáticas.

Lo único que uno sacaba en claro de la biblioteca de Durruti era que su dueño era un viejo comunista de lo más caótico. Y que, como todos, tenía sus contradicciones.

—Coño, has comprado una silla —constató al entrar en la habitación.

En su primera visita, Corominas había tenido que sentarse sobre ocho tomos apilados de la Espasa.

—Desde que Ikea llegó a nuestras vidas, ya no hay excusa —se encogió de hombros Durruti.

El inspector lo imaginó con una llave Allen y un papel con instrucciones ininteligibles —como tener plantado delante un pentagrama con el *Concierto para flauta y orquesta en Re Mayor* de Mozart—, y no pudo evitar sonreír.

—No te imaginaba yo sucumbiendo tan pronto al Capital.

—Hace tiempo que dejamos de ser libres, inspector —se limitó a sentenciar el periodista—. Lo único ya verdaderamente libre en este mundo es el maldito Mercado.

Corominas miró fijamente al hombre que tenía delante y lo vio cansado.

Y se reconoció.

Ambos comenzaban a ser saldos.

Antes de que la congoja le desgarrara del todo la carne decidió ir al grano.

—¿Qué puedes contarme del patriarca de los Garayoa? Y no me refiero a lo evidente.

—¿Y qué es lo evidente?

—Que está forrado y controla los designios de esta ciudad. Quién sabe si hasta de parte del país.

—Siempre has sido muy corto de miras.

Corominas no estaba para cortejos.

Al ver que su interlocutor no replicaba, Durruti avanzó un paso.

—¿Y a qué se debe tu repentino interés por él, si puede saberse?

Pregunta retórica. Corominas era consciente de que, hasta que no le enseñara algo de carnaza, el viejo gran blanco —y el periodista era la Moby Dick de los tiburones— ni se molestaría en aparecer. Así que mintió sin ambages.

Una trola fabricada entre escalones.

—Alguien de la UDEF anda tras una de sus empresas, COGASA, y me ha preguntado.

—Uno sabe que una ciudad se muere cuando ya no ve ni una grúa asomando entre los tejados —murmuró Durruti.

Corominas esperó a que retomara el hilo. Aunque perderlo, lo que se dice perderlo del todo, jamás lo extraviaba. Los tipos como Durruti nunca daban una puntada inútil.

—Fue la joya de la corona —prosiguió—. Durante la infección del ladrillo, la empresa estuvo metida en la mitad de promociones de este país: *uvepeós*, *uvepetés*, vivienda libre, obra pública... No había metro cuadrado que se le resistiera: capitales de provincia, periferias, costa...

—¿Todo limpio?

—No me hagas reír, inspector. Los Garayoa de este mundo están tan limpios como el pañal de un recién nacido. Los ves por fuera y parecen immaculados, pero a la que acercas la nariz apestan a meconio. Me atrevería a decir que este es el país con más ventanillas en las que apoquinar de todo el planeta. Braceamos en un *jacuzzi* lleno de mierda, y nosotros tan panchos. Lo único en lo que pensamos es en ver si tenemos suerte y una burbuja trepa por nuestro miembro y nos proporciona un minúsculo instante de placer.

Corominas, que lo conocía, trató de atajarlo.

—¿Y en Ofidia?

—Pues como en todas partes. Aunque este es su reino y hace y deshace lo que le sale de los cojones.

—Eso es mucha gente cabreada —dejó caer.

—No te engañes. Garayoa es un hijo de la gran puta, pero no tiene nada de gilipollas. Más bien todo lo contrario.

El inspector asintió. Uno no forja y mantiene un imperio solo con intimidación y violencia.

—Cuando el globo cementero se fue al carajo, las cosas le fueron mal durante un tiempo. Pero los cabrones siempre caen sobre blandito. Ya sabes, se echa a unos cuantos a la calle para equilibrar el balance anual y se reclaman favores prestados —continuó el periodista.

«Algún día, y puede que nunca llegue, te pediré un servicio. Pero hasta entonces, acepta esta justicia como regalo en el día de la boda de mi hija»^[7], recitó mentalmente Corominas.

—La reforma del aeropuerto y el nuevo pabellón multiusos le llovieron como agua de mayo. El edificio en el que encontraron a tu crío muerto se lo compró a los Díaz de Ubago por cuatro chavos. Va a construir unos apartamentos de lujo tipo mariconada neoyorquina.

Corominas sintió un latigazo. No podía ser una casualidad.

—No tenía ni idea —soltó, tratando de aparentar poco interés.

—No aprendes —replicó Durruti, dispuesto a aleccionarlo—. El poder no emana ni de Dios, ni de la Santa Madre Iglesia, ni mucho menos de la tan santificada urna, inspector, sino del Capital. Y no sienta sus reales posaderas ni en el escaño, ni en el sillón mullido de ningún despacho de Presidencia, sino en los sangrientos tronos de los Consejos de Administración. ¿Por qué exponerse a la luz pública, al escarnio y la burla pudiendo gobernar desde la tumbona caribeña, el silloncito del club o la taza del váter? Te diré una cosa: ¿sabes cómo llamaban en la antigua Grecia a aquellos que preferían consagrarse en exclusiva a sus asuntos privados en lugar de andar perdiendo el tiempo dando discursos en el Ágora? Los *idiotés*. Ya ves tú, como lo oyes.

Durruti hizo una breve pausa para que el inspector pudiera paladear la ironía.

—Garayoa es un *idiotés* con mayúscula, y los idiotas como él han gobernado este mundo a su antojo desde el principio de los tiempos, porque saben que es el dinero el que te da el verdadero poder, y que ese poder te otorga algo aún más importante: la más absoluta de las impunidades.

—Gracias por la información. —Hacía rato que Corominas había comenzado a darle vueltas a otra cosa—. Le diré al compañero que no he podido averiguar mucho.

Durruti se lo quedó mirando fijamente con su ojo muerto. Corominas tuvo la sensación de que le había descubierto la estrategia —de hecho, estaba convencido; de ahí la advertencia velada—, pero el hombre se limitó a asentir.

—A mandar.

En cuanto hizo ademán de ponerse en pie, el viejo sabueso le paró los pies.

—Me toca.

—¿A qué te refieres?

—Mi diezmo.

Corominas sonrió.

—¿Alguna novedad?

No hacía falta que se refiriera a lo de la muerte del pequeño Aitor, ambos sabían de qué iba la cosa.

—Poco o nada.

—No me dirás que estás perdiendo facultades...

Corominas era consciente de que debía darle algo si quería salir vivo y coleando de allí, así que le hizo un regalo que no lo comprometía demasiado.

—La autopsia señala que murió asfixiado. Es todo lo que sabemos por el momento. Por supuesto, yo no te he dicho nada.

Y justo antes de desaparecer pasillo abajo se despidió.

—Por cierto, gracias por lo de mi padre.

VII

La mansión de los Garayoa era una de esas cárceles de rico rodeada de cipreses. Todos estaban perfectamente erguidos y lucían un corte de pelo impecable, ninguna punta más alta que otra, ningún mechón rebelde a los lados. Estaba claro que tenían un jardinero de primera; el mejor que el dinero podía pagar.

Agüero lo oyó venir de lejos.

Sus pies parecían querer agrietar el asfalto a cada paso, por lo que supo que andaba cabreado. Y llegaba tarde, algo poco usual en él.

Nada más salir de casa —Corominas y Laura habían aprovechado la comida para repartirse los papeles que debían interpretar durante la cena—, había recibido una llamada de Pedregosa.

Al destino siempre le da por llamar a la puerta en el peor momento:

—He hecho algunas averiguaciones, pero no sé si la cosa te va a gustar.

—¿Y no hay noticia buena? —bromeó Corominas, aunque las palabras del municipal lo habían puesto en alerta. Sabía que algo se iba a quebrar en apenas cinco segundos.

—Diría que no.

El silencio se adueñó de la conversación mientras Pedregosa calibraba el daño y Corominas cerraba los ojos, tensaba los músculos y se preparaba para el impacto.

—Está bien, suéltalo.

—Ya sé quién puso la denuncia al garito de tu colega...

De nuevo, silencio.

La pausa le pareció uno de esos momentos de telecomedia en los que madre —con la que se ha acostado sin saberlo, purito Edipo— e hijo se miran durante cortes y cortes de montaje. Hasta que uno de los dos suelta la bomba.

—Dispara —pronunció Corominas con la sien a punto para el boquete.

—Begoña Vázquez Moreno.

«BANG».

La bala le reventó el cráneo y se llevó buena parte de masa encefálica con ella.

—¿Estás seguro?

—¿Crees que te soltaría algo así si no lo estuviera? —replicó Pedregosa—. No sé qué se traen entre padre e hija, pero la cosa es como es. Lo otro no es asunto mío.

—Gracias —respondió el inspector.

Y colgó.

No tenía sentido.

Si Bego quería finiquitar el negocio de su padre, solo tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, era suyo. Y no era mujer a la que le temblaran ni las piernas ni el ánimo. Lo siguiente que se preguntó fue: ¿estaba Agüero al tanto?

«*Sustine et abstine*^[8], inspector. Soporta, renuncia y calla la puta boca».

Aunque sabía perfectamente que no podía hacerlo.

Si esperaban a la típica criada con cofia y delantal con puntilla, se quedaron con un palmo de narices. Quien abrió la puerta fue un negro descomunal —de piel azul brillante— que los condujo hasta lo que parecía un salón de los pasos perdidos.

Allí los esperaba Fernández de Biedma, sentado en un butacón de cuero. Un *chester* con su silueta ya repujada.

—Inspectores —saludó.

Al posar su vista en Agüero, contrajo la frente. Necesitaba conocer hasta el último detalle.

—Subinspector Carlos Agüero. Investiga el caso con nosotros —le presentó Corominas.

Controlada la situación, el abogado se dirigió a una puerta corredera. El inspector se fijó en una de las jambas, en la que figuraban marcas de altura trazadas a lápiz, cada una pulcramente nominada y fechada: Borja y Álvaro.

—El señor Garayoa tiene dos nietos —se vio en la necesidad de explicar el abogado.

Corominas apretó los labios y dibujó una sonrisa. Fernández golpeó la madera con los nudillos.

—Adelante.

El gran don Juan Garayoa del Bosque los esperaba en su despacho embutido en un polo rosa palo —un Lacoste talla y media o dos menor de lo adecuado, aunque en el momento en el que su mujer se lo había comprado le ajustara probablemente como un guante—, un par de tejanos de cintura alta y unas deportivas gastadas; un viejo modelo de Reebok que el propio Corominas había tenido.

—Siéntense, por favor.

Uno tiende a pensar que determinados hombres proyectan un aura de grandeza, pero Garayoa era un tipo anodino.

No emanaba nada.

Durruti tenía razón.

«Los mediocres dominan este mundo».

En cuanto hubieron tomado asiento —todos menos el abogado, que se había quedado sin butaca—, el empresario tomó aire y se dirigió a Corominas sin necesidad de que les presentaran. Los años le habían enseñado a distinguir a sus verdaderos interlocutores de un simple vistazo.

—Usted dirá.

Corominas decidió optar por seguir la técnica del abogado de Garayoa y fue directo al grano.

—¿Contestó personalmente?

El hombre asintió de forma medida, algo afectada, como si se hubiera contagiado de la economía de gestos del letrado.

Quizás fuera al revés.

—¿Suele responder a números desconocidos?

—Recibo muchas llamadas al cabo del día.

—¿También a su móvil? —apuntó Corominas.

El hombre se agitó momentáneamente como un flan de gelatina. Fernández no le quitaba ojo de encima, protector.

—A veces.

—Muy bien. ¿Reconoció la voz? Algún giro, una muletilla, un tic familiar...

Garayoa negó con la cabeza.

—Quiero recordarles a usted y su abogado que esto no es un interrogatorio, sino una conversación amistosa —señaló Corominas—. Nos han demandado discreción, y como puede comprobar, hemos cumplido, así

que a cambio les pediría un poco de colaboración. Ha muerto un niño, y de algún modo tienen parte de responsabilidad.

Fernández se activó como un resorte. Pero antes de que pudiera abrir la boca, de que pudiera soltar la protesta, el reproche airado —quién sabe si hasta se iba a permitir el insulto—, su jefe lo detuvo con la palma extendida. Igualito que el que aborta en seco el ataque de uno de sus dóberman.

—No hubo nada en su forma de hablar que me resultara conocido.

—¿Qué le dijeron exactamente?

—Que habían secuestrado a un niño y que lo matarían si no les entregaba un millón de euros en efectivo. Eso fue todo.

—¿Y no le dijeron que esperara instrucciones?

Ahora sí, Garayoa buscó el consejo legal de su abogado por el rabillo del ojo. Fernández asintió:

—Sí.

—¿Y por qué no cogió el teléfono cuando volvieron a llamar? Era el mismo número, ¿verdad?

—Ya se lo dije, inspector —señaló Fernández con tono de seminarista—: fui yo quien recomendó al señor Garayoa que no lo hiciera.

—Me gustaría que me lo dijera él, si no es molestia.

El empresario tragó saliva y dejó escapar el aire retenido. La bocanada silbó a medida que se abría paso por los agujeros de su nariz, en los que cabría sin problema una pelota de *ping-pong*.

—Un hombre de mi posición recibe amenazas, inspector. Supongo que lo entiende. Hasta el momento, ninguna de ellas ha sido cierta. Solo palabrería. Me amenazan a mí, a mi familia, mis negocios, pero la cosa no ha pasado jamás de ahí. Lo que quien llamó proponía era absurdo. Podría llegar a entender que alguien hubiera secuestrado a uno de mis hijos o de mis nietos... Pero ¿esto?

—Si no le dijeron el nombre del niño, ¿cómo supo que no se trataba de nadie de su familia?

—Porque fue lo primero que comprobé. Por eso no lo tomé en serio. Me pareció más bien una advertencia, digamos, futura, no algo real.

Corominas luchaba entre la lógica y lo que le dictaba el corazón. El planteamiento le parecía tan descabellado como al empresario, pero había visto el resultado sobre la mesa de autopsias y comprobado sus estragos en el corazón de un padre.

Estaba convencido de que la elección del empresario no había sido al azar, pero no dejaba de ser una corazonada.

Garayoa, que no estaba dispuesto a entrar en una batalla moral, se apresuró a dejar clara la sensatez de su postura.

—¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

Y sin darle tiempo a contestar, volvió a justificarse:

—Soy un buen hombre, inspector. Es probable que piense que nadie llega a mi posición sin granjearse enemigos. Tiene razón. El mundo de los negocios es duro, despiadado incluso. Pero existen ciertos códigos, ¿comprende?

Lo único que entendía Corominas era que no hace falta meterle a alguien el cañón en la boca para desgraciarle la vida. Y que las buenas personas pueden llegar a ser muy peligrosas. «Guárdate de los justos y de los bienintencionados, inspector, porque son los que te joden vivo». Vázquez.

—Existen muchos tipos de violencia, señor Garayoa —dejó caer. Aunque se arrepintió al instante. No estaba allí para juzgar a nadie.

—Ah, por supuesto —replicó el hombre con una sonrisa que a Corominas le hubiera gustado arrancar de un guantazo—. Banqueros sin escrúpulos, empresarios desalmados, estafadores de corbata, timadores con camisa de cuello italiano y maletín de cuero... Déjeme que le diga algo, inspector: manzanas podridas las hay en todos los cestos.

Si su mirada quiso ser intimidatoria, Corominas se meó en ella. Se le estaba poniendo mal cuerpo.

Agüero, que le intuyó la réplica, decidió tomar el relevo, no fuera que el que acabara revolcado fuera su superior.

—¿Quién conoce su número privado?

Garayoa lo miró por encima del hombro.

—Mi mujer, mis hijos, mi abogado, el presidente del Consejo de Administración de mis empresas y mi nieto mayor.

—¿Nadie más?

El empresario negó, rotundo.

—Pues, o quien está detrás de todo esto es uno de ellos, o alguien se hizo con él de otro modo. —Corominas regresaba de entre los muertos.

—Pongo la mano en el fuego por todos ellos —enfaticó Garayoa.

—A media clase política le han salido últimamente ampollas por lo mismo —replicó el inspector.

Tras el rápido intercambio de golpes, Fernández abrió su cartera y le tendió un folio, decidido a acabar con aquello.

—Todos están avisados de lo sucedido y a su disposición por si creyera conveniente hablar con ellos. Menos el niño, por supuesto. Aquí tiene sus

teléfonos de contacto y sus direcciones, además de toda la información acerca de las IP relativas al correo electrónico.

Souto cogió el papel tendido al vuelo. Estaba cansado de ser el pedrusco de la reunión:

—Muchas gracias.

—No le juzgo, señor Garayoa —intervino de nuevo Corominas en su vaivén de Jeekyll a Hyde. No conocía al hombre de nada, pero uno administra sus odios como le viene en gana—. Solo trato de encontrarle algún sentido.

El empresario extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

—Creo que es terriblemente fácil de comprender, inspector: hablamos de un loco que ha secuestrado y asesinado a un niño por dinero.

Sus palabras congelaron las paredes, el suelo y el techo, y les llenaron la ropa, la piel y el ánimo de escarcha.

«Quizás sea así de simple. Así de cierto. Así de terrible», pensó Corominas.

Pero la mente humana se resiste a la banalidad. Esa maldita trivialidad capaz de llevar a la matanza más siniestra.

Al fin y al cabo, la historia está llena de tipos prosaicos —ególatras, narcisistas, acomplejados, petulantes, interesados y *pichaflojas*— que han aniquilado a pueblos enteros por dinero, poder, venganza, miedo o por simple diversión. Y sin venir a cuento lo visitó la imagen de Nerón cantando el *Iliou persis* en el balcón de su Domus Aurea mientras Roma se calcinaba. Aunque sabía que se trataba de una burda mentira. «Qué daño ha hecho el cine, hijo mío», le repetía su padre a cada *peplum*.

—Lo que verdaderamente me preocupa, señor Garayoa, es que me temo que quien haya hecho esto lo volverá a intentar —señaló Corominas, convencido—. Ese hombre parece tener una fijación especial con usted.

El empresario se removió en su silla y un mechón de pelo, perfectamente sujeto sobre su frente hasta aquel preciso instante, escapó al control del fijador como un pequeño muelle liberado.

—¿A qué se refiere?

—En primer lugar, se dirigió a usted a través de su móvil personal; y en segundo, dejó el cadáver en un edificio de su propiedad.

Al escucharlo, el abogado casi se orina encima. Uno cree que sus secretos empresariales están a buen recaudo hasta que se topa con un sabueso como Durruti.

—Así que nos enfrentamos a dos posibilidades —prosiguió Corominas—: o que le haya elegido simplemente por su dinero, algo público y notorio, o

que se trate de algo personal hacia usted... O lo que representa.

No había caído en aquella posibilidad hasta enunciarla.

Quizás fuera eso.

Quizás solo lo primero.

Quizás todo.

—¿Y qué es lo que represento, inspector?

Por un momento, Souto y Agüero temieron que Corominas le diera al grifo, pero su superior se abstuvo de embestir. «Corrupción, especulación, usura, codicia, margen de beneficios, dividendos, rentabilidad, ingeniería financiera, contabilidad falsa, tarjetas negras, mercado, mercado, mercado, mercado», se limitó a enumerar mentalmente.

Garayoa lo observó como si fuera capaz de advertir cada sustantivo en el fondo de su retina.

—Dígame, señor Garayoa —se apresuró a intervenir Souto en tono conciliador; solo le faltó el Ilustrísima y besarle el anillo episcopal—: ¿se le ocurre quién podría querer hacerle algo así?

Sopesaba con tiento la posibilidad enunciada por Corominas.

—Ya le he dicho que uno no llega hasta donde yo estoy sin tener enemigos. Pero tenemos una ética.

«*Huncine hominem hancine impudentiam iudices hanc audaciam*»^[9], citó mentalmente Corominas.

—Una última pregunta —pronunció entonces—. De haber sabido que todo era cierto, ¿hubiera pagado?

El recorrido de salida fue igual al de entrada en lo cartográfico, algo más precipitado en las formas.

Fernández los acompañó de vuelta al salón de los pasos perdidos, desde donde el criado, cada músculo tieso, la hilera de dientes blancos bien apretada, las sienes y las carótidas palpitantes, los llevó casi en volandas hasta la entrada y los despidió con un portazo.

—Ponte ya con las imágenes —ordenó a Agüero—. La mierda empieza a llegarnos a la cintura.

Souto esperó instrucciones, pero Corominas se limitó a dar media vuelta y perderse calle arriba. Debía sacudirse de encima toda partícula de amargura antes de la cena —«La cena, la cena», se repetía por dentro—, así que apostó por el corte de pelo, el afeitado y por arreglarse la nariz y las orejas.

Prosaico, pero efectivo.

—Dichosos los ojos, inspector —lo saludó Nader.

El local —de los de poste de barbero de toda la vida en la fachada— estaba desierto.

Como siempre.

En más de una ocasión había estado tentado de preguntarle si era su único cliente, porque jamás había coincidido allí con nadie.

—Listo para usted.

Corominas se dejó caer con los ojos cerrados. Nada mejor que un buen sillón de barbero, ergonómico, hidráulico y con reposapiés de diligencia del oeste para recibirlo.

Un Triumph.

No es que por algún misterioso capricho de la física el tiempo se hubiera ralentizado allí dentro, sino que simplemente no había transcurrido desde los ochenta. Todo parecía en *pause*: el instrumental, la decoración, los pósteres velados de modelos con cabelleras a lo *Duran Duran*, *Tears for Fears*, *Depeche Mode*, *Simple Minds*, *Status Quo* o *U2*... Incluso olía como si nadie hubiera aireado el local desde entonces; a laca, a brillantina, a jabón de afeitar suspendido en el aire, pegado a cada azulejo, a cada baldosa.

Nader solo pelaba caballeros, siete euros el corte. Afeitar —a navaja, por supuesto— suponía un extra de cuatro.

—¿Qué será hoy?

Corominas se echó un vistazo; más bien fue un escrutinio. Estaba hecho una pena: los párpados hinchados y la barba —que solo lucía en invierno por quitarse frío de la cara— revuelta y cada vez más inútil.

—Un completo.

—Tengo algo que es mano de santo para esas bolsas. ¿Quiere probar? — señaló Nader mientras abría un cajón y extraía una pomada del interior.

Al verla, Corominas casi se atraganta:

—¿Estás de coña?

Lo que el marroquí sostenía en la mano era un tubo de Hemoal.

Era la segunda vez que le ofrecían aquel ungüento milagroso en los últimos días; quizás alguien más listo que él intuía que iba a necesitarlo en breve.

—Tiene agentes antiinflamatorios que reducen las bolsas cosa fina, créame —afirmó Nader—. Confíe en mí, inspector.

Corominas se dejó hacer.

Bajó el telón y se sumió en una oscuridad tónica mientras el hombre le masajeaba el cuero cabelludo.

El tipo tenía manos de mulá —decir de santo hubiera sido hacerle un feo—. Era como si sus yemas supieran presionar el resorte adecuado para dejar a un hombre seco; el olor a hachís de sus dedos no tenía nada que ver.

Al abrir los ojos, Corominas sintió que se le habían caído un par de años al suelo. Los buscó entre los restos de cabello y caracoles de barba. Pero lo que más le sorprendió fue que las bolsas parecían haber remitido.

Quizás un milímetro.

O hasta dos.

—Eres un genio.

—Es cosa del nombre, inspector.

—Tus padres eran unos visionarios —asintió Corominas, que sabía lo que significaba por varias charlas anteriores.

«El excepcional».

Al echar un vistazo a su reloj, se dio cuenta de que había estado KO una hora. Bendita terapia: once euros.

Hasta que su móvil comenzó a vibrar.

Ni siquiera se molestó en comprobar el número.

—¿Qué es tan urgente? —ladró.

Había puesto a Agüero al tanto de la importancia de la cena, así que fuera lo que fuese tenía que ser de máxima gravedad.

—Soy Contreras, inspector. Te quiero aquí cagando leches: se han llevado a otro chaval.

La cena y el maldito puente sobre el río Kwai acababan de saltar por los aires.

«¡Protesto!»

3

Fata volentem ducunt, nolentemque trahunt

ANÓNIMO

I

Misma edad, mismas circunstancias; un calco del primer secuestro, solo que el nuevo crío desaparecido se llamaba Javier Gómez Escribano y se lo habían llevado de la puerta misma del colegio, que debería ser el lugar más seguro del mundo.

Pero no lo es.

Nadie había visto nada.

El chaval se había evaporado en silencio.

Como una gota del mar.

Esta vez fue Contreras en persona —Souto se había chivado del comportamiento de Corominas durante la entrevista con el empresario— quien llamó a Garayoa. Pero nadie se había puesto en contacto con él para reclamarle nada en esta ocasión.

Ni una llamada, ni un *e-mail*.

Quizás se tratara de un caso totalmente distinto —algún oportunista que había aprovechado la circunstancia—, aunque Corominas estaba seguro de que no.

Cosa de las tripas.

Si el nuevo objetivo no era Garayoa, quizás el secuestrador hubiera puesto sus ojos en otro empresario... Aunque aquel fuera ahora casi el menor de sus problemas.

Entre carrera y carrera, había llamado a Laura para informarse del estado de la cuestión, y ella, que no sabía mentir, le relató la calamidad. Así que llevaba el peso de la hecatombe sobre los hombros.

Por proteger a su retoño, su mujer había acabado a zarpazos —figurados, por supuesto, aunque lo contrario hubiera sido perfectamente posible— con el padre de Eva, que se negaba en redondo, en cuadrado y en triángulo al matrimonio, mucho menos a que los chavales vivieran en «flagrante pecado». Ni siquiera llegó la cosa al segundo plato. De haber estado allí, Corominas jamás habría permitido entablar negociaciones hasta después del postre. La gente es menos propensa al cabreo con el estómago lleno.

Pero había perdido todo derecho a opinión y queja.

En cuanto colgó pensó en llamar a su hijo, pero el miedo y la vergüenza lo dejaron tieso. Era como si sus brazos, sus piernas, su torso se hubieran convertido en una loncha de madera.

Y lo supo.

Supo que había perdido a Álvaro definitivamente.

Como su padre le había extraviado a él hacía años.

Su vida empezaba a venirse abajo como un castillo de playa golpeado por la resaca. Había tratado de entorpecer lo inevitable; de contener la arena que se derrama magullada, el muro que se parte en dos, la torre que cae, la almena que la sigue, pero no había servido de nada.

Y justo en ese instante tuvo la epifanía; el convencimiento de que había sido algo inevitable; la certeza de que los Corominas, su padre, él, su abuelo, todos sus ancestros arrastraban una maldición. De que todo había empezado tiempo atrás. De que algunas personas llevan la desgracia cincelada en lo más profundo de su ADN desde el mismo momento de ser concebidos.

—¿Qué propones, inspector? —lo apremió Contreras, ajeno a su zozobra.

«Soy un maldito *Titanic*, pero al menos aún sigo al mando de la investigación —pensó mientras se lamía la herida—. *Ab asinis ab boves transcendere*^[10]».

—No podemos esperar a que alguien decida dar credibilidad a la llamada. —Si el objetivo era otro prohombre de Ofidia, quizás actuara del mismo modo que Garayoa—. Así que anticipémonos.

—¿A qué? —trató de adivinar Souto.

—Si el patrón es el mismo, se pondrá en contacto con otro ricachón —señaló Agüero.

Corominas asintió:

—Hagamos una lista.

—¿Me estás diciendo que quieres llamar uno a uno a los malditos dioses que gobiernan esta ciudad? —se agitó Contreras.

—Probemos con cinco. Si no da resultado, con cinco más. Claro que podemos esperar a que alguno reconozca la foto del chico en el informativo una vez muerto —apuntilló Corominas.

El comisario dudó.

La sola idea de permitirle violar la sacra tranquilidad del poder le taladraba el estómago, pero no tanto como verse con el cadáver de otro crío expuesto vete tú a saber dónde.

Entonces, Souto dijo algo que nadie esperaba.

—Estoy de acuerdo con él.

—Muy bien —resopló Contreras—. Que Dios nos pille confesados y con la muda a punto. Encárgate tú de llamar —a Souto—, que ya sabemos que el don de gentes del señor no es precisamente su fuerte. Tú —a Corominas—

habla con los padres, a ver si sacamos tajada por ahí. ¿Algo en las imágenes del primer secuestro?

La pregunta iba dirigida a Agüero.

—La de Platería solo abarca de Serradores en adelante, así que pudo salir tranquilamente con el crío dentro del coche, mezclarse en el tráfico y listo. Es imposible saberlo.

—La puta —rezongó Contreras—. Mil cámaras que te sacan hasta cuando te andas en el ojete y ninguna nos sirve de nada. El cabrón sabe lo que se hace.

Aunque hubiera perdido buena parte del hábito, Contreras era un buen investigador. Corominas compartía su suposición: el responsable de los secuestros lo tenía todo bien planeado.

Pero sabía que en algún momento se le vería la costura.

Los padres del niño, Rosa y Félix, eran personajes dolientes de un cuadro de El Bosco; el infierno se los había tragado sin masticar y había comenzado a digerirlos con la paciencia de una hormigonera.

De las fases en que los psicólogos dividen el duelo, estaban a caballo entre la negación y la negociación con la realidad. «Pero ¿quién puede haber hecho algo así? ¡No tenemos ningún enemigo! ¡Esto es absurdo! ¡Un error! ¡Eso es! ¡Un maldito error! ¡Se han equivocado de niño!»

Corominas trató de atisbar alguna coincidencia entre ambos casos. Eso hace el investigador: buscar conexiones, intentar discernir una lógica, del tipo que sea, cuerda o delirante. La otra opción es enfrentarse a lo puramente aleatorio: una jodienda imposible de abordar por ningún lado.

Ni policial, ni anímico.

Lo poco que lograron averiguar sobre los Gómez era que se trataba de una familia de clase media-baja dueños de una mercería. Los niños iban a colegios diferentes y, según los padres, no se conocían. Ni actividades extraescolares comunes, ni amistades intrincadas que los hubieran situado en un mismo espacio en alguna ocasión; no compartían ni barrio, ni parques, ni canchas de juego. Tampoco conocían al padre de Aitor Iragui ni recordaban haber coincidido nunca con él.

Mientras los cuestionaba, un *pip* brotó de su teléfono.

Lo ignoró.

No porque estuviera ocupado tratando de mantener unidos los pedazos de dos seres humanos, sino porque no se dio por aludido.

Al minuto, el *pip* otra vez.

Pip de nuevo a los pocos segundos.

Agüero lo miró.

—Eres tú.

—¿Yo, qué?

—Tu móvil. Son *wassaps*.

—¿Qué?

—Mensajes de texto.

Corominas extrajo el aparato y escudriñó la pantalla en busca de alguna señal parpadeante.

Quizás fuera Álvaro.

Respiró hondo.

Pero el número desde el que los enviaban no era el de su hijo.

El primer mensaje decía:

«Te espero en la esquina. D».

El segundo:

«Ahora».

El tercero, del todo imperativo:

«Ya».

No cayó en quién era hasta repasarlos.

Durruti.

No estaba para charlas con nadie, menos aún con él, de modo que regresó el celular al bolsillo. Hasta que el aparato comenzó a vociferar sin complejos con el acento de uno de esos viejos teléfonos de góndola.

—¿No sabes leer los mensajes o simplemente me ignoras?

—Estoy ocupado —respondió por no mandarlo directamente a la mierda.

—Lo sé. Yo también —replicó el periodista—. De hecho, creo que voy un paso por delante de ti.

—¿De qué coño estás hablando?

Leve silencio, tras el que el Durruti comenzó a mostrar sus cartas.

—Han secuestrado a otro niño, ¿verdad?

Corominas optó por callar y ver hasta dónde sabía; quizás había recibido algún chivatazo y le tiraba de la lengua...

Pero si el periodista era chucho viejo, él era mastín.

—Solo te diré una cosa. Y lo haré una única vez. Luego tú decides si vienes o no vienes —añadió Durruti—. Víctor Melero Cervantes.

El inspector tapó el micrófono y susurró el nombre a Agüero.

—Melero Cervantes.

El subinspector se quedó atónito. Corominas retiró la mano del auricular y dejó escapar un escueto «voy».

Durruti lo esperaba entre las sombras del patio de la Cámara de Comercio, delante mismo de comisaría, empeñado en darle a todo asunto un aire clandestino. Vivía atrapado dentro de una película de Gene Hackman, su actor favorito: *La conversación*, *Agente doble en Berlín*, *A la caza del lobo rojo*, *French Connection*.

—Sígueme.

Hacía ya un buen rato que la noche se había desplegado: Venus como un balazo del 45 sobre el horizonte, Júpiter apenas un hoyuelo del 22, y una uña de sangre, cuarto menguante, por luna. Como si el astro hubiera cerrado ya casi del todo su párpado.

El aire olía a magnolio.

Sortearon varios grupos de gente arremolinada frente a las puertas de los bares de la parte vieja, para desesperación de los vecinos, que habían iniciado una campaña con carteles en balcones y ventanas expresando su cabreo por tanta voz, grito y meada portatera nocturna. Una batalla perdida de antemano en una ciudad en la que el único tipo de negocio que se multiplicaba eran los bares.

Durruti se metió en un local del que escapaba música latina a todo decibelio.

Estaba lleno hasta los topes.

El calor era asfixiante. Húmedo como en un baño turco.

Nada más entrar, a Corominas le goteó una lágrima en la mejilla. Después otra.

Miró hacia arriba.

El sudor condensado llovía de un techo de pintura plástica despellejada. Como la piel de una espalda que se pela tras demasiado sol.

«*Me tomé dos tragos y me subieron la nota, sintiendo cómo mueves esa nalgota. Báilame, no, no te detengas, aprovéchame*».

«Puro Gabo», le vino a la cabeza.

La clientela femenina era un catálogo de alturas —en función de plataformas y *stiletos*—, colores y panderos de todo tipo; la masculina, de testosterona, camisas desabotonadas, collares, nomeolvides y sellos que podían haber pertenecido a algún noble rancio o a un instituto yanqui.

Ninguno llegaba a los treinta.

Corominas se sintió viejo de repente.

Durruti se abrió paso a codazos entre la multitud y se dirigió a una puerta cerrada junto a los baños.

«*Staff only*».

La música pasó a ser una vibración entre las cuatro paredes de bloques de cemento gris —prefabricados a granel, rugosos— del cuartucho. Una mesa, un ordenador, dos archivadores metálicos y una fregona eran los únicos testigos del encuentro.

«*Me tomé dos tragos y me subieron la nota, sintiendo cómo mueves esa nalgota. Báilame, no, no te detengas, aprovéchame*».

—¿Despacho nuevo?

—Conozco a Armando, el dueño. No necesitas saber más —respondió el periodista—. Aquí nadie nos escuchará.

—Pues tú dirás.

—He recibido una llamada hace una hora.

—¿De Melero Cervantes?

Durruti negó con la cabeza:

—De alguien que dice que ha secuestrado a un niño esta tarde.

Corominas comenzó a palidecer.

—De alguien que dice que secuestró a otro niño por el que pidió un rescate a un tal don Juan Garayoa hace unos días. ¿Te suena?

El inspector cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Trataba de centrarse.

—Te suena —sentenció el periodista.

—¿Qué te ha dicho?

—Que le tocaba el turno.

—¿De qué?

—De demostrar su moralidad.

La pausa duró un par de acordes.

«*Me tomé dos tragos y me subieron la nota, sintiendo cómo mueves esa nalgota. Báilame, no, no te detengas, aprovéchame*».

—Dime de qué coño va esto, inspector, porque verá la luz contigo o sin ti.

Corominas intuyó la sangría por venir:

—Ahora mismo eres un testigo, así que cuidado con lo que publicas.

—Mis cojones —replicó Durruti.

—Tus cojones, los míos y los que quieras. Pero es lo que hay.

—Si no lo publico yo, llamaré a otro. Lo sabes.

Corominas asintió.

—Pero habremos ganado un día.

—¿Me vas a enchironar, si no? —soltó el periodista, medio en broma, medio en serio—. Porque ya sabes que a estas alturas tengo el culo pelado.

—Voy a hacer algo mucho peor.

Por un momento, Durruti se vio con el cañón en la boca. Pero Corominas lo hirió por donde menos se lo esperaba.

—Voy a apelar a tu conciencia.

Mientras su superior hacía lo que tuviera que hacer, Agüero informó a Souto y a Contreras de que el nuevo objetivo del secuestrador era Víctor Melero Cervantes, otro de los prohombres de Ofidia.

Un de esos *self made man*.

Había hecho fortuna hacía años en el sector de la alimentación: primero, lechugas pulcramente cortadas, embolsadas y listas para comer; después, todo tipo de verduras precocinadas. El siguiente paso había sido una política de precios destinada a aplastar a los agricultores y a la competencia.

Hasta quedarse solo.

Contreras en persona lo llamó tras informar al delegado para que engrasara el mecanismo; uno no llega hasta las altas esferas sin pasar por ciertos peajes.

—Buenas noches, señor Melero. Soy el comisario Contreras.

—Esperaba su llamada.

—He mandado a dos hombres a su casa, el inspector Souto y el subinspector Agüero. —Aunque no lo vio, intuyó el asentimiento—. Ellos le indicarán cómo proceder. El inspector Corominas, que es quien dirige la investigación, está con un testigo. En cuanto termine se reunirá con ustedes. Gracias por su colaboración.

Camino de la vivienda del empresario, Corominas aprovechó para repasar mentalmente su conversación con Durruti, mientras el taxista no le quitaba ojo de encima.

—¿Mal día?

—Mal año más bien —replicó Corominas.

—Como la reina de Inglaterra.

Corominas hizo caso omiso.

Del comentario y de la sonrisa burlona.

El secuestrador se había puesto en contacto con Melero también a través de su teléfono privado, probablemente desde una cabina. Quizás la misma. El hecho de que hubiera dado el paso de contactar con Durruti complicaba las cosas.

Tras su primer fracaso, había decidido salir a jugar a campo abierto para asegurarse de que la opinión pública conocía su verdad sobre la muerte del pequeño Aitor Iragui y el nuevo secuestro de Javier Gómez Escribano.

—¿No te dijo nada más sobre por qué mató al crío?

—Dijo que era el único modo de que lo tomaran en serio.

El razonamiento era lógico. Aplastante como una viga de cemento. El único modo de que el siguiente en su lista de extorsiones supiera que estaba dispuesto a todo era hacerlo público. Aun a costa de presentarse como un asesino gélido.

Era un cruzado.

—No lo subestimes, inspector —le había advertido el periodista.

—Jamás he subestimado a nadie.

—Me refiero al debate público.

Corominas calló a la espera de la lección.

—Eres muy bueno en lo tuyo, pero yo lo soy más en lo mío. Quizás se trate de un simple secuestro por dinero, pero ese hombre planea un circo. Un debate social. Y te aseguro que no os conviene.

—Ese tío no es más que un asesino de críos. Lo mires como lo mires.

—Si no te enteras de que la cosa está caliente es que eres más tonto de lo que creía. La gente solo ve lo que quiere ver. Y algunos, unos cuantos, solo querrán enterarse de que el responsable último de la muerte de Aitor Iragui ha sido Garayoa. Un hijo de la gran puta que se gasta millonadas en yates, coños, Channel, cocaína, Don Perignon y vete tú a saber qué más pero es incapaz de apoquinar un céntimo por la vida de un niño. Y dará igual lo que diga. Lo único que quedará es que no pagó. Lo mismo pasará con Melero. Tú acusa a un pobre desgraciado de encular a un retoño y llevará la cruz a costas de por vida. Estos asuntos te hunden en la cloaca, inspector.

Sabía que Durruti tenía razón; cuando a uno lo acusan de determinadas guarradas, la reputación no se lava jamás. Él mismo había reaccionado de aquel modo con el empresario.

Había sentido asco.

Lo culpaba.

—En cuanto vea que no se publica llamará a otro. O a todos a la vez. Y entonces os faltarán dedos para tapar las fugas.

Y acto seguido, el hombre había hecho algo que Corominas jamás hubiera creído posible: había reventado su código ético a hachazos.

—Debéis controlar la información.

Agüero esperaba frente a la mansión de Melero, un *tetris* de cubos de cemento inyectado, cristaleras descomunales —veladas para preservar su intimidad—, varias terrazas superpuestas con pasamanos de inoxidable y un par de árboles abstractos de acero *corten*.

Su gusto estaba en las antípodas del de Garayoa.

—¿Alguna novedad?

—Llamada a su móvil privado y correo a una de sus empresas. Sabemos que es él por la foto —le informó el subinspector—. Estamos esperando a que vuelva a contactar.

—¿Souto?

—Dentro —le indicó—. Negaré haber dicho esto, pero empieza a caerme hasta bien.

—Será el estrés —replicó Corominas—. O que estás desarrollando un Estocolmo de cojones.

Su subordinado dejó escapar una sonrisa.

—Lo que sea, pero antes ha dado la cara por ti.

—¿Y Melero?

—Pues parece afectado.

—¿Pagará?

—En cuanto recibió la llamada dio orden a su contable de que consiguiera la pasta como fuera, por si la cosa iba en serio.

El inspector lo miró, sorprendido.

—Parece un tío decente.

De nuevo la tentación —cada vez más acuciante, el silencio cada vez más doloroso— de contarle lo que sabía sobre el Biscuter. Necesitaba abrir los tanques de lastre para salir a flote, porque empezaba a llevar demasiado tiempo en el fondo y el oxígeno le sabía ya a viciado.

«Los problemas, siempre a carros», suspiró.

Su cerebro empezaba a no poder más.

«¡Protesto!»

Pero gritaba en el desierto.

Y de nuevo calló.

Una vez dentro, se encontró frente a un chaval. Melero parecía recién atracado en los cuarenta. Atlético, pelo negro y una piel sin imperfección alguna. Su semblante reflejaba preocupación —y cansancio— al estrecharle la mano.

—Su comisario me ha informado de que estaba hablando con un testigo.
¿Alguna novedad?

Aunque la frase pudo salirle impertinente, su tono no reflejaba superioridad. Más bien la normalidad de quien está al mando de un imperio y acostumbra a dar órdenes a todas horas.

El hombre estaba sinceramente afectado. O eso parecía. Corominas había perdido seguridad en casi todo en los últimos días.

—Tenemos razones para creer que el responsable del secuestro busca repercusión mediática.

—¿A qué se refiere?

—A que trata de convertir esto en un espectáculo.

Melero lo desarmó de un solo golpe:

—Si va a ayudar, dénselo.

—No depende únicamente de usted.

Su interlocutor leyó entre líneas:

—Garayoa.

Corominas frunció los labios.

—Ya se lo he dicho, inspector: el delegado y su comisario me han puesto al tanto de todo. Ya sabe, prerrogativas del poder... —soltó con una sonrisa exhausta—. Aunque yo más bien diría que se trata de una responsabilidad. «El balón está en su tejado, así que usted decide». No siento demasiada simpatía por el señor Garayoa, créame. Pero puedo entender su negativa.

El comentario lo sorprendió. Melero no parecía el típico egoísta de aire despreocupado por nada que no hubiera comprado o llevara su ADN. Y sin saber por qué, le vino a la cabeza la sentencia de Virgilio referida a los griegos: «*Ab uno disce omnes*»^[11].

Aunque a veces, uno, sencillamente, se equivoca.

—Ser rico es algo puramente circunstancial, inspector. No algo definitorio. Tener dinero no determina qué tipo de hombre es alguien, no dice nada de quién es. Sus actos sí.

—Usted ha ordenado preparar el dinero.

—Y cree que eso me convierte en mejor persona —asintió Melero.

Se escrutaron durante unos segundos.

—Quizás lo sea. Quizás no. Pero se trata de pura estrategia, créame. De estar preparado para cualquier eventualidad. «El general que gana una batalla hace muchos cálculos en su cuartel, considera muchos factores antes de que esta se libre. Muchos cálculos llevan a la victoria, pocos cálculos llevan a la derrota». ¿Conoce a Sun Tzu?

Corominas le confirmó que sí.

Y pensó: «Otro pijo de Business School que adora los textos de viejos generales chinos y jamás ha pisado una trinchera, en la que todos los principios y juramentos se van a la mierda».

—Quizás se deba a sus circunstancias —prosiguió Melero—. Verá, el señor Garayoa procede de una de las familias más acaudaladas del país. Nació rico, y eso lo vuelve a uno más... apegado, digamos. Dependiente, si lo prefiere. El dinero y el estatus han formado parte de él desde su cuna. Yo, en cambio, nací libre. Mis padres se reventaron a trabajar para darme una educación y me legaron lo único que poseían: una pequeña finca agrícola en Zuza. Apenas ocupaba la mitad del terreno que abarca hoy esta casa —apostilló con cierta melancolía—. Lo que trato de decirle es que no le tengo miedo a la pobreza. El dinero es un simple instrumento, inspector. Le proporciona a uno poder y satisfacción, por supuesto. Pero también es una soga.

—Muchos querrían vivir con ella alrededor del cuello, créame.

—No lo dudo. Pero no por ello deja de ser lo que es.

—Deduzco que está dispuesto a pagar.

Melero trató de que su gesto estuviera desprovisto de cualquier atisbo de magnanimidad, pero no pudo evitar un fulgor de satisfacción en el sí callado. Un gesto momentáneo, apenas visible.

—Muy bien —señaló Corominas—. Pongámonos cómodos, porque la cosa puede ir para largo.

II

El alboro llegó entre Nespressos.

Estalló delante mismo de sus ojos, a través de la cristalera del salón, un rectángulo apaisado del tamaño de las pantallas de aquellos viejos cines —el Coliseo Olimpia, el Novedades, el Príncipe, en los que Corominas había fraguado buena parte de su infancia—, que rivalizaban con los más grandes y lujosos palacios de la Ópera.

El cielo ardiendo, teñido por la resonancia de un incendio lejano. «Impresión, sol naciente», pensó Corominas. Un Monet frente a las narices cada mañana.

Pero la llamada no se produjo.

Quizás el secuestrador había decidido esperar a medir la ruina que la publicación de Durruti provocaba en el ánimo de Melero —una forma de asegurarse de que no actuaba como su antecesor.

De ser así, la decepción le habría cabreado.

Pero Corominas estaba convencido de que no alteraría sus planes. Cuando uno tiene un propósito, prevé todas las contingencias posibles. «Quizás hasta tenga su propio ejemplar de *El arte de la guerra*».

Dejó a Souto al mando y envió a Agüero a darse una ducha. Los de Secuestros habían anidado ya con sus chismes en casa del empresario: si el tipo se ponía en contacto, les informarían puntualmente.

Era la hora del parte y tenía dos cosas pendientes, así que la idea de pasar por casa y obtener algo de aliento de los labios de Laura era ahora mismo un lujo impensable.

—Han dejado un recado para usted.

El policía que guardaba la entrada le pasó un *post-it*.

Corominas le echó un vistazo.

—Joder, Zanón, tienes peor letra que un matasanos. ¿Se puede saber qué coño pone aquí?

—Que lo ha llamado un tal Ibáñez. Lo de abajo es el número.

Corominas se guardó la nota y enfiló hacia su despacho. El tal Ibáñez, *el Ibáñez*, había sido *confite* suyo hacía un tiempo, hasta que decidió dejar el mundo del hampa para dedicarse al ibérico de pata negra.

Al parecer, había hecho un contacto en algún secadero de Guijuelo —un compañero de la mili, según dijo— que le pasaba mercancía de *estrangis*. Todo por la Perla, una puta con la que había perdido la flor y de la que había estado enamorado desde entonces.

Él mismo le había puesto el nombre —no hay peor ciego que el encoñado— por su parecido con Jennifer Jones, decía. «¿La monjita Bernardette?», había protestado ella. «¡No, mujer, tú eres la Perla de *Duelo al sol!*». Así que, satisfecha —y halagada; la mujer tenía espejo y se encontraba más parecido con la Maribárbola—, lo había empezado a usar como reclamo.

«Perla, la Jones de Ofidia».

Cada vez que le cantaba su amor como un tuno, acumulaba un fracaso tras otro. «Déjame que te haga una mujer decente, Perla». «Pero ¿tú qué te has creído? Ya soy una mujer decente. Tengo negocio propio y en mi vida he timado a nadie. Tú, en cambio, no puedes decir lo mismo».

El Ibáñez era un timador mediano —y con su ética: no hacía ni viejas, ni inmigrantes, ni asalariados de base—, pero emprendedor y con ganas de expandirse. Tenía talento, el hombre. Las leyes de la física, sin embargo, le jugaron una mala pasada, y la expansión acabó por reventarle en la cara.

Y la jeta. Literalmente.

Uno no tima a un banquero y se va de rositas.

Algunos son más peligrosos que un *pitbull*.

Al llegar a su despacho, sacó el papel y marcó el número que venía en la nota.

—Ibáñez *Import-Export*, ¿dígame?

—¿Qué importan y exportan ustedes, si puede saberse?

—Lo que usted quiera —contestó la voz al otro lado. Corominas lo reconoció a pesar de los años. Era gaditano. De Algar.

—Pues necesito medio kilo de *perico*.

—Coño, inspector, ¿eres tú?

—El mismo.

—Ahora soy legal, que lo sepas.

—¿Y se puede saber qué trajinas entonces?

—Ya te lo he dicho: todo lo que necesites. Dentro de un orden, por supuesto.

Corominas, que lo conocía bien, sabía que en su caso «un orden» indicaba que quedaban prohibidas drogas, órganos y personas. El resto ya era otra cosa. Una simple cuestión de oferta, demanda y contactos.

—¿Has dejado lo de los jamones?

—Se me murió el proveedor en un accidente laboral. Pero me acordé del Jerónimo, otro amigo de la mili. Esto del *feisbuc* es la hostia. Resulta que el tío trabaja en el puerto de Barcelona..., y hasta ahí puedo leer.

A Corominas se le escapó una carcajada.

—No te preocupes. Eso lo llevan los *picolos*. ¿Qué se te ofrece?

—Me he enterado de que estás con lo del niño muerto.

La línea quedó en silencio durante unos segundos. Hasta que Corominas tiró para adelante.

—Veo que sigues teniendo un oído fino.

—Una maldición como otra cualquiera.

—¿Y?

—Pues que quizás sepa algo —dejó caer el Ibáñez.

—Pero...

—Que te costará la tarifa.

—¿Desde cuándo has vuelto al ruedo?

—Me corté la coleta hace tiempo. Pero lo del crío me ha llegado al alma, así que me he dicho: llama al inspector. Por los viejos tiempos. Y porque uno tiene una ética.

—¿Y cuán profundamente te ha llegado al alma? —indagó Corominas.

—Ya te lo he dicho: por ser tú, la tarifa. Que tener ética no significa que uno sea gilipollas, y la crisis aprieta.

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

—¿Te acuerdas del Rick's?

—Me acuerdo.

—Pásate esta noche y hablamos.

—Muy bien —cerró la cita Corominas—. Por cierto, ¿ya has hecho de la Perla una mujer decente?

—Sin faltar, inspector, que mi Perla siempre fue la mujer más limpia de esta ciudad —replicó el Ibáñez—. Que aquí hay mucha puta de salón y ninguna tiene los santos ovarios de reconocerlo.

—Veo que sigues igual.

—Y a mucha honra.

La primera vez que habían cruzado los caminos, Corominas iba detrás de un cabrón de navaja fácil que había agujereado a un universitario hasta dejarlo como un gruyer francés. Un chaval de diecinueve años que había mirado de más a su novia neumática y el atrevimiento le había costado la vida.

Treinta puñaladas, una hasta en la planta del pie.

Después de dejarle seco —literalmente, al chico no le quedó ni una gota de sangre dentro—, cometió el error de tirar de cuchillo con una puta conocida de la Perla a la que pinchó los pechos por comprobar si los implantes explotaban.

Para algunos, nada vale nada.

Ni nadie.

Ese error, y no otro, le costó la condena.

Por mucho que una vez detenido solo se lo juzgara por lo del universitario malogrado.

La sentencia fue sonada.

No porque lo mandaran de quince a veinte años a galeras, sino porque su abogado convenció al juez —con el que debía de jugar al golf o a las muñecas o a los médicos en sus ratos libres— de que la muerte había sido un desgraciado accidente; que ni *animus necandi* ni dolo de ningún tipo.

Así que el Naranjito —había nacido en Xátiva y tenía la piel de la cara como la de un cítrico arrugado— fue condenado a solo cuatro años.

A partir de aquel día, el Ibáñez se convirtió en chivato de Corominas.

No en uno cualquiera, sino, como a él le gustaba llamarse, en «El defensor del oprimido».

Solo le proporcionaba información si la cosa tenía que ver con agresiones a putas, inmigrantes, indigentes, críos de la calle y otra morralla que no le interesaba a nadie.

Así era el hombre —que, ojo, tenía lo suyo y no se arredraba si tenía que usar los puños para dejar seco a alguno.

La Perla solía decirle que era un lobo sin dientes. Pero Corominas le había visto los colmillos en alguna ocasión, empezando por el día en el que el Naranjito salió a la calle y alguien le borró para siempre la sonrisa de la cara con un bate metálico.

El teléfono lo devolvió al presente:

—Acaba de llamar —Souto—. El precio ha subido. Dos millones. Billetes de veinte. Me da que el cabrón ha visto mucha tele.

—¿Dónde y cuándo?

—Mañana por la noche. Llamará al móvil de Melero para indicarle el sitio y la hora. Debe hacer la entrega en persona.

Eso les daba un día para organizarse.

—¿Algo más?

—Negativo.

—¿Da tiempo a reunir el dinero?

La burocracia tiene su propia métrica. Más cuando se trata de que un banco se desprenda de un pico, por mucho que el parné sea de uno; no es cuestión de que alguien descubra que la pasta no está.

—Melero afirma que sí.

Por un momento, dudó.

Dudó sobre el empresario.

Dudó sobre el propósito real de todo aquello.

Dudó sobre si confiar en Souto. Sobre si sería capaz de llevar el asunto con rigor.

Por mucho que Agüero le echara un ojo, era un superior, así que poco podría hacer en caso de fiasco. Pero no le quedaba otra que delegar.

—¿Algo del móvil o del *e-mail*?

—Cabina y cibercafé, ambos distintos a los del primer caso. He mandado a tu chico a preguntar.

—Muy bien.

Quizás el subinspector tenía razón y Souto se estaba haciendo un hombre de provecho.

Antes de dirigirse al despacho del comisario llamó a la hija de Vázquez.

—¿Estás en la oficina?

—¿Qué pasa?

—Necesito hablar contigo.

—¿Donde mi padre?

—En La Catedral.

Corominas echó un vistazo a su reloj e hizo un cálculo aproximado de lo que le llevaría la charla con su jefe.

—En media hora.

Aún no sabía cómo afrontar la conversación. Ni si estaba preparado para escuchar lo que viniera; un aperitivo de lo más adecuado para lo que le esperaba después.

Había estado tentado de mandar uno, dos y hasta tres mensajes a su hijo, pero tampoco sabía qué decirle. Por un momento temió que el furgón de la funeraria tuviera que pasar a que recoger su cadáver antes de su cita con el Ibáñez.

—¿Qué tenemos?

—El secuestrador acaba de llamar. Pide dos millones.

—Subidita del IPC —soltó Contreras, sarcástico.

—La entrega será mañana por la noche. Aún no sabemos ni sitio ni hora. Lo único claro es que exige que sea Melero en persona quien deje el dinero.

—¿Pagará?

—Eso dice.

—¿Qué te parece?

—¿El qué?

—Melero.

—Buen tío. Pero muchos lo parecen.

—¿Tenemos algo más? Me jode ir de paquete.

—Algo hay.

Contreras extendió las manos y abrió los ojos a la espera de la revelación.

—¿Y me lo vas a contar o esperarás hasta el Juicio Final?

—He recibido una llamada de un antiguo *confite* —le informó Corominas—. Dice que tiene algo relacionado con el caso.

Al comisario le cambió el gesto. Un minúsculo rayo de luz. Un Big Bang en potencia.

—¿Cuánto?

—Lo de siempre.

—¿Y es de fiar?

Corominas asintió.

—Muy bien. Pues pasa por caja y a ver qué tiene que contarte. Si nos ayuda a trincar a ese cabrón, le pongo caballo y pedestal.

Acabada la charla, se dirigió a su despacho y se dejó caer sobre la silla.

Más bien fue un derrumbe.

Le sobraban diez minutos antes de acudir a su próxima cita, así que decidió regalarse una cabezada.

Y de repente, en medio de la jurga de los últimos días, a su cerebro le dio por viajar en el tiempo.

Tenía diez años. Aunque al pasar frente a un espejo, la imagen devuelta correspondía a su físico actual. Su padre leía el diario en el salón. Acababa de regresar de uno de sus seminarios y estaba cansado. Su madre —el caftán verde esmeralda que siempre llevaba en casa, su olor a crema de manos Atrix, su sonrisa amarga, siempre a medias— lo reñía, entre cariñosa y severa, para que no lo molestara. Pero él se dedicaba a espiarlo desde la puerta del pasillo. Mirada apocada pero deseosa.

El hombre levantaba el periódico y se cubría el rostro al saberse observado. Decepcionado, Corominas se disponía a replegarse cuando de pronto uno de los ojos del catedrático asomaba por una esquina y regresaba tras el papel como un espía de folletín. El juego duraba un par de minutos más. Hasta que, quizás aburrido, su padre dejaba de asomarse.

Un minuto sin novedades y Corominas claudicaba. Pero mientras emprendía el regreso a su habitación, escuchaba dos «ras» seguidos a su espalda. Cortos y rápidos, «ras-ras». Al darse la vuelta, descubría dos agujeros en la sábana de papel, uno a cada lado de la doblez. Tras ellos centelleaban los ojos de su padre. Y no podía reprimir una risotada mientras el hombre se ponía en pie y comenzaba a seguirlo por el corredor.

«In somno animus meminit praeteritorum»^[12].

Había sido la última vez que habían hecho algo parecido a jugar juntos. No recordaba cuándo lo había hecho con Álvaro.

El local estaba en plena efervescencia de funcionarios. Era la hora del aperitivo y habían decidido que ya estaba bien de timbres, sellos y malas caras.

Bego lo esperaba con un frito de huevo a tiro de morro. Aún humeaba.

Corominas pidió lo mismo y una cerveza.

Al principio, no reparó en que algo había cambiado. Trató de descubrir de qué se trataba, pero las paredes eran las mismas, y las sillas y las mesas y el

menaje y la vajilla.

Hasta que dio con ello.

En una esquina, entre jamones ahorcados, descubrió un contador electrónico.

Cada vez que un nuevo frito salía de la cocina, el número aumentaba.

Esperó a que por la boca de la cocina surgiera una nueva degustación, y ahí estaba, el nuevo guarismo, inexorable como que la noche sigue al día, o el día a la noche. «Lo que faltaba: el Port Aventura de la gastronomía», se dijo.

—¿Ya duermes?

—Hago lo que puedo.

—Pues no es suficiente —replicó Bego, maternal—. Tendré que hablar con Laura.

—Dudo que sirva de mucho. Los viejos consumimos cada vez menos energía, así que no necesitamos descansar tanto.

La hija de Vázquez se acercó el rebozado a los labios y desistió tras un minúsculo *pico* de tanteo.

—Tú dirás, inspector.

Lo mejor era ir de frente, ni prólogos, ni preludios, ni mucho menos exordios, así que disparó.

—¿En qué coño estabas pensando?

Le salió así de duro.

Así de amargo.

—¿A qué te refieres? —respondió Bego, sin imaginarse de qué iba el percal.

—A lo de tu padre.

Lo que cambian las cosas y los humores en un instante; al segundo, la hija de Vázquez supo que Corominas lo había descubierto y la piel del rostro se le anegó de sangre.

—Ese bar es lo único que le queda. No te entiendo —arremetió Corominas.

—No había otro modo... —trató de hilvanar Bego.

—¿Otro modo de qué? —Corominas empezaba a perder la paciencia.

—¡De que lo dejara, Hero!

—Pero ¿por qué?

Bego lo miró aterrada y, sin pausa, sus ojos se preñaron de lágrimas. Trató de aferrarlas, pero se le colaron entre las pestañas, deambularon hasta su maxilar y cayeron a peso sobre la mesa; primero una gota, después otra, después otras dos que le dejaron un reguero en el maquillaje.

Hasta que llegó la riada.

Corominas no pudo evitar una creciente congoja.

Lo primero en lo que pensó fue en que se moría; que Vázquez lo iba a dejar tirado como su padre.

Como su hijo.

No imaginó ni por un momento que la cosa podía ser peor.

—Mi padre tiene Alzheimer.

El inspector escuchó el tintín de la campanilla del juez que dicta la sentencia.

—¿Desde cuándo?

—Se lo diagnosticaron hace un mes.

Echó la vista atrás e intentó detectar el síntoma. El olvido, la irritabilidad, la minúscula confusión, la palabra que se resiste. Y se dio cuenta de que lo había tenido delante de las narices y había sido incapaz de verlo.

Ni un atisbo.

«Estás ciego y viejo y cansado, inspector».

No había intuido el mal.

Ni sentido el palpito.

Ese que dicen que golpea a la madre, al padre, al amante, al gemelo cuando su mitad zozobra.

Ese latigazo que no viene del más allá, de una dimensión recóndita, mística, metafísica, sino que es el fruto simple de la preocupación diaria por aquellos a quienes amas.

Del cariño.

De saberse de memoria cada gesto del ser querido.

—Pero... —trató de justificar su ineptitud.

—Me preocupó que cada vez estuviera más de mala leche todo el santo día; que comenzaran a olvidársele algunas cosas, palabras sueltas, las llaves, incluso ponerse uno de los calcetines, los dos alguna vez. Así que le pedí hora con la excusa de un chequeo para el seguro del bar. Le hicieron unas pruebas y...

—¿Lo sabe él?

Bego se cubrió el rostro como si el gesto pudiera protegerla de todo mal.

—No sé cómo decírselo.

«¡Protesto, protesto y protesto!», quiso gritar Corominas. Pero el nudo en su garganta impidió que la queja brotara como un géiser.

—¿Y no se puede hacer nada? No sé...

Bego volvió a agitar la cabeza.

—Quiero llevármelo a casa, Hero. Pero estoy cagada. Tengo miedo de no saber qué hacer. De no saber cuidarlo. De que Carlos no lo aguante y se marche...

Sus ojos eran ya dos cumulonimbos descargando una tormenta de rímel.

—Pero lo que más miedo me da es llegar a odiarlo.

Corominas llegó a casa de su hijo hecho trizas.

Impotente.

Tenía el ánimo demacrado y el gesto muerto. Y algo le escocía dentro. Como el arañazo en el brazo o la pierna cuando los cubre el sudor; como el corte de papel en la yema al rozar la sal derramada sobre la mesa.

Vázquez se iría poco a poco.

Una muerte lenta, muda, diaria.

Y no había nada que pudiera hacer; ni siquiera sentarse a su lado y jugar a ser su memoria. Solo ser simple testigo, cronista de la putada, de la maldita injusticia, primero, y un desconocido que vela después.

No estaba seguro de poder aguantar la degeneración del amigo como había tenido que lidiar con la del padre. Verlo mearse y cagarse encima, balbucear, la mirada muerta, absolutamente lelo.

Verlo desaparecer con el agravante de dejar atrás una masa corporal hueca a la que hija y amigos se iban a aferrar y que con el tiempo se convertiría en su grillete.

No le quedaban fuerzas.

Ni un litro en el tanque.

Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta, de modo que sacó su copia de la llave.

—¿Hola?

La casa estaba vacía.

Y sintió alivio.

Y se sintió mal por sentirlo.

Cuanto más tardara en hablar con Álvaro, más crecería el quiste; se calcificaría y ya no habría manera de librarse de él.

Lo sabía bien.

Le había llevado media vida extirpar el que había crecido entre el ilustre catedrático y él.

Cirugía mayor. Bruta. De campaña.

Dejó la chaqueta y el *fedora* en el perchero y se sentó en el sillón. El cuero lo arrojó como si su silueta se correspondiera a la perfección con la de

su predecesor.

Y se quedó dormido.

Esta vez sin incursiones.

En paz.

El mundo podía pasar un rato sin él.

III

El Rick's era un viejo puticlub de jofaina situado en la calle del Perdón — aunque todo hijo decente de Ofidia se refería a ella como «La Pendón».

Un barrio hereje.

Impío.

Ni siquiera Dios buscaba pecadores allí.

Tampoco los taxistas entraban en él —daba igual la identificación mostrada, la promesa de un extra—, así que había tenido que darse un buen paseo. Empezaba a plantearse seriamente lo de renovarse el carné.

Corominas llevaba tiempo sin pisar el local, y lo primero que constató fue que no había cambiado ni un baldosín. Nadie se había molestado en darle un golpe de brocha, aunque fuera gorda y apresurada, en treinta años, mucho menos en emprender una reforma del mobiliario.

Allí se seguía follando en los setenta.

Lo segundo fue que seguía apestando a sobaco, coño y pachulí.

El dueño, un uruguayo que había cruzado el charco en el 74 —de estar vivo debía de haber alcanzado ya la categoría de antigüedad—, era uno de esos adoradores de Rick Blaine.

Ambos compartían nacionalidad: borrachos.

Echó un vistazo alrededor, y al no localizar al Ibáñez, escogió una mesa rinconera y pidió un cubata de ron canario. «Arehucas, ningún otro, muchacho», lo había aleccionado un compañero isleño con el que había compartido academia. Lo último que sabía de él era que había llegado a comisario. Pepe Ravelo: el segundo mejor policía que había conocido en su vida.

Una negra de reflejo azul se sentó a su lado sin darle tiempo siquiera a descubrirse.

—Hola, mi amor —canturreó con un delicioso acento cubano.

—¿Sigue trabajando aquí la Perla?

—¿Quién?

—Perla —repitió Corominas.

—Yo no sé quién es esa, mi amor. Pero te aseguro que ninguna hembra de esta ciudad tiene la tota tan jugosa como yo. Purita papaya —respondió subiéndose la falda hasta mostrar el arabesco de encaje de su ropa interior.

No llegaba siquiera a triángulo hecho y derecho.

Corominas intuyó su pubis depilado, sintió el calor que irradiaba de sus muslos de seda y tuvo un amago de erección.

Luego le vio la curva externa del pie, el zapato de tacón prendido de los dedos en delicado, calculado, delicioso equilibrio. Un gesto de desarme practicado mil veces.

Pensó que era la más hermosa que había visto jamás.

Justa.

Medida.

Una aplicación perfecta del número áureo.

También se fijó en el puente.

Románico.

Y el vaivén del zapato lo hipnotizó.

En ese instante —cuando su erección ya era una realidad firme, irreversible bajo el pantalón—, el Ibáñez entró por la puerta. «Justo a tiempo», se dijo mientras alzaba la mano como el bañista que se ahoga para ser visto.

Al tenerlo plantado delante, constató que los años le habían pasado por encima como un trolebús. Casi no le quedaba ni un mechón de pelo en la cabeza, pero lucía una maraña en el rostro que junto a sus gafas redondas le daban cierto aire a Valle-Inclán.

—Piérdete, Odalys, que este señor y yo tenemos negocios.

La chica hizo un mohín y regresó a la barra en busca de una nueva presa. Tensa como una pantera.

—No se te puede dejar solo ni un minuto, inspector.

—Mis bajos ya no están para aventuras, Ibáñez. ¿Qué tienes para mí?

—Los maderos siempre con prisas.

—Uno se va volviendo como un crío conforme cumple años.

El Ibáñez sonrió y levantó un dedo. No le hacía falta más. Al segundo tenía delante una copa de 43 con cola.

—¿Unas *clenchas*?

Corominas negó con la cabeza.

—Sigues igual —certificó el Ibáñez—. Puro como Juana de Arco.

Y solo tras la primera raya y el primer trago, se arrancó.

—Hace una semana, la Perla me soltó que un cliente que se encama con una de sus chicas le había contado a la cría una historia de lo más rara.

—¿Ahora es madama?

—Se ha montado un piso en la zona de San Juan. Muy bien puesto, hasta les paga la Seguridad Social. Solo producto autóctono de calidad.

—Y tú y ella...

—¿Ya no te interesa la historia? —replicó el Ibáñez.

Corominas alzó las manos suplicando perdón. El Ibáñez pegó un nuevo trago para lubricar el discurso.

—Pues resulta que el tío, no sé si en los estertores de la corrida o en los efluvios del *post coitum* —otro de los rasgos del Ibáñez era su tendencia de pasar de lo crudo a lo cocido en un santiamén—, le contó que tenía un negocio *guapo* entre manos. *Guapo, guapo*. De esos que a uno le reportan pingües beneficios sin tener que exponer el ojete.

El inspector se encogió de hombros. «¿Y eso qué tiene que ver con lo mío?»

—¿Me dejas finiquitar o no? —saltó el Ibáñez, que se conocía bien el gesto.

Corominas se disculpó de nuevo con las palmas vueltas.

—Ya sabes que los hay gafes desde el espermatozoide; de esos a los que les gusta fardar de la pasta que aún no tienen, como si así fueran a recibir un polvo a crédito —continuó—. No aprenden que ciertas *mamonadas* malogran los negocios. Pues este era de esos. De los que no metabolizan bien el alcohol y les da por chapurrear sin freno.

El inspector comenzaba a impacientarse; estaba cansado y tenía ganas de irse a casa.

—Pues bien —prosiguió el Ibáñez—. El tío le soltó a la Azucena que un pintas le iba a apoquinar mil *pavos* por abrirle una Pibernat sita en un edificio abandonado del centro. Uno que iban a tirar. Riesgo cero.

En cuanto escuchó la marca y la descripción del inmueble, Corominas se agitó en el sitio.

El Ibáñez ladeó la boca para relamerse.

—Y eso es lo que hay.

—¿Y cómo sabes tú que el chico apareció dentro de una Pibernat?

—Tengo gafas, inspector.

Corominas recordó que una de las fotos más reproducidas por todos los diarios había sido una toma cenital en la que se observaba la caja fuerte entre las sábanas.

—Me gustaría hablar con la tal Azucena.

Con suerte, la chavala les podría proporcionar algún dato concreto del cerrajero. Quizás hasta le hubieran *interesado* en alguna ocasión y pudieran presionarlo.

—Te voy a dar algo mejor —respondió el Ibáñez—. Mañana al mediodía lo tienes allí con la verga a punto.

Corominas se dejó caer sobre la cama como si fuera su féretro.

Laura estaba roque.

Era un tronco al que alguien serraba con vaivén regular, ronquidos a medio camino entre la berrea y el gañido del que se sorbe los mocos para destapar la nariz.

Se acurrucó a su lado, y al acercar los labios a su hombro para besarlo, el olor de su piel le hizo tener una erección.

Fue algo automático.

Un reflejo.

Su cuerpo le pedía descargar, y su cabeza, ayuda a gritos.

La imagen de Odalys, el arco de su pie, su cuerpo voluptuoso, sus tetas tatuadas de encaje, su piel azul, su perfume, se plantaron en la habitación.

Trató de desecharla, pero no hubo manera.

Laura abrió los ojos a golpecitos, como si le costara separar unos párpados aún soldados por las legañas. Y sin previo aviso, sintió el cuerpo encima, el pene duro plantado entre las piernas.

Ni despegó los labios.

Se limitó a posar sus manos en el rostro de su marido y dejarle hacer.

Corominas le bajó las bragas hasta las rodillas y las empujó con el dedo gordo el resto del camino. Hasta sacarlas por uno de los tobillos.

Y la penetró.

Sin palabras, sin besos, sin preliminares.

Una embestida y su cuerpo ya estaba dentro, los vellos púbicos enredados.

En ningún momento pensó en ella.

Solo quería buscar el orgasmo, convencido de que la corrida liquidaría cualquier vestigio de pensamiento, de amargura.

Y lo logró.

Al menos por un instante.

Hasta que la realidad regresó con la virulencia del puñetazo no esperado en el plexo, y no tenía el cuerpo para más bailes.

—¿Qué pasa, cariño? —indagó Laura con la delicadeza de la abeja que roba polen.

—Que todo se va a la mierda.

—Espero que eso no me incluya.

—Mi padre, Álvaro, Vázquez...

De nuevo, el silencio en escena a la espera de que asome el puñal asesino; César en el Senado a los pies de la estatua de Pompeyo, a punto de perder hasta la última gota de vida sin saberlo.

—¿Qué pasa con Vázquez?

Por un segundo, pensó en retenerlo.

Cerrarlo bajo llave.

Pero el secreto le ardía como un trago de licor.

—Tiene Alzheimer.

Y sucedió.

Pronunciarlo hizo que verbo y sustantivo se hicieran carne lacerada.

Que la enfermedad adquiriera vida.

Y se puso en marcha el reloj. La cuenta atrás. El tic-tac del isótopo de cesio que rige el tiempo de todos los mortales de este planeta.

Ya estaba dicho.

Ya era verdad.

Laura permaneció en silencio. Sabía que no le gustaban las frases hechas —«Recursos a granel para los faltos de imaginación», solía replicarle—. Que cuando se recluía en su fortaleza, atrancaba puertas y ventanas, acorazaba caminos y quemaba puentes.

Que se cerraba como una planta carnívora y se masticaba a sí mismo paciente.

Que sitiario era inútil.

No había ni minas, ni túneles, ni pasadizos ocultos, ni galerías secretas por las que acceder a sus vísceras más profundas. Hasta que, ya para el arrastre, él mismo decidiera agitar el trapo de la rendición, blanco, inmaculado, por la almena.

Pero Corominas interpretó el mutismo de su mujer por donde no era.

—¿No vas a decir nada?

«Así son los hombres, pésimos lectores», masculló Laura para adentro.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que es una putada? ¿Que lo siento por él y por Bego? Lo que quiero saber es cómo estás tú, y sé que hasta que no estés preparado no me lo dirás.

El inspector se sumergió en la tiniebla del dormitorio; una mortaja líquida que se le pegó a la piel como un baño de petróleo.

Un sudario bendito que cubrió sus ojos, sus oídos, su boca, su nariz y su alma hasta ahogarlo.

—¿Has hablado con tu hijo? —preguntó Laura al rato, sacándolo a flote como un fardo—. Cuanto más lo retrases...

Lo sabía.

Lo sabía de sobra.

Pero no le apetecía un pelo.

—Sabe que no es culpa tuya —pronunció su mujer como si le aplicara un unguento sobre la carne viva.

Y Corominas hizo algo que no había hecho en lustros.

Ni siquiera en el entierro de su padre.

Se echó a llorar.

Lágrimas que surgieron como pus de una herida para sanarla.

Le brotaron por el rabillo del ojo, zigzaguearon por la sien y gotearon sobre la almohada llevadas por la gravedad.

Era una ruina.

Así no le servía a nadie.

Ni a sí mismo.

IV

El día iba a exigirle, así que se metió en la ducha y le dio al agua fría.

Sus músculos se conmocionaron y los dientes le empezaron a castañetear como tambores de guerra.

En cuanto salió del baño se hizo un té —aún no estaba preparado para ver a Vázquez— y despachó un mensaje a Álvaro. Necesitaba la cabeza libre.

Tenían hasta el mediodía para prepararse.

Agüero atendió sus instrucciones. No se podían permitir ni medio error. En cuanto el cerrajero entrara, el Ibáñez les daría un toque y les indicaría la habitación. El resto sería cosa suya.

La silueta de Contreras se acercó a toda prisa. Por un momento pensó que iba a atravesar la lámina de cristal que cerraba el despacho.

—Pon las noticias. Ya.

Corominas recorrió las cuatro paredes para darle a entender que no había ningún televisor —nada que ver con su *suite*, donde reinaba un plasma de cuarenta y dos pulgadas de última generación.

Contreras miró furibundo la pantalla de su ordenador.

—¿En qué mundo vives?

Agüero le indicó que le dejara el sitio.

—¿Canal?

—Cualquiera.

Un par de *clicks* y estaban frente a un avance informativo:

«Según hemos podido saber, el mensaje procede directamente del propio secuestrador».

Tras finalizar la entradilla, el periodista daba paso al vídeo. En imagen, un chaval muerto de miedo, el rostro *pixelado* —más por miedo a la denuncia que por decencia, sospechó Corominas—, el periódico del día entre los dedos, fondo negro.

Era Javier Gómez Escribano.

Entonces irrumpía la voz, desfigurada, áspera, del lado de la cámara destinado al hacedor:

«Se despertó un murmullo en Hamelín. Un susurro que pronto pareció un alboroto y que era producido por alegres grupos que se precipitaban hacia el flautista. Numerosos piecitos corrían batiendo el suelo, menudos zuecos repiqueteaban sobre las losas, muchas manitas palmoteaban y el bullicio iba en aumento. Y como pollos en un gran gallinero cuando ven llegar al que les trae su ración de cebada, así salieron corriendo de casas y palacios todos los niños, todos los muchachos y las jovencitas que los habitaban».

—La puta que nos parió —soltó Contreras.

Corominas le pidió silencio. La función aún no había terminado.

«Es hora de que los gobernantes de Hamelín paguen lo que deben. Hace varios días secuestre a un niño y exigí un rescate a don Juan Garayoa del Bosque. Y no pagó. Y el niño murió. Él lo mató. Ayer me llevé a otro chaval y exigí un rescate a Víctor Melero Cervantes. ¿Hará igual?»

—Pero ¿qué mierda es esta?

—Paja —respondió Corominas.

—Los cojones —saltó Contreras—. Problemas. Eso es lo que es.

—Al tío se le ha ido la pinza —intervino Agüero.

—¿Y ahora qué? —Contreras.

—Ahora, nada —replicó Corominas—. Todo sigue igual.

—Querrás decir para ti, porque yo voy a estar comiendo mierda hasta que trinquemos a ese hijo de la gran puta. Ya puedes hacer cantar al putero, porque es lo único que tenemos. Así que carta blanca, ¿me entiendes?

Corominas lo entendió.

—Y si te me pones exquisito, lo traes y yo mismo le reventaré a hostias —zanjó su superior.

Durruti tenía razón: la cosa acababa de alcanzar la categoría de drama mediático.

Los pisos de señoritas han cambiado mucho. Al menos en las formas. Ahora se agrupan en el centro, en bloques en los que conviven en educada concordia rentistas, banqueros, marquesas, empresarios y putas. Universitarias bien educadas de las que te dan los buenos días cuando te las cruzas en la escalera y, si se tercia, hasta te ayudan a subir la compra o le dan clases de matemáticas al hijo.

El interior es otro cantar.

El de la Perla era de manual de puticlub —de «Piso putera» solía decir Vázquez, asiduo a las cortesías terapéuticas de aquel tipo de dispensarios—: saloncito con mueble bar, pasillo a media luz, habitaciones con lavamanos y bidé y una *suite* con *jacuzzi* para los señores más pudientes.

La principal diferencia radicaba en el olor.

Nada que ver con el del Rick's —a almizcle pegajoso—. Este era fresco. A perfume caro y coño limpio mezclado con *bodymilk* de aloe y carité, gel, champú y acondicionador.

Corominas se quedó de una pieza al verla.

Había engordado hasta el límite razonable de expansión de la piel —si es que tiene alguno—. Y seguía siendo una mujer de lo más fea.

El Ibáñez apareció pegado a su minifalda de *lycra* —el único tejido capaz de adaptarse a su contorno— como si fuera su fiel pequinés.

—Veo que el tiempo te ha tratado bien.

—A ti no, inspector —replicó ella con ganas de liquidar la charla—. La número tres, la del fondo del pasillo. Y no me arméis barullo, que tengo a más de uno durmiendo la siesta —señaló mientras le daba un buen repaso a Agüero.

El Ibáñez sintió un calambrazo de celos y recogió el labio superior hasta mostrar su minúscula fila de dientes color mostaza.

—¿Y el figurín?

—Subinspector Agüero.

—Ha entrado hace veinte minutos —ladró el Ibáñez—. Así que será mejor que os vayáis dando prisa.

Corominas sintió pena por él: «A algunos el amor les dura toda la vida».

Enfilaron por el pasillo y entraron sin llamar.

Y lo que vieron los dejó de piedra.

Una pareja follaba a lo perrito, solo que quien estaba a cuatro patas era el cerrajero, mientras la Azucena —el Ibáñez le había dicho que el hombre no cataba otra chica, ahora sabía por qué—, enfundada en una braga de cuero de la que sobresalía un miembro considerable, lo enculaba.

Al intuirlos, paró de embestir y giró la cabeza de un latigazo.

Agüero le pasó una bata —un kimono corto, florido— para que se tapara mientras el hombre soltaba un gruñido de protesta.

Corominas le mostró la identificación y al hombre se le cerró el ojete de golpe.

«Piérdete», le indicó a la pobre Azucena, aún con la polla calada. La chica ganó la puerta como alma que lleva el diablo, la erección de látex bamboleándose bajo la seda.

—Bueno, ya estamos solos.

Estaba dispuesto a ser amable.

Hasta un punto.

—¿Qué coño queréis?

—Tengo entendido que alguien te hizo un encargo especial hace unos días.

El tipo, la sábana sujeta hasta el pecho como una estrella de cine, puso cara de circunstancias:

—No sé de qué coño me hablas.

—La Pibernat.

Silencio.

Una mirada de ida, otra de vuelta.

—Lo tienes chungo —dejó caer Agüero—. Aunque, visto lo visto, igual *dentro* te va de puta madre.

—Me habéis jodido el polvo.

—El tacto rectal, dirás.

—Tengo mis derechos, cabrones.

—Yo no los veo por ningún lado —soltó Corominas—. ¿Y tú?

Agüero negó con la cabeza.

—Nada.

—Iros a tomar por culo.

Corominas dejó escapar una sonrisa de ojos achinados mientras el subinspector hurgaba en el pantalón del hombre.

—Jaime Velasco Carvalho —leyó el DNI en voz alta—. Coño, como el árbitro.

—Ese es Carballo con elle —replicó el tío, como si el hecho de que lo relacionaran con un trencilla fuera una mancha en la reputación imposible de borrar.

—¿Quién te encargó que la abrieras?

—Te digo que no sé de qué coño me hablas.

Si el tío calzaba dos dedos de frente —y Corominas no tenía motivos para dudarle aún, otra cosa era lo referente a sus preferencias sexuales—, a estas alturas sabía que la caja a la que le había metido mano se había convertido en una urna funeraria.

—Seré claro, gilipollas —señaló—. Para que no haya malentendidos. Han secuestrado a otro niño, y como acabe como el primero te juro por mi madre que no llegas ante el juez.

—Yo también seré claro, madero —replicó el tipo, envalentonado—. Deje de chuparme el dedo hace siglos, así que si tienes algo, pues nos vamos todos a comisaría y tan tranquilos. Si alguien anda jodiendo nenes, pues allá él, que cada uno es muy libre de meterla donde le salga de los cojones.

En otras circunstancias, el comentario le hubiera parecido el aguijonazo de un mosquito.

Una punzada irrisoria.

Hasta graciosa de patética.

En otras circunstancias.

Porque Corominas traía tanto hastío que la frase lo hirió como un cólico que retuerce la punta de la navaja en el riñón.

Y estalló.

Aunque fue una combustión callada.

Ese *click* mudo del interruptor que agrieta el blanco del ojo en decenas de petequias y te pudre la sangre.

—Entonces, no me sirves —soltó, frío, contenido. E interpeló a Agüero—. Abre la ventana.

El subinspector contrajo las cejas. Y supo de inmediato que su superior, su amigo, estaba al borde.

Pero no replicó.

Fue hacia el tirador, descorrió la cortina de franela grana y la abrió de par en par.

El sol entró a raudales y se vertió agresivo por las paredes, el suelo y la cama.

—Estamos en un cuarto. Tres metros por piso suman doce, más los tres y pico de la portería, ponle entre quince y dieciséis. Con un poco de suerte, te

reventas la cabeza como un melón. Pero igual caes mal, igual los de emergencias llegan a tiempo y te dejan como una puta lechuga.

Justo cuando el cerrajero comenzaba a componer la mofa chulesca, cuando se llevaba la mano al paquete para decirle «Cómeme la polla, mamón», Corominas lo agarró del pelo —una maraña de brea desparramada hasta los hombros— y lo sacó a rastras de la cama.

Y de repente sintió paz.

Un sosiego balsámico en medio del estallido.

Como si a pesar de la repentina sacudida física el espíritu se le hubiera quedado en calma. Como si de algún modo supiera que ese era su estado natural. Su esencia sin velos. Como si toda su vida hasta ese momento hubiera sido pura contención; una mentira mil veces repetida hasta volverse verdad cotidiana.

Tan solo Vázquez conocía la historia.

«Y la olvidará como todo lo demás», pensó.

Jamás se la había contado a nadie. Ni siquiera a Laura.

Hay secretos que uno debe llevarse a la tumba, porque aventarlos es puro egoísmo.

Al poco de entrar en el cuerpo, él y el exsubinspector detuvieron a un pederasta. Un reincidente que había violado a dos crías durante un permiso.

El malnacido se les rió en la cara.

Se bajó la bragueta y les enseñó el miembro perpetrador en el asiento de atrás. Lo agitó a los cuatro vientos, desafiante, orgulloso.

Vázquez condujo hasta un descampado y lo sacó a rastras. El tío aún se reía, la polla colgando, fofa.

Y le molieron a palos.

Le reventaron los testículos a puñetazos y le estallaron el bazo a patadas.

Al llegar a comisaría, nadie dijo nada.

Eran otros tiempos.

De cielo y chaquetas gris plomo.

Pero Corominas supo que lo llevaba dentro. Y decidió dejarlo de cuajo como el que larga la heroína, el *whisky* o a la mujer que desea más allá de la cordura porque es consciente de que le llevan a la demolición.

El cerrajero se aferró con las dos manos a sus muñecas.

—¡La puta que te parió, cabrón!

Pero Corominas no lo escuchaba.

Solo atendía al susurro de sus propios fantasmas.

Al bombeo de la mala sangre.

Lo arrastró por el mar arrugado de sábanas empapadas de sexo hasta tirarlo al suelo y asomarle medio cuerpo por la ventana.

Al verse precipitado, al intuir el vuelo inmediato, la acera segura, el cerrajero se hizo de vientre.

—¡No-no-no-joder-para-para-para-para!

Corominas torció su cabeza hasta enfrentarle. Hasta que el tipo comprobó de primera mano que sí, que si no cantaba, el pellejo le iba a durar poco más en el cráneo.

—¿Tienes algo que decirme?

—¡No sé quién era, te lo juro!

Corominas lo asomó de nuevo, un palmo más, mientras Agüero lo sujetaba por los tobillos tratando de no mancharse.

—¡Vale-vale-vale-vale-vale!

De regreso sobre la cama, amainada la tormenta, el desgraciado se miró los bajos y trató de recuperar parte de la dignidad tapándose.

—El nombre.

—¡No me lo dijo, te lo juro! Me contactó a través del móvil...

«Una constante», pensó Corominas.

El cerrajero era puro canguelo. Puro llanto.

No hay nada peor que llevar a un hombre al extremo de hacerse sus necesidades encima delante de extraños. Es desollarle la dignidad a jirones.

—Hasta ahora no me parecías de los tontos, pero empiezo a pensar que sí —señaló Corominas.

—¿Qué quieres decir?

—Que hasta un descerebrado como tú sabe que estas cosas se cobran en persona y en efectivo.

El cerrajero le rehuyó la mirada. Y se ruborizó como un crío pillado en medio de la trastada, de la mentira que le sigue.

Encogió los hombros y bajó la ceja poblada que le tejaba los ojos como un bigote mal ubicado.

—Estaba oscuro. El tío dejó el sobre con la pasta sobre la caja y se largó. Eso es todo.

Debió de descubrir la contracción en la pupila de Corominas, porque sus dedos se aferraron.

—¡Te lo juro!

—Y ya está.

Asintió.

—Pues sigues sin servirme.

—¡Espera, joder! —suplicó. Debía ofrecerles un cordero para la hecatombe, o el que ardería en la pira sería él—. Lo único que sé es queapestaba.

—¿Quién?

—El tío.

—¿A qué?

—A puto pescado podrido.

Nuevo intercambio de miradas.

—¡Joder, es la verdad!

Corominas alargó la mano hasta la ropa y se la echó encima.

—Límpiate y vístete. Nos vamos de paseo.

Agüero lo miró.

—Ni de coña. No quiero que este gilipollas me llene el coche de mierda. Llamamos a una patrulla y que pringuen ellos.

Y cuando su superior hizo ademán de abrir el pico, remató, por si no había quedado lo suficientemente claro:

—Y punto.

V

La tormenta descargó de pronto.

Una cortina de lluvia tan densa que el subinspector apenas podía ver a un metro del morro del coche. Los limpiaparabrisas no daban abasto. Sacudían incansables el agua que caía a chorretones como en un túnel de lavado, ida, vuelta, ida, vuelta, ida..., pero su conquista se perdía de inmediato. Tan efímera —tan inútil— como la de Sísifo.

Corominas hizo un repentino aspaviento, una señal de aviso con la mano.

—Para.

—¿Dónde? ¿Aquí?

Agüero pisó freno cuando vio que el inspector tiraba de la manilla con el vehículo aún en marcha. Lo vio salir y ser engullido hasta no ser más que un contorno definido por las cientos de gotas que estallaban sobre su cabeza y sus hombros.

Corominas se quedó allí plantado. Como si esperara que el aguacero se fuera a llevar toda su mierda. Deseando que cada grano líquido atravesara su piel, su grasa, sus músculos, sus huesos y le llegara al tuétano, al corazón mismo del mal, sin saber que para eso hacen falta un chamán o un cura.

Dobló el cuerpo, las manos apoyadas en las pantorrillas, y vomitó.

Una vez; luego otra arcada que aterrizó sobre los zapatos. Agüero agarró la chaqueta del asiento trasero y fue en su busca; la prenda como una cubierta de lona improvisada con la que cubrirse.

Un par de coches pitaron al pasar.

Una queja amortiguada por las miles de lágrimas que percutían sobre el asfalto, sobre la acera, las hojas de los árboles, la tierra ya marrón oscuro, los charcos llenos, la chapa del vehículo orillado.

—¿Estás bien?

Se incorporó despacio, un hilo de baba colgado del labio inferior, y le dio a entender que sí con una caída de frente y una clausura de párpados. Una sombra le afeaba el rostro.

—Métete en el coche —le indicó Agüero casi como un padre.

Lo ayudó a sentarse y cerró la puerta antes de dar la vuelta al vehículo.

Y sintió vértigo.

Era la tercera vez en pocos días que lo veía tan roto.

Corominas tenía la mirada fija en la punta manchada de sus zapatos. Y se acordó de unos versos de Espriu aprendidos de memoria en el colegio:

*Cada mañana contemplo
dos pies de vencido
dentro de zapatos que ríen.*

A eso había quedado reducido.

A un tipo que se observa la punta vomitada del calzado y descubre que el cuero le devuelve una mueca burlona.

Torció el cuello y lo miró para disculparse.

Agüero sonrió.

—Da igual, ya le tocaba un repaso.

Y le tendió un pañuelo para que se limpiara el rastro de la boca.

—En mi primer año de prácticas pillamos a un cabrón que le había rajado la mano a un compañero con una botella. El muy hijo de puta le jodió el tendón y lo dejó inútil. Así que antes de ponerle el grillete le hicimos hacer flexiones sobre dos vasos, hasta que el cristal le atravesó las palmas — desgranó el subinspector, la mirada al frente, como si el recuerdo se estuviera proyectando en el parabrisas—. No estoy orgulloso. Pero tampoco me arrepiento.

Corominas llevó su mirada del resto de vómito a su compañero. Sabía lo que estaba haciendo.

—Lo que quiero decir es que todos nos hemos visto en la misma en algún momento. Es lo que hay.

Y entonces el inspector hizo lo que no debía.

Abrió las trampillas y soltó toda su carga.

Se confesó como el que teme más los tormentos del infierno que está por venir que al propio Dios.

Ahí va mi secreto.

Tómalo.

Cada golpe en la espalda.

Cada puñetazo en los huevos.

Cada patada en los costados, el cabrón ya derrotado en el suelo, un mar de sangre y baba y dientes rotos.

Cada pensamiento oscuro.

Cada gramo de odio.

—Yo le hubiera pegado un tiro y lo habría enterrado allí mismo —soltó Agüero—. Esos hijos de puta son animales. Es superior a sus fuerzas, así que si alguien les da boleto no seré yo el que proteste.

—El problema es que disfruté —dijo Corominas—. No quería matarlo, ¿entiendes? Quería romperlo. Dejarlo hecho un maldito vegetal. Condenarlo a mear y cagar en una bolsa el resto de su puta vida. A babear como un cabrón. Y a veces el animal reclama su pago.

—Escúchame, inspector —pronunció entonces su compañero—. Escúchame bien: eres un buen tío, probablemente el mejor que conozco, así que date un respiro.

Y todo volvió a ser solo agua y lluvia.

Contreras les salió al paso en cuanto pusieron un pie en sus dominios. En la mirada, la pregunta —que encerraba un deseo, y una súplica—: «¿Algo?».

Pero al verlos de esa guisa, le salió el lado tierno:

—Id al vestuario, secaos y cagando leches a mi despacho.

Corominas se limitó a asentir y a dejar un sendero de pisadas líquidas tras de sí.

Recordó entonces el mensaje que le había mandado a su hijo. Sacó el móvil y le echó un vistazo. Nada.

Y una nueva tormenta, de silencio y de soledad, le cayó encima.

—Bueno, ¿qué? —soltó Contreras una vez los tuvo de nuevo enfrente.

Corominas solo tenía fuerzas para negar con la cabeza. El comisario osciló la mirada hasta posarla en el subinspector. No como un canario, más

bien como un halcón.

—Lo único que ha dicho es que el tío apestaba —dejó caer.

—Muy bien, un tío que no se ducha —señaló Contreras a punto de perder la paciencia.

—A pescado podrido.

—No me jodáis, coño... ¿Ya le habéis apretado bien las tuercas?

Agüero asintió.

«¿Qué coño sabrás tú lo que es apretar de verdad, niño?», cruzó por la mente de Contreras.

El hombre tenía razón.

No tenían nada.

A Corominas le aplastó una montaña de impotencia. Piedra, roca, mineral, arena. La tierra que cubre el ataúd.

Ni Atlas hubiera podido con ella.

Nada de lo que habían hecho hasta el momento había dado ningún fruto. Estaban como al principio, pero con el ánimo tocado y la confianza quebrada.

El Biscuter estaba desierto, y un bar vacío es como una iglesia sin feligreses: tiene algo de penoso, de sacrílego.

Vázquez limpiaba vasos tras la barra. Los había puesto en fila e iba y venía, mimándolos. Era probable que fuera la tercera, o hasta la cuarta vez que les sacaba brillo. No tenía nada mejor que hacer.

De hecho, no tenía nada que hacer.

Parecía el insecto atrapado dentro del tarro de un entomólogo, agitándose nervioso, aguardando la irremediable crucifixión con alfileres.

Al ver entrar a Corominas, se echó el paño al hombro.

—¿Alguna novedad?

—Ya sabes que estas cosas no son de hoy para mañana —mintió el inspector.

—Te veo hecho una mierda, inspector.

—El otro día vi a Bego —dejó caer.

Confiaba en intuirle el gesto que delatara si padre e hija habían hablado, aunque en lo tocante a su enfermedad había fallado con estrépito.

—Pues ya la ves más que yo últimamente. Anda rara. Cosas de mujeres, supongo.

Corominas experimentó un alivio momentáneo.

Y luego le cayó encima una tonelada de culpa.

Se sintió como una mierda, porque ir en busca de ayuda, de un hombro, de consuelo, de consejo a casa del moribundo es de rastros.

«Eres un puto egoísta, inspector».

—¿Me vas a contar a qué viene esa cara?

Corominas no se atrevió a articular palabra. Se preguntaba si de algún modo, físico, metafísico, el hombre era consciente de su mal. Si se había descubierto la laguna, la palabra que se enreda, el estallido de mal humor. Si el centro de mando de su memoria le había enviado una circular avisándole de su paulatina disolución.

—Te conozco. Algo te come por dentro.

Vázquez tiró de él como el que recoge la correa y atrae al perro a su lado para cruzar el paso de cebra.

—¿Caso o familia?

—Ambas.

—Pues tú dirás.

—El hijo no me habla y la investigación no avanza.

—Ya sabes que en lo tocante a vástagos no soy el más indicado. A veces me pregunto de dónde ha salido la mía. Pero en lo referido a asuntos policiales, aún tengo algo de mano —respondió con media sonrisa—. He visto esa mierda en las noticias. Pinta mal. Los secuestros son algo jodido, pero si no hay relación entre víctima y pagano... Solo te digo una cosa: cuando pilléis a ese hijo de puta, capadlo.

—No estoy tan seguro de eso.

—¿De qué? ¿De que haya que cortarle los huevos y metérselos por la boca? Lo dicho, te estás volviendo un moñas de campeonato.

—De que no haya relación.

—Pues cuando las tripas avisan, inspector, una de dos —señaló Vázquez—: o estás a punto de cagarte o es que aún no te has dado cuenta de algo que ya has visto.

—No creo que sea casualidad que el cadáver apareciera en un edificio propiedad de Garayoa.

El exsubinspector formó una pequeña uve con las cejas, el ceño contraído hasta formar un cañón en miniatura entre los ojos.

—¿No era de los Díaz de Ubago?

Corominas asintió.

—Garayoa lo compró para echarlo abajo. Piensa levantar unos apartamentos de lujo.

—Pues algo me dice que va a tener que metérselos por el culo.

—Al crío lo mataron en otro sitio y lo trasladaron allí —indicó Corominas.

—¿Es seguro?

—El secuestrador contrató a un manitas para que le abriera la caja.

—Puesta en escena. Como lo de la tele —constató Vázquez—. Háblame del segundo crío.

—Se lo llevaron de la puerta del cole. Así, sin más.

—Y no tenéis ni una sola imagen. Ni del primer secuestro, ni del segundo.

—Nada.

—Los tenía bien planeados. Eso supone mucho tiempo. Primero, escoger a los chavales adecuados, seguir a varios, ver cuál te conviene, vigilar las cámaras de calles, de bancos, de locales y mil mierdas más; y después, montarte el operativo —desgranó el exsubinspector—. La hostia. El tío no es gilipollas.

Y tras una pausa en la que Corominas casi le pudo oír pensar, dejó caer:

—Quizás no solo tenga algo contra Garayoa, sino contra los dos. ¿Qué tienen en común?

—Dinero.

—Algo más. Ambos representan algo.

Si lo único que relacionaba al secuestrador con ambos empresarios era solo el dinero, podía ser cualquiera. Un anarquista de nuevo cuño, un desahuciado sin nada que perder, el remanente de un ERE o vete tú a saber qué.

Un maldito loco.

Un iluminado.

Entonces recordó algo que había dicho el capitán Camps: uno siempre envidia lo que tiene delante de las narices; lo que le pasan por la cara todos los malditos días de su existencia.

Y tuvo un pálpito.

Ese retortijón de vientre.

—¿Te pongo algo? Tengo un negocio que intentar mantener —dijo Vázquez. No sabía estar en silencio más de un par de minutos.

Corominas sonrió.

—Una manzanilla. Si aún te quedan.

—Solo tú tomas esa basura.

El hombre le dio la espalda, llenó la pequeña tetera de acero, le sirvió la infusión, cogió un vaso y comenzó a sacarle brillo otra vez.

Un acto ya puramente reflejo.

Corominas buscó su mirada.

—¿Puedo preguntarte algo?

Vázquez le dio el consentimiento con un golpe de cabeza.

—¿Por qué sigues aquí?

—¿Y adónde voy a ir? Esto es lo que soy ahora.

Corominas frunció el ceño.

—Mira, inspector. Tú eres un tío leído, pero yo no tengo otra cosa. Antes solo sabía ser policía, y ahora solo sé servir cafés. —El hombre contrajo los hombros como si expresara una evidencia—. Si me quitan esto, me lo quitan todo.

—Somos más que lo que hacemos.

—No la mayoría. Si nos quitas el trabajo, no sabemos por dónde tirar. Y dejamos de saber quiénes somos. La sociedad nos prepara desde pequeños para hacer *algo*, no para ser *alguien*, ¿entiendes? Te dicen: usted es policía, usted electricista, usted fontanero, usted albañil... Y esa es tu identidad para el resto. Y luego llegas a los sesenta y pico, te lo quitan y te sueltan: se ha ganado el derecho a descansar. Pero nadie te enseña a saber no hacer nada. ¿Cómo coño se hace eso? No estamos preparados. Y te conviertes en un trasto viejo, en una molestia que chupa del bote. Por eso decidí abrir el bar. Para volver a ser algo y alguien, ¿comprendes? Para volver a tener una identidad. Antes era Vázquez el madero, y tras la jubilación me convertí en Vázquez el exmadero. No era nada, solo otro *ex*. Pero ahora, aquí, tras esta barra, vuelvo a ser algo para los demás.

Corominas se vio de nuevo solo en un sofá de cuero usado, reblandecido y oscuro en la zona de la coronilla. ¿Quién sería él tras jubilarse? ¿Un simple viejo que lee y no habla ni con su mujer ni con su hijo porque ya no tienen nada que decirse?

Vázquez le vio la sombra en el rostro.

—Arregla todo lo que tengas que arreglar antes de llegar ahí, inspector. Porque luego la puta soledad te jode vivo.

VI

Tratar de entrevistarse con uno de los dioses del Olimpo sin eso que hoy llaman un *appointment* es una tarea hercúlea. Aunque quizás uno sea más un Sísifo en esas circunstancias.

«¿Tienen ustedes cita?» «No». «El señor Garayoa es un hombre muy ocupado». «No le digo que no. Solo le digo que quiero verlo». «Está reunido.

Y luego tiene otras dos reuniones más». «Entonces quizás pueda ayudarme usted: necesito un listado de todos los empleados despedidos en los últimos meses». «No estoy autorizada a darle esa información». «¿Y quién lo está?» «El señor Garayoa». «Muy bien. Entonces, avíselo». «No puedo. El señor Garayoa está reunido». «Entonces llámelo y dígame que quiero hablar con él».

La mujer estaba tensa.

Corominas dedujo que más que de costumbre. Aunque no la conocía. Como supuso también que su agitación se debía al escrache plantado frente al edificio. Tenía miedo de llevarse algún jirón prendido al marcharse a casa —«Ahora, además de cobrar un sueldo de mierda, ¿tengo que llevarme la colada sucia del jefe hasta el sofá?»

No la culpaba.

Ellos mismos se habían llevado su ración de zarandeos mientras trataban de acceder al edificio. Como si fueran esquirols quebrantando un sagrado piquete.

Durruti había dado en el clavo. Santo profeta.

Los ánimos estaban inflamados y hasta el hijo más decente de Ofidia pensaba que Garayoa era el malnacido que había dejado morir a un crío mientras prendía, pausado, ajeno, un Montecristo en la cubierta de algún yate.

Nadie parecía reparar en el detalle de que el verdadero asesino tenía a otro chaval preso. Las tertulias ardían; peticiones de ostracismo, de prisión permanente —revisable, sin revisar—, de llave arrojado al fondo del océano... Alguno hasta exigía garrote, horca, paredón o guillotina para el empresario; el método lo dejaba a elección popular vía SMS o *tuit*.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

El despacho era minúsculo. Hasta ridículo. Eso sí, la venta del mobiliario hubiera cubierto el sueldo anual de un ministro. Sin contar los dos cuadros —un Fortuny, un Sorolla, originales por supuesto—, la escultura de Oteiza y las antigüedades.

Esta vez, Garayoa vestía de traje. Cortado a medida, cada puntada perfecta, de sastre, a mano.

—Me gustaría que me proporcionara un listado de los empleados despedidos en los últimos meses.

Garayoa contrajo la frente, que tiró hacia abajo de sus cejas, y todo —frente, cejas, ojos, hasta la nariz— se transformó en un pequeño galimatías.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sigo pensando que se trata de algo personal.

El hombre se dirigió a su mesa y pulsó una tecla en el teléfono.

—La policía está aquí. —No le hizo falta proferir ninguna orden concreta. La diminuta figura de Fernández de Biedma se personó al instante. Su despacho no debía de estar lejos. «De nada te sirve el bastón si no lo tienes a mano», pensó Corominas.

—Inspector —saludó.

—Quieren un listado de los empleados despedidos en los últimos meses.

—¿Puedo saber por qué? —La pregunta tenía otro timbre en su voz. Un matiz cargado de suspicacia, de profesional que se dedica al tufo, a la doblez, tanto del lenguaje como del sistema legal.

—Creo que la clave está ahí.

Ambos intercambiaron miradas; más bien fue un pulso de cristalinos, iris y pupilas. De voluntades.

El abogado giró el cuello y asintió con uno de sus habituales gestos medidos. «Es mejor dárselo que no», vino a decirle a su señor.

—Le pediré a mi jefe de personal que se la prepare —concedió el empresario.

Corominas lo instó a que mejor para hoy que para mañana; era consciente de las bondades de la burocracia administrativa, tanto de la pública como de la privada.

El hombre lanzó una nueva miradita a Fernández —otra orden simple y directa—, que salió del despacho tan rápido como había entrado. Al inspector casi le pareció oírle taconear antes de esfumarse.

—Espero que su opinión hacia mí haya mejorado —dejó caer entonces Garayoa.

La frase pilló a Corominas en paños menores.

—¿A qué se refiere?

Por un momento, el empresario sopesó si el madero jugaba a tocarle las pelotas.

—Soy un hombre que asume sus errores, inspector. Juzgué mal una situación y lo estoy pagando con creces. —La mueca que compusieron sus ojos denotaba afectación; estaba malherido—. Vivimos en un mundo en el que lo único que importa es la *sensación* de inocencia. Ya sabe, como la mujer del César. Hace tiempo que la presunción dejó de existir, si es que lo ha hecho alguna vez. Esa gente de ahí abajo cree que soy un cabrón. El mayor hijo de puta que han conocido jamás. Han acampado aquí y frente a mi casa y han aterrorizado a mi familia. No me conocen, pero como usted mismo señaló, simbolizo lo que odian... Si pudieran, hasta me despedazarían con sus

propias manos, no lo dude. No me conocen, pero están dispuestos a juzgarme. A matarme.

Corominas esperó a que acabara el discurso y decidiera arribar a algún puerto. No sentía ninguna pena por aquel hombre.

—No puedo remediar lo sucedido —continuó—, pero he creído que era mi responsabilidad saldar la deuda contraída. Y no se trata de una cuestión de imagen —anticipó el reproche—, sino de una convicción. Un deber. Por eso exijo que el asunto se mantenga en secreto. No quiero que el gesto se pervierta, ¿entiende?

Trató de ponerle contexto, de adivinar por dónde iban los tiros, pero Fernández regresó justo en el instante en el que se disponía a averiguar el misterio.

—Aquí la tienen. El señor Garayoa ha colaborado sin restricciones, lo único que les pido es que para evitar posibles acciones legales por parte de alguno de los miembros de la lista nos hagan llegar cuanto antes un requerimiento judicial.

La gente no es consciente del enorme papeleo que genera una investigación; si al policial le sumas el judicial, la cosa puede llegar a pesar varios kilos.

—Lo haremos.

Durruti observaba mezclado entre la caterva.

Más bien emboscado.

Parecía el comisario político, el líder sindical encubierto que se ocupa de que todo transcurra como debe. Su ojo muerto no perdía detalle de gestos, de estados de ánimo, como si pudiera sajar los cuerpos e ingresar en ellos.

No le hacía falta tomar notas.

Él era como Wolfe o como Capote: primero, inmersión; después, rienda suelta a la literatura.

Era un artista.

Al verlos, se abrió paso hasta interceptarlos:

—Va a caer una buena.

El inspector intuyó que no se refería al tiempo, por mucho que una nube colmada se hubiera zampado el sol de repente.

—Eso parece —respondió con el frontón apuntando a la masa gris sobre su cabeza.

—¿Habéis venido a comprobar si aún conserva la cabeza, o se la han separado ya de cuajo? —soltó—. No. Os traéis otra cosa entre manos. —La

mirada fija en Agüero—. Tienes que enseñarle a jugar mejor al mus, inspector, porque aquí el chaval tiene más tics que un novato. ¿Sabes eso de que la cara es el espejo del alma? Pues bingo.

—¿Qué haces por aquí?

—Calcular cuándo llegará la sangre al río. Porque llegar, llegará. Una riada —certificó—. Y va y resulta que pesco.

Una gota impactó en su nariz haciéndose añicos. Luego otra en el centro de su calva. Y a la segunda le siguieron hordas.

—Ya me he calado una vez por hoy, no tengo intención de repetir —soltó Corominas a la carrera.

La manifestación se desbarató en cuestión de segundos; la militancia quedaba suspendida hasta nuevo aviso.

Corominas, Durruti y Agüero se refugiaron bajo el toldo de un bar.

—¿Qué se cuenta el magnate?

—Poca cosa.

Durruti arrugó un carrillo, que tiró de sus labios hasta componer una media sonrisa, más mueca despectiva que otra cosa. De lobo viejo.

—Siempre nos hemos tratado con respeto tú y yo. Así que no me insultes.

Corominas no dejaba de darle vueltas a lo dicho por el empresario. Ni siquiera intuía por dónde iban los tiros.

—He sacrificado una exclusiva por ti, inspector, así que me debes el oro de Moscú.

A Corominas, que no le gustaba deber nada a nadie, le incomodó el recordatorio. Por cierto y por contundente. El periodista se había portado. Y además cada día le cogía más aprecio.

Por muy suyo que fuera.

—Sabes que no puedo contarte nada —arrancó—. Sabes mejor que nadie que me juego el culo si te digo que Melero va a soltar dos kilos por el rescate del niño, porque me quedo sin la pensión que nos alimentará a mí y a mi mujer el resto de nuestros días. Así que deja de tocarme los cojones.

Dicho lo cual, abandonó el resguardo de la lona y se adentró en el chaparrón.

Agüero, que aún tenía la boca floja por la sorpresa, tardó un par de segundos en reaccionar. Y quebró la densa cortina de agua en pos de su jefe. Acaba de asistir a una filtración en toda regla.

—*Quid pro quo*, subinspector —señaló Corominas una vez en el habitáculo estanco del coche—. Durruti es un profesional.

Agüero no dijo ni media. Se limitó a esperar instrucciones con una mano en el volante y la otra en el contacto.

—Déjame en casa de Melero. Le diré que te pasen su lista a tu correo. En cuanto llegue ponte con ella a ver si por casualidad coincide algún nombre.

—¿Sigues pensando que encontraremos algo?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

El subinspector condujo despacio, el cuerpo vencido sobre el volante, la cara pegada al parabrisas como si así fuera capaz de ver más lejos.

La tormenta era de aúpa.

Corominas volvió a consultar el móvil. Agüero, que era la tercera vez que le veía el ademán, no pudo callarse.

—¿Álvaro?

Corominas apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer.

—¿No da señales de vida?

—Ni de vida, ni de otro tipo.

—¿Desde lo de la cena?

—¿Algún consejo? Parece que se te dan bien.

No supo por qué, pero la lanzada le salió del alma. Directa al costado. Quizás porque por un momento —minúsculo, pasajero— había pensado en pedirle ayuda. En que probara a llamarlo él.

Pero, de tenerlo, no hubiera soportado su éxito. De modo que optó por el golpe sucio.

—Uno —replicó Agüero—. Que no seas tan gilipollas. —Y tras una pausa en la que sopesó lo que tuviera que sopesar, dejó caer—: ¿sabes una cosa?

«¿Qué?», respondió Corominas sin abrir la boca. No estaba para adivinanzas.

—Que los padres no me gustáis. Los tíos os volvéis dictadores y las mujeres dejan de ser quienes eran.

—¿Y eso lo sabe Bego? —tiró con bala.

El subinspector se limitó a mirar al frente y a ejercer su derecho a no contestar.

Aunque lo que le hubiera gustado decir es que los padres son cadena, lastre, peso, ancla; conducen, moldean, condicionan, condenan. Que los hijos no son más que un experimento de perpetuación; un proyecto personal que no puede torcerse. Que la mayoría de la gente tiene hijos para replicarse. Para clonar su yo. Para crear un Súper Yo; una versión mejorada de sí mismos. Y

cuando no lo consiguen, cuando la cosa se tuerce, cuando el hijo falla, equivoca el camino o elige el propio, vierten toda su frustración sobre ellos.

Y entonces los rompen.

Souto andaba y desandaba pasos como el oso que va y vuelve sabiendo que es una atracción de feria; parecía un espectro en la jaula ajardinada de un zoo.

Un timo de plantígrado.

El cansancio había hecho mella en su porte, y Corominas creyó verle hasta alguna cana en la barba no rasurada.

—¿Algo? —se interesó nada más verlos.

El inspector negó con la cabeza.

«Mierda», leyó en la expresión contrariada del compañero. El vértigo de la acción inminente empezaba a devorarlo.

Melero apareció vestido de chándal, claro que la prenda parecía un traje de Armani.

—Inspector —saludó. Y acto seguido se dirigió a Souto. El figurín se había ganado su respeto—. Uno de mis hombres viene hacia aquí con el dinero. La parte de Garayoa también está de camino.

Souto supo de inmediato —por la contracción en las cejas— que Corominas estaba en fuera de juego. Le bastó con otearle, una mirada fugaz para que no se le notara el maremoto de satisfacción que le corría por dentro.

El inspector le detectó el gesto en los ojos entornados, en las pestañas ya casi encajándose y la curvatura imperceptible de las comisuras.

—En su lugar, yo hubiera hecho lo mismo —remarcó Melero.

—Vengo de su despacho. —Corominas buscaba enjuagarse el mal sabor de boca y, de paso, marcar circunscripción como si fuera un chucho en la esquina de su calle—. Estoy informado.

Mintió.

Con descaro.

Sin ruborizar un milímetro de piel.

Garayoa se sentía culpable.

El pecado le había roído el alma, y al enterarse de la nueva petición de rescate había visto ocasión de enmienda, privada y pública. Por mucho que les hubiera demandado discreción, sabía que el asunto acabaría por filtrarse, de modo que así se anotaba dos tantos.

En cuanto Souto fue a reunirse con sus hombres, Corominas aprovechó para solicitar a Melero su lista de empleados despedidos; no quería compartir

corazonada por si la cosa no llevaba a ninguna parte.

—Le diré a mi personal que se la prepare —asintió el empresario—. Aunque no creo que le sirva de nada. —Al verle la interrogación en el rostro, trató de aclarar—: algunos de nosotros firmamos hace tiempo un pacto de no agresión. Un acuerdo entre caballeros; sin ningún tipo de obligación legal pero con todo el peso de la palabra. No puedo hablar por los demás, pero en lo que a mí respecta, es un contrato firme.

—¿Y ese pacto afecta a cualquier tipo de empleado? —inquirió Corominas.

Melero no pudo evitar un deje de clase:

—Hablamos de ejecutivos, por supuesto.

Al inspector se le escapó un atisbo de sonrisa:

—Por supuesto.

Se dirigió a la terraza.

No se molestó en pedir permiso ni en gestionar indicaciones. Cruzó el salón hacia lo que le pareció una puerta que daba acceso al jardín y salió en busca de aire limpio.

Había dejado de llover.

Soplaba un viento ligero. Del sur. Templado.

La punta de uno de los árboles de acero comenzó a vibrar. El tembleque se transmitió poco a poco al resto de la rama, que cimbreado soltando un zumbido cada vez más cargante. Corominas había visto el mismo efecto sobre un puente suspendido en un documental.

La cosa acababa en derribo.

Se apartó unos pasos y sacó el teléfono.

Ningún mensaje.

Buscó en la memoria y seleccionó el contacto de su hijo. Saltó el buzón de voz.

—Tenemos que hablar.

Y colgó.

No se le ocurrió nada más.

Tampoco nada mejor que decir.

Pero tan pronto se hubo extinguido la luz de la pantalla, sintió un latigazo. Culpa, miedo, nostalgia.

Volvió a activarla y a buscar el mismo contacto.

De nuevo, el buzón de voz: «Hola, soy Álvaro. Deja un mensaje y te llamaré».

—Lo siento. Te quiero —fue el que dejó.

El sol tocaba ya tierra cuando sonó el primer «ring».

«Ring».

«Ring».

Cada tono parecía alargarse, volverse más insidioso, por mucho que duraran lo mismo y sonaran exactamente igual. Pero las leyes de la ingeniería, de la matemática, de la física o de la mecánica cuántica no rigen en los asuntos del subconsciente.

Allí todo funciona como en los sueños.

Melero esperó la indicación de Souto, que apremiaba a sus hombres, y descolgó al dictado de su índice.

—Diga.

—Meta el dinero en cuatro bolsas de basura y tírelas al contenedor verde que hay en la calle Ribas a las 00:00 horas. Después espere instrucciones —ordenó la voz distorsionada—. Nada de pinturas, ni de localizadores ni de mierdas. Y nada de pasma —añadió antes de colgar.

En cuanto la charla hubo finalizado estalló la detonación que daba la salida a los velocistas. Una descarga de la más pura adrenalina.

Souto se puso en contacto con el comisario para informarle mientras Corominas observaba la locura desatada.

—¿Ribas? ¿Dónde coño está eso? —inquirió Contreras.

—En las afueras, donde la vieja Feria de Muestras.

—El puto culo del mundo.

—Está bien pensado. Tiene acceso rápido a la variante —señaló Souto, cada vez más centrado. Quizás acabara por sacar algo bueno de todo aquello.

«No somos más que barcos a la deriva, al capricho de olas y mareas y corrientes. Lo único que podemos hacer es fachear. Algunos despliegan ufanos el trapo cuando sopla el viento, y solo consiguen acabar desguazados por el temporal», recitó de memoria Corominas. No sabía dónde lo había leído.

Quizás en alguna novela de Patrick O'Brian.

«*Fata volentem ducunt, nolentemque trahunt*»^[13], suspiró.

La aparición del enviado de Garayoa lo trajo de regreso. Traía el dinero en una maleta pequeña, una Vuitton que imitaba a uno de esos viejos estuches de médico rural.

Los hombres de Souto extrajeron los fajos, los metieron en las bolsas y las dejaron junto a las que contenían la parte de Melero.

No parecían gran cosa.

Simple basura.

Corominas recordó entonces —sin venir a cuento, o sí— la anécdota del torero que decidió pesar el millón de *calas* en billetes de mil que le habían dado por una corrida.

Un kilo.

998 gramos, exactamente.

VII

Todo estaba listo.

Contreras llevaba un buen rato con Melero en el despacho —al rey no lo metes en la porquera—. Últimos ánimos y pleitesías. Corominas supuso que a estas alturas le habría hasta limpiado los bajos a cuidadosos lametones; palabras de talco que no le irritaran ni la piel ni el ánimo: aquel hombre era su tique a la gloria.

El plato del día: «La prioridad es el chaval».

Todo hombre de servicio estaba al tanto del operativo, no fuera que a alguno le diera por cagarla. Por desidia, o por celo —algo menos probable, pero el género humano tiene sus cosas a veces—. Melero conduciría su propio coche hasta el lugar de la entrega y ellos se distribuirían entre el deportivo del subinspector y un par de la secreta.

Estaban ya desplegados una hora antes. Souto dirigía el operativo. A Contreras no le había pasado desapercibida la preferencia por él no enunciada por Melero.

El empresario parecía confiar en él, de modo que le dio la voz cantante.

—Quiero a todo el mundo atento. Sabéis lo que nos jugamos —soltó el figurín a través del *walkie*.

Lo que allí se dirimía de verdad era su trasero, esas nalgas de gimnasio a las que tenía un aprecio enfermizo, de modo que el hombre pensaba tirar de manual. Poder escudarse en el papel, en el protocolo minucioso, si algo se torcía.

La calle era un páramo.

Una capa de macadán negro recién desplegado cubría el piso, el recuerdo del alquitrán y la pintura plástica recién puestos aún en el aire. Como si alguien al tanto del drama inminente hubiera desenrollado una elegante alfombra para recibir a los actores.

El contenedor estaba situado justo a la mitad.

A un lado, una fila de edificios de protección oficial para la clase media-baja, baratos pero aparentes. Al otro, un descampado en barbecho a la espera

de otro futuro bloque de nichos donde meter a más cadáveres.

Souto había mandado a Corominas y Agüero a guardar una entrada, y dos de sus hombres, los subinspectores Calatayud y Llorente, vigilaban la otra. Él y Contreras se había refugiado dentro de una furgoneta, una Berlingo granate de carga, a la espera del acontecimiento.

Nadie debía intervenir hasta que el secuestrador cogiera el dinero y el empresario recibiera la llamada indicándole dónde estaba el chico. Corominas y Agüero tenía orden de seguir la pasta y trincar al cabrón en cuanto el crío estuviera a salvo. Souto y Contreras se quedarían con Melero, y Calatayud y Llorente irían a por el niño.

Los servicios de emergencias estaban a la espera.

—¿Has podido echar un vistazo a las listas?

—Por encima —señaló Agüero—. Pero nada.

Corominas arrugó los labios hasta poner boquita de piñón.

—Esperemos que con un poco de suerte ya no tenga importancia —añadió el subinspector.

—Prevenidos —soltó el *walkie*—. Melero está entrando.

El coche del empresario, un BMW Serie 6 Gran Coupé —apunte de Agüero— plata, accedió por el extremo en el que se encontraban ellos, se dirigió hasta el contenedor y se detuvo en doble fila.

El empresario sacó las cuatro bolsas del maletero y pisó la palanca de apertura. Las introdujo una a una despacio, como el que aún duda si desprenderse de los trastos recién bajados del altillo.

No pudo evitar la mirada alrededor, sintiéndose, sabiéndose observado. Hasta que levantó el pie y la techumbre se cerró.

Se subió al coche y abandonó la calle por el lado que guardaban los hombres de Souto. Tenía orden de aparcar cerca y esperar; el radio de acción del *walkie* que le habían dejado daba para lo que daba.

Corominas echó un vistazo a su reloj.

Las doce y dos minutos.

La calle seguía desierta, el calor irradiado por el suelo colándose por los bajos del coche, los primeros grillos, las primeras cigarras, haciéndose notar.

—¿Alguien ve algo?

—Negativo —Calatayud.

—Nada —Corominas.

«O juega con nosotros, o se le han pegado las sábanas», pensó.

Las doce y cuarto.

Un par de focos recorrieron una de las fachadas, como los de una torre de vigilancia, escudriñando portales, balcones y ventanas.

—Atentos —Souto.

Era el camión de la basura.

La comunicación quedó en suspenso por otro instante indefinido.

Pudo ser un minuto.

Pudieron ser dos.

Corominas y Agüero se miraron. Y el mismo pensamiento estalló en sus cabezas.

«Olor a podrido».

—Es él —Corominas.

—¿El de la basura? —entró Contreras.

—Afirmativo —Corominas de nuevo.

—¿Estás seguro, inspector? —Souto—. ¿O es solo una puta corazonada?

Corominas dudó.

Lo peor que le puede pasar a un madero.

A un padre.

La incertidumbre.

La indefinición.

El canguelo.

Y se lanzó a la aritmética veloz; a hilar lo poco que sabía hasta el momento.

Que el secuestrador se conociera al dedillo las calles, los portales, dónde había cámaras, dónde no. Que conociera los teléfonos fijos, los móviles secretos. ¿Quién tiene acceso de primera mano, fácil, a toda nuestra intimidad? ¿Quién odia desde la invisibilidad más cercana, rotunda, que el que traga con toda la mierda que generamos?

La consola, el ordenador nuevo, la *tablet*, el juguete de moda que le acaban de regalar al crío; la ropa de marca, el par de zapatos de charol, el bolso de cuero, la joya, el viaje, el capricho que nunca podrás darle a la mujer.

Nuestra vida a la espera de un lector preciso, paciente, sin escrúpulos. Papeles, envases, facturas, restos. Lo que comemos, en qué establecimiento lo hemos adquirido, si en una gran superficie, una tienda de barrio o el delicatessen de El Corte Inglés; si alguien está enfermo, un catarro, una infección de orina, un corte cosido, cáncer; si el hombre se tiñe, si la mujer se da color, cuándo tiene la regla, si ya está menopáusica; si alguien anda estreñido o devora Fortasecs; si somos veganos, vegetarianos o preferimos la chuleta, el bogavante; si nos gusta la comida japonesa, la india, la árabe o la

mexicana; si hemos tenido amigos a cenar, cuál fue el menú, si el café era de cápsulas...

Primero, añoras el coche, la casa y la hembra del prójimo; después, deseas su piel.

—Es él —certificó al fin.

De nuevo, la línea vacía, ni la brizna de estática que indica que alguien te escucha al otro lado.

—Me cago en la puta de oros —Souto, nervioso, tembleque en la voz, cagado de miedo—. ¿Cómo coño lo hacemos?

—Esperamos —Contreras.

El camión se detuvo junto a su destino. En cuanto el freno tiñó de rojo el asfalto, un tipo con casco de ciclista puso pie a tierra a la vez que un par de extremidades biónicas surgían del lateral del vehículo.

—¿Alguien ha visto si ha cogido las bolsas?

—Negativo.

—¿Negativo qué, hostias?

—Que no. Que no lo ha abierto —Calatayud.

El contenedor comenzó a mecerse en el aire como un moisés arrullado por aquel par de brazos metálicos.

—¡La hostia puta! —El grito, la angustia, la súplica aún no expresada provenían de la garganta de Contreras, que se veía con la cabeza en una pica—. ¡Paradlos ya!

El deportivo de Agüero derrapó tras el camión justo en el momento en el que toda la bazofia del contenedor se derramaba en el interior del remolque; una cascada de bolsas, de plásticos, de enseres heridos de muerte, de trastos camino del cementerio.

—¡Policía! ¡Para el camión!

Pero el ciclista no les hizo ni caso.

—¡Que pares, me cago en Dios!

El grito desesperado coincidió con las últimas sacudidas del recipiente y el inicio de la digestión mecánica del vehículo.

Corominas se dio cuenta de que llevaba puestos un par de auriculares de protección, de modo que alargó el brazo izquierdo y le posó una mano en el hombro.

El tipo dio un respingo al sentir la garra pinzarle el deltoides y aferrarse a su clavícula.

El inspector le plantó la placa en las narices y acompañó la identificación con un movimiento de la mano, plana, de izquierda a derecha, como la

cuchilla del barbero diestro que rebana un cuello descuidado que no espera la muerte.

—¡Páralo ya!

El hombre liberó una oreja, tratando aún de vislumbrar la situación.

—¡Que pares esa mierda, coño!

Fue apretar el botón rojo y la deglución cesó al tiempo que el contenedor iniciaba su descenso desde los cielos.

Al tocar tierra, todo calló y la noche recuperó su tranquilidad.

Solo chirriaban los grillos.

Para entonces, Calatayud y Llorente habían bloqueado el frente y encañonaban al conductor, que no sabía si levantar las manos o dejarlas sobre el volante.

La cara de Contreras era de paso de Salzillo; la de Souto, de *Ecce Homo*.

—¡Me cago en mi puta madre, inspector! —soltó el comisario—. Acabamos de triturar dos kilos.

4

Asinus ad tegulas

EXPRESIÓN POPULAR

I

Corominas se encontró solo en una mesa del Rick's. La misma que había ocupado hacía apenas unas horas. Ni siquiera un día. O quizás sí; tal vez se cumplían ya las veinticuatro.

Sobre sendos posavasos, dos cubatas finiquitados sin paladear. Directos al vientre.

El local estaba casi vacío. Una chica del este —pelo corto zanahoria, raya a un lado a lo *garçon*, el flequillo en diagonal y los labios operados en un beso perpetuo— trataba de levantar la libido de un borracho para hacer negocio.

No era a quien Corominas había ido a buscar.

Tampoco al Ibáñez.

Odalys salió de detrás de una cortina y se acercó. Lo hizo sabiendo que tenía la presa bien atrapada en el cepo; contoneándose, agitándose como membrillo mientras disfrutaba de la victoria inmediata. En otros despachos, son los políticos, los banqueros, los financieros los que acaudillan en el mundo; allí, la única que dictaba algo era ella.

Esta vez llevaba un *bustier* de filigrana negra y tul que difuminaba sus pezones grandes, oscuros —una gota de petróleo del tamaño de una moneda de dos euros sobre cada pecho—, una minifalda fucsia y tacones de charol del mismo rojo que los labios.

—Hola, mi amor.

Corominas sabía lo que había ido a buscar.

Su coño era el pozo oscuro.

La vía más rápida para tocar fondo.

Y aunque era consciente de que el polvo no le traería la paz, necesitaba herirse.

Hundirse del todo.

Para luego poder compadecerse de sí mismo.

Odalys le tendió una mano y tiró de él hasta ponerle en pie con la única fuerza de sus dedos.

Corominas se dejó hacer. Se dejó conducir como una res hacia el clavo que le perforará el cráneo y abrirá un túnel en su cerebro por el que escapará todo. Un drenaje salvador por el que huirán la angustia, el dolor, la soledad, el fracaso.

Una trepanación terapéutica.

De no haber tenido el seso turbio, le hubiera hasta hecho gracia el tópico del hombre que busca la destrucción en el fondo de una botella y el coño de una mujer.

Ya estaba duro antes siquiera de que le rozara el paquete. De que se arrodillara frente a él y le bajara la bragueta con sus uñas de manicura francesa. Se fijó en que llevaba la bandera de Cuba hecha a base de piedrecitas en una de ellas.

Y luego en sus ojos de iris turquesa.

Y todo se redujo a ese mar.

Venía dispuesto a ahogarse.

El contraste de la piel blanca de su miembro entre los dedos de su sirena no podía ser más extremo. Y le vino a la cabeza la tonadilla de «Ebony and Ivory» a dúo entre Paul McCartney y Stevie Wonder.

Pero se olvidó de todo al sentir el calor suave y húmedo de su boca. Fue como meter el sexo duro en un yogur tibio.

De no ser porque la mujer le intuyó el espasmo —años de profesión a cuestas, de críos primerizos—, el inspector se hubiera corrido al minuto. Odalys le estranguló el miembro por la base, le presionó con fuerza el perineo y le retuvo el orgasmo dentro.

Cualquier otra le hubiera dejado estallar, soltado el semen en el lavamanos, enjuagado la boca y a otra cosa. Pero le había visto la desesperación, el grito pidiendo ayuda, la sombra en el rostro sentado a la mesa. Y a la mujer le entró un ataque de buena samaritana.

En cuanto los espasmos hubieron cesado lo tumbó sobre la cama, le quitó los zapatos, los calcetines, los pantalones, el bóxer y trepó despacio hasta hollarlo.

Entonces se apartó el tanga a un lado y Corominas pudo ver su sexo abierto. Un higo húmedo de labios azul oscuro y centro grana que se lo tragó entero.

Cuando Agüero lo descendió de la cruz, era ya cadáver. Lo recogió ayudado por Odalys, que resultó ser una puta de Magdala negra con corazón de querubín rosado, lo metió en el coche, lo llevó a su casa —su piso de soltero; Bego ni siquiera le preguntó adónde iba cuando lo sintió partir en plena noche, tenía sus propios fantasmas— y lo veló en el sofá.

Corominas se despertó en cama ajena con sensación de mazapán en la boca y cristales de hielo apuñalándole el cerebro.

No supo cómo había llegado allí hasta que su subordinado se lo contó.

Su petición de auxilio a las cinco de la madrugada, desbaratado; la conducción de sus restos mortales en el deportivo del amigo.

Y comenzó a recordar.

El desastre de la entrega.

—Es uno de ellos. O los dos. O están metidos de algún modo, estoy seguro —se había reafirmado una vez en comisaría.

Aunque cada vez estaba menos convencido. De nada.

—Eso se lo cuentas *tú* a Dios padre, Dios hijo y al puto Espíritu Santo. Si van a darme por culo, inspector, me gusta que al menos me lubriquen —había replicado Contreras—. La has cagado pero bien, joder.

Cuando las cosas van mal, las personas verbales pasan de la primera del plural a la tercera del singular en un santiamén, constató Corominas.

—Tienen que ser ellos.

—¿Pretendes que me trague que alguno de esos dos gilipollas ha montado semejante tinglado? Esos tienen menos luces que un diputado.

Tras dos horas de interrogatorio duro, cabrón, de alguna que otra hostia a mano abierta, de nudillos y mano a la culata, no habían conseguido sacar nada de ninguno de ellos.

Ni medio derribo de ánimo.

Ni una duda minúscula.

Ni un cuarto de contradicción.

Ni una punta de la que tirar hasta deshilar del todo el vestido.

Ambos llevaban varios años trabajando en la subcontrata que se encargaba de las basuras de Ofidia a base de tandas de tres meses, de seis, despido, nueva alta en la Seguridad Social y vuelta a empezar.

El círculo de la vida, con su nueva oración neoliberal: «Patrón nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reforma laboral; hágase tu voluntad en la Tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos tu precariedad, no nos dejes caer en la tentación sindical y líbranos de nuestros derechos. Amén».

Llegados a ese punto, Corominas contempló otra posibilidad: que el verdadero secuestrador les hubiera *mordido*. Que el operativo se hubiera quedado en bragas y el hombre les hubiera visto el plumero a kilómetros.

De ser así, la puja por la vida del hijo de los Gomez Escribano subiría hasta los cielos, o tendría entre manos el cadáver de otro crío por la mañana.

Claro que había una última posibilidad. Ridícula, delirante: que el verdadero objetivo de todo aquello hubiera sido precisamente triturar una

fortuna, dos, desde el principio.

Un golpe bajo al paquete, directo al fajo del Capital.

Un escarnio público a Garayoa y a Melero.

A todos los Garayoas y Meleros que infectaban el mundo.

¿En qué posición dejaba eso al niño?

—Gracias —murmuró tras el primer sorbo de café.

Agüero asintió antes de soltarle el chorro:

—Pero ¿a ti qué coño te pasa?

Corominas interpretó que la pregunta no buscaba respuesta, de modo que se mojó de nuevo los labios y guardó silencio.

—No te entiendo, joder. De verdad que no.

Cualquiera que los hubiera visto habría pensado en la bronca del hijo azorado al padre crápula.

—Déjalo.

—¿Que deje qué?

—Esto.

—Lo único que dejaré es tu culo al aire la próxima vez —soltó el subinspector, cabreado—. Sé que estás jodido, Hero, pero con esto se te ha ido la olla, coño.

Agüero intuía que el malestar del despojo enfrente tenía raíces más profundas, que llegaban hasta el centro mismo de la Tierra.

Pero no acertaba a verlas.

Así que probó suerte:

—Te conozco desde hace tiempo. El suficiente para saber que pasa algo más.

Corominas tuvo la tentación de volver a descargar el chaparrón sobre él, la tormenta de mierda que llevaba por dentro, pero no era el momento.

Agüero desistió.

—Llama a Laura y dile que estás bien. Después date una ducha.

Su móvil escupió un repentino pitido.

—Que sea rápida: el chaval acaba de aparecer.

Corominas levantó la vista con la mirada vencida del perro cuando agacha las orejas.

—Está bien —lo tranquilizó Agüero.

Ya en el baño, solo, sintió que el mundo se le caía a los pies junto al bóxer. Se miró en el espejo y se vio herido de muerte, abierto en canal, destripado; y experimentó una sensación de derrota absoluta.

De escabechina total.

Cerró los ojos y dejó que el agua callejeara por su cuerpo. Y de pronto, al ver su pene flácido, colgando inútil, se sintió sucio. Cogió la esponja y se lo frotó hasta dejarse la piel incandescente, tratando de quitarse de encima cualquier rastro de la puta a la que se ha usado, primero, y a la que se desprecia después por habernos hecho pecar.

Pero no sirvió de nada.

Llevaba la suciedad prendida en las entrañas.

Javier Gómez Escribano apareció en un banco del parque Metropolitano acurrucado como un bebé.

Justo clareaba entre los magnolios.

La pareja de municipales que se dio de bruces con él pensó que estaba muerto. Otro crío fiambre en traje de comunión. Pero las aletas de la nariz se le expandían y recogían en una cadencia casi invisible, a pesar de que el rostro lechoso y los labios azulones —apenas un trazo malva— parecían confirmar la muerte.

Lo cubrieron rápidamente con una chaqueta, llamaron a emergencias y contactaron con su superior, el inspector jefe Pedregosa, que trató de localizar a Corominas en vano.

Así que le puso un mensaje a Agüero.

La ambulancia se lo llevó al hospital tiritando bajo la mortaja de pan de oro, como si fuera un bombón delicado.

Contreras consideró que la más indicada para interrogarlo era Marne. No tanto por una cuestión de genitales, sino de paciencia, también de dulzura — los padres, la madre seguro, se sentirían más cómodos si quien manejaba el bistrú que abría a su hijo en canal era una mujer—. Pero, por encima de todo, de experiencia.

—¿Tienes frío? —Aunque la inspectora sabía que el temblor del crío respondía al miedo—. ¿Y hambre o sed? Puedes pedir lo que quieras. Yo creo que pediré un batido de chocolate y un cruasán. Hay una panadería justo aquí al lado que tiene unos de mantequilla buenísimos. Los mejores del mundo. No lo digo por decir, ¿eh? Les dieron un premio: «El mejor cruasán del Mundo» —declamó enmarcando el título con un gran aspaviento teatral de sus manos en el aire—. Los hacen ellos mismos.

Había que cavar a cepillo para no dañarlo; estrato a estrato, removiendo tierra, polvo y miedo hasta el fósil precioso.

—Son de hojaldre crujiente por fuera, pero cuando los partes por la mitad son súper esponjosos, como si estuvieran hechos de algodón de azúcar.

Ninguna reacción.

La mano de la madre acariciaba la cabeza de su retoño, los dedos enredándose en su pelo amarillo crayola, dispuesta a soltar el zarpazo protector en cualquier momento.

—¿Sabes cómo los hacen? Preparan una masa secreta con distintas harinas y una mantequilla especial. Después la mezclan con mucho cuidado, la dejan reposar un rato y la meten doce horas en la nevera. A dos grados exactos; medio arriba o medio abajo y ya no saben igual. La sacan, la extienden sobre una mesa y la cortan en triángulos. Parecen cuñas de queso muy largas, ¿sabes a lo que me refiero?

El chaval la miró por primera vez. Y asintió con la levedad de un suspiro.

—Después la enrollan, haciendo como un rulo así con los dedos — demostró, acompañando las palabras con el ademán—, de la parte más ancha hasta la punta, y entonces los pintan con huevo. Con una brocha de pintor, como si fuera una pared. Pero lo importante de verdad, el verdadero secreto viene después...

Marne dejó la frase en el aire, una niebla de intriga suspendida, mientras lo miraba fijamente.

—¿Sabes cuál es?

Javier dilató las pupilas como un gato que enfoca su presa.

—El tiempo que pasan dentro del horno. Es *muy* secreto... He pensado que igual podemos ir juntos a ver si lo averiguamos. ¿Qué te parece?

Un asentimiento, aún tímido, casi ingrátido, acompañó un primer amago de sonrisa, de hielo que cruje por el toque del primer rayo de sol.

—Pero antes me gustaría que me contestaras a algunas preguntas, no muchas, ¿vale?

—Vale —dijo finalmente el chaval.

—Muy bien. Ahí va la primera: ¿conocías al hombre con el que te fuiste del colegio?

Javier negó con la cabeza.

—Entonces era la primera vez que lo veías —afirmó Marne.

Asentimiento.

—¿Y puedes decirme cómo era? ¿Alto, bajo, rubio, moreno, gordo, muy flaco?

—Alto.

—¿Como yo o más?

—Más.

Marne se puso en pie y fue elevando su brazo hacia el techo.

—¿Así? ¿Así? ¿Más alto?

El chaval asintió al llegar a la altura aproximada, la recordada.

—¿Y era gordo o más bien delgado?

—Muy flaco.

—Muy flaco entonces. ¿Y de qué color tenía el pelo?

—Oscuro.

—¿Más negro o marrón?

—Negro.

—¿Largo o corto?

—Tenía poco...

—Muy bien. ¿Sabes?, una vez me colé en la cocina de la pastelería, la de los cruasanes, para saber cuánto tiempo los cocían. Quería aprender a hacerlos en casa. ¿Te imaginas poder desayunar todos los días el mejor cruasán del mundo?

El chaval desplazó el cuerpo hacia delante, casi un gateo hasta que las piernas le quedaron colgando de la cama a la espera del desenlace.

—Pero me pillaron... Por eso quiero que vayamos los dos juntos, para distraerlos mientras tú miras. Pero tendrás que fijarte bien en todo, ¿vale? Porque luego tendrás que contármelo. Como el sitio en el que estuviste, ¿recuerdas cómo era?

El chaval miró alrededor.

—¿Como esta habitación más o menos?

—Sí.

—¿Se oían coches?

Bajó los párpados y negó.

—Vale. ¿Y había alguna ventana?

Esta vez la cabeza anunció un sí.

—¿Y miraste por ella?

—Estaba tapada —susurró con timidez, casi como si se excusara—. Pero se oía el tren —añadió.

—¿Sí? Genial. ¿Lejos o cerca?

El chaval contrajo los hombros en un gesto de cierta frustración.

—No pasa nada: se oía, con eso basta —lo animó Marne, dándole un golpecito en la rodilla—. ¿Alguna cosa más que te llamara la atención?

El pequeño permaneció un rato en silencio. La inspectora le vio la duda al traer de vuelta el recuerdo en una minúscula contracción de las cejas.

—Las luciérnagas.

—¿Luciérnagas?

El chico asintió.

—¿Dónde?

De nuevo una pausa, pero esta vez por vergüenza. Por miedo a no ser creído.

—En la habitación.

—¿Dentro?

—Sí...

—Muy bien —continuó la inspectora, que miró de reojo a Corominas—. Y el señor, ¿te dijo algo?

—No.

—¿Y te hizo algo?

—Ponerme la ropa.

—¿El traje de comunión?

—Sí.

—¿Y te dijo por qué?

Otra negación. De nuevo acompañada de un sorbito de desilusión por no poder ofrecerles una respuesta; por no entender el mundo de los mayores, tan lejano de las certezas simples del suyo.

—No pasa nada. Solo una pregunta más, la última, ¿vale? El hombre con el que te fuiste, ¿olía raro?

Esta vez fue un asentimiento de labios fruncidos, de frente contraída, como si retuviera el pestiño en las fosas nasales.

—¿Cómo?

Su cara de asco certificó sus palabras.

—A pez podrido.

—Lo has hecho genial —finalizó Marne, extendiendo las palmas con intención de recoger sus manos—. Y ahora, a por el cruasán. Te lo has ganado.

II

En cuanto llegó la confirmación de la Científica —el traje de comunión era igualito al que vestía el cadáver del primer niño, misma marca, misma talla, mismo modelo—, Corominas sintió un fustazo y recordó de repente el *post-it* olvidado; la nota de memoria amarilla bajo el milhojas de papeles, órdenes, memorandos, recomendaciones y directrices que inundaban la mesa de su despacho.

«Traje de comunión. Marca TEX. Carrefour».

«*Asinus ad tegulas*»^[14].

—¿Qué pasa? —quiso saber Agüero, que le vio la fila de dientes apretados.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Había estado allí todo el rato.

Todo el maldito rato.

Desde el primer día.

Trató de decirse a sí mismo que la vorágine de acontecimientos lo había abducido hasta el punto de pasar por alto la única prueba simple, sencilla, que tenían desde el principio.

Lo primero a lo que todo buen policía se hubiera agarrado.

La puta piedra Rosetta.

Y recordó el momento exacto —un fogonazo nítido— en el que todo se había ido al traste. La visita inesperada de Fernández de Biedma. La llamada de Agüero para informarle de que el padre del primer chico secuestrado se había presentado.

Después había venido todo lo demás.

Pura negligencia.

Una más en su debe.

Era la primera vez que le sucedía algo así.

De haber aparecido muerto, el fantasma del pequeño Javier Gómez Escribano lo hubiera acompañado cosido al alma durante toda su maldita existencia. Día y noche.

Quizás fuera cierto. Quizás estaba perdiendo facultades y había llegado el momento de pensar en dejarlo. Antes de que su mierda llegara al río y le costara la vida a alguien.

Y pensó en Vázquez. En su conversación en el Biscuter: ¿quién sería él si dejaba de ser policía? ¿En qué se convertiría?

El supermercado quedaba a las afueras, justo en la frontera con uno de esos municipios que habían engordado hasta la obesidad mórbida con los miles de desperdicios de familias y parejas casi púberes aún que no podían costearse un piso en la gran urbe.

Soñadores.

Fracasados.

Pobres.

El edificio, pendiente de una sentencia sobre la taumatúrgica rapidez con la que los terrenos habían pasado de parcela protegida a suelo edificable, se había levantado en un parpadeo.

Un hangar traído en camiones de gran tonelaje y ensamblado *in situ* como un mecano.

Y para que no se sintiera solo, después vinieron las dos inesperadas torres de vivienda libre de alto *standing* con fachada de cuarcita negra traída de Zimbabue y una plaza digna de gran capital comunista; metros cúbicos de cemento y adoquín portugués pagados a precio de California por el ayuntamiento, que para su escarnio vio cómo algunos detractores del buen orden establecido la rebautizaban como «Plaza La Internacional».

—¿Has hablado ya con Laura?

Corominas sacudió la cabeza como el que espanta una mosca que se le pasea por la comisura.

Era la primera vez que se acostaba con otra mujer desde que estaba casado. Por mucho que apenas recordara el polvo, la follada de putero borracho, de destrucción masiva que le cargaba de culpa. Todo hijo de vecino ha pecado alguna vez de pensamiento, algunos incluso de palabra, pero pasar a mayores es dar el salto a la Champions.

Miró al cielo, cubierto por una capa de nubes bajas. Sólida, marengo, furiosa.

—¿Y con tu hijo?

Agüero ya conocía la respuesta. La pregunta era más un recordatorio.

—No me toques los cojones, subinspector, que no está el horno para cruasanes —se permitió el juego de palabras.

Siguieron el camino en silencio y entraron en el establecimiento del mismo modo.

Estaba atestado.

Corominas buscó a algún guardia de seguridad. Lo encontró en un mostrador cerca de las barreras que franqueaban el acceso, dispuesto a revisar bolsos y cribar quinquis y demás ralea de mala madre y etnia sospechosa.

Era un pinta con ínfulas que compensaba su falta de altura con un catálogo de músculos vanidosos en el tren superior, lo que achataba aún más sus dimensiones.

«Seguridad Ollo» en la chapa del pecho. Bruñida como una medalla que lucir con orgullo.

Le plantó la identificación en la punta de la nariz.

—Quiero hablar con el encargado.

El tipo tuvo que converger los ojos para ver lo que tenía delante. Y se cuadró como si Corominas fuera el general Patton reclamándolo para el servicio. «Otro *milico* frustrado», pensó.

—Seguidme.

Su avance, paso corto, firme, iba acompañado del tintineo de un manojó de llaves que no dejaba de golpearle las esposas.

Agüero se fijó en el cinto y contó dos defensas telescópicas de legalidad dudosa, un aturridor eléctrico y un spray, además de la porra oficial, el revólver, una linterna, un par de guantes y unas bridas de plástico.

Lo extraño era que el pantalón le aguantara en el sitio.

El frustrado *lejía* los condujo por un pasillo de obra y se detuvo frente a una puerta de chapa. Golpeó con los nudillos y adoptó la postura de descanso.

—Adelante.

Abrió y les cedió el paso.

—Son policías. Quieren hablar contigo.

Tras la sorpresa inicial, el encargado se puso en pie y les invitó a sentarse:

—Santiago Lens. ¿En qué puedo ayudarles?

Si el *segurata* era un enano de circo, su superior —un chaval que no llegaba a los treinta— parecía una secuoya inclinada por el excesivo peso de una copa sin podar. Su pelo era una maraña de rizos cerrados de la que surgía una *rasta* que le serpenteaba sobre el hombro.

Una culebra retorcida que no se había lavado en meses.

Semejante despliegue capilar provocaba que su rostro ya de por sí chupado pareciera el de una momia desecada, todo cabello y ojos vivos, verdes.

—Necesito ver las grabaciones de las cámaras que cubren las cajas —solicitó Corominas—. Las del último mes.

El encargado se dirigió al guardia de seguridad.

—¿Las tenemos?

El tapón asintió.

—Se almacenan en el servidor durante noventa días.

Ni una petición de requerimiento judicial ni ninguna chorrada típica de serie negra o película de polis y cacos. En una investigación criminal, la gente suele colaborar con la policía sin problemas. No suele tener motivo para no hacerlo. Además, nadie conoce realmente sus derechos: están más familiarizados con el sistema legal norteamericano que con el propio.

—También quiero saber si es posible averiguar qué día se vendió un artículo concreto.

—¿Tiene la referencia?

Corominas negó.

—¿Sabe cuál es?

—Un traje de primera comunión, de almirante.

El encargado consultó su ordenador.

—Hemos vendido quince en ese tiempo.

Al ver la sorpresa en el rostro de Corominas, aclaró:

—Acaba de empezar la temporada. Es uno de nuestros productos textiles estrella. La crisis aprieta, y la gente prefiere recortar antes en ropa que en el banquete. El ahorro es menos... —trató de encontrar la palabra exacta—, aparente. Y luego intentan devolverlo. Se sorprendería de la cantidad de chavales que hacen la comunión con la etiqueta puesta.

—¿Puede averiguar el día y la hora en que se facturó cada uno?

El chaval se dobló sobre el teclado con la determinación de un Glenn Gould a punto de afrontar las Variaciones Goldberg de Bach.

Al cabo de un par de minutos, la impresora vomitó un papel.

—¿Los acompañas tú?

Corominas y Agüero siguieron el tintineo del *segurata* hasta otra puerta.

—Esta es nuestra oficina.

El tipo tiró de una llave que colgaba de su cinto y la llevó hasta la cerradura.

—Pasen.

Un compañero dormitaba frente a tres enormes monitores de plasma a todo color. Full-HD.

—Tenemos doce cámaras repartidas por toda la nave, dos de ellas sobre las cajas.

Corominas intuyó que estaban más destinadas a evitar sisas de los propios empleados que a protegerlos de algún cliente con mala baba.

Política de empresa.

—Búscame las imágenes de estos días a estas horas —le ordenó el *segurata*, pasándole la hoja.

El compañero lo miró con desdén, pero prefirió dejar la réplica para cuando estuvieran a solas.

Posó ambos índices sobre las teclas y ejecutó un comando. Uno de los monitores se puso en pantalla completa y mostró un plano cenital de la zona de las registradoras.

El hombre pulsó una nueva tecla y avanzó a cámara rápida. Decenas de cuerpos yendo y viniendo, colas formándose, disolviéndose, carros circulando arriba y abajo, pedazos de vida a toda mecha hasta la hora señalada.

—Caja siete.

Corominas y Agüero se acercaron al monitor.

En la pantalla, una mujer menuda, joven, veintitantos, cansada y un punto enrabiada por llevar buena parte del peso del mundo sobre la cerviz. Tiraba de su hijo, un mocoso de palmo y medio que pugnaba por agarrar un paquete de golosinas de un estante contiguo; un cepo para críos.

La madre lo apuntaba con índice amenazador, pero el niño se mofaba de su nulo poder para fulminarlo con él.

La cajera le mostraba cierta empatía, la justa, media sonrisa de comprensión aprendida en algún seminario sobre trato al cliente. Bastante tenía con lo suyo, probablemente otro pequeño dictador esperándola en casa.

—Siguiente —señaló Corominas.

Nuevo discurrir de anatomías.

—Caja quince.

Esta vez era un tipo con porte de gallina flaca. Un esqueleto con una piel arrojada encima, un manto casi transparente que dejaba ver todo el sistema circulatorio de sus manos: la arteria radial, la ulnar, cada una de las venas dorsales metacarpianas; filamentos verdeazulados que las surcaban como arroyos. También cada músculo, cada hueso, cada vaina fibrosa que recubría los tendones y los nervios.

La visera de una gorra *beige* le ocultaba el rostro, la cabeza inclinada hacia abajo, exponiendo la nuca.

—Sabe dónde están las cámaras.

La cajera pasaba la etiqueta de la ropa —pantalón, *blazer*, camisa, corbata, zapatos— por el lector mientras el hombre se metía la mano en el bolsillo y sacaba un par de billetes.

—En efectivo —apuntó el subinspector—. Es él.

—Compró dos trajes, así que tiene que volver a aparecer —señaló Corominas.

El guardia de seguridad aceleró la imagen hasta el nuevo código de tiempo.

—Caja nueve.

—No. Siguiente.

Más discurrir de almas.

—La diez.

—Ahí está.

Misma gorra. Mismas manos huesudas. Misma complexión famélica.

—Otra vez en efectivo —confirmó Agüero.

—¿Tenéis cámaras en la entrada? —quiso saber Corominas.

—Dos, una enfoca para la puerta, la otra hacia la plaza.

—¿Y en el garaje?

—Hay una que cubre la rampa de bajada y otra justo sobre la zona de los carros. Y luego está el lector de matrículas.

—Si vino andando, no tenemos nada que hacer. Pero si trajo el coche, igual cantamos línea. O hasta bingo —intervino Agüero.

Tras pagar, el secuestrador se dirigía hacia la derecha.

—Va hacia la rampa mecánica —informó el guarda.

—Busca esa cámara. De los dos días —le indicó Corominas.

El *segurata*, contento de que alguien lo sacara por unos minutos de su habitual tortura laboral, obedeció de inmediato. Tendría algo que contar a la novia, a la mujer, al hijo, al padre o a la madre cuando volviera a casa.

Apoyado en la pared, su compañero *el lejía* lo perforaba con la mirada, el ego herido por el protagonismo arrebatado.

—Esta es la imagen del primer día.

—Ahí está —señaló la pantalla Agüero.

El esqueleto articulado descendía sin prisas, dejándose llevar por la cinta, la cabeza apuntando hacia los pies, el traje en una bolsa colgada del brazo.

—Qué cabrón —masculló el subinspector.

La cámara le mostraba adentrarse en el *parking*, hasta desaparecer definitivamente del encuadre.

—Pon la de los carritos.

—Ahí solo se le verá si tiene el coche aparcado cerca.

Nada.

—Busca las del segundo día —solicitó Corominas.

La película apenas variaba. El hombre descendía de nuevo al son de la transportadora, la gorra bien calada, y se perdía en el interior del aparcamiento como la primera vez, lejos del alcance de indiscretas miradas digitales.

—Has dicho que hay una cámara que lee las matrículas, ¿no? —dejó caer entonces el subinspector.

El guarda asintió.

—Pero solo apunta al morro. Igual se puede adivinar el modelo, pero poco más.

—¿Y cuánto se tarda en entrar en el *parking*, coger el coche y salir?

—En un día normal, diría que entre siete u ocho minutos.

Corominas entendió el razonamiento.

—Si vino en coche los dos días, tiene que haber una matrícula que se repita.

—Bingo, inspector.

—¡Coincide una! —les informó el guardia al cabo de un segundo. No había podido evitar cierto timbre triunfalista en la voz.

Pero antes de que pudiera cantar la combinación ganadora, el móvil de Corominas comenzó a sonar. Como si hubiera esperado al momento oportuno.

Al ver el número —se lo había aprendido de memoria en los últimos días —, se disculpó y salió de la habitación, dejando a *seguratas* y subinspector con un palmo de narices.

—Me pillas mal, Bego.

Al otro lado, silencio. Solo el eco truncado de una respiración acongojada.

—¿Te pasa algo?

—Es mi padre, Hero.

—¿Has hablado con él?

El nuevo silencio le indicó que sí, que padre e hija habían hablado y que a Vázquez se le había caído ya el maldito mundo encima.

—No sé dónde está.

—¿Cómo?

—No me coge el teléfono. Ni el móvil, ni el del bar, ni el de casa.

—¿Has ido allí?

—Lo ha cerrado, y en casa no ha dormido... Le dije que se viniera. Le dije que no pasaba nada, que todo saldría bien, que lo cuidaría —soltó Bego en ristre—. Tengo miedo, Hero.

Corominas imaginó la reacción de Vázquez.

El pasmo, la incredulidad, la rabia, la indefensión ante la noticia.

Ante la sentencia a muerte lenta.

Las había pasado de todos los colores. La mayoría, canutas. En la vida y en el trabajo. Su mujer se había largado y lo había dejado solo con una cría de cinco años, una mocosa asustada que lo miraba sin entender. Y la había sacado adelante. En la calle había esquivado patadas, puños, pinchos, navajas y alguna bala, y se las había tenido con todo tipo de cabrones.

Con más de una puta también, apartado en el que incluía a los mandos.

Y ahora, de repente, alguien le soltaba a bocajarro que se iba a convertir en un inútil. En una birria que iba a necesitar ayuda hasta para bajarse la bragueta.

—Tu padre sabe cuidar de sí mismo —trató de tranquilizarla—. ¿Desde cuándo no tienes noticias?

—Desde ayer por la tarde.

Otro silencio. De nuevo largo. De Corominas, que trataba de ordenar sus ideas a la espera del fogonazo repentino.

—Hablaré con Carlos —dijo finalmente.

Esta vez fue Bego la que se calló sus miedos. A verse sola con el padre. A que Agüero no lo comprendiera. A que se acojonara y la dejara.

—No te preocupes. Lo encontraremos.

El subinspector salió de la sala de vigilancia henchido, ajeno al drama que se había desarrollado entre bambalinas.

—Lo tenemos.

Pero al ver la sombra en el rostro de Corominas, arrugó morro y frente.

—Joder, cualquiera diría que no te alegras.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué coño pasa?

—Es Vázquez.

—¿Qué tiene que ver en todo esto?

No intuía el temblor que estaba a punto de sacudirlo, que amenazaba con echar abajo el edificio que había empezado a levantar antes de coronarlo. Estaba atrapado en el limbo del desconocimiento, del miedo que se te come por dentro entre que te dicen que algo pasa y todo se va a pique. El que experimenta el boxeador que ha visto salir, claro, nítido, el croché que lo llevará al piso pero aún no lo ha sentido en la cara.

Todo se congela de repente: expresiones, gestos, miradas, palabras.

Hasta que vuelve a ponerse en marcha...

Y de repente estalla.

La realidad te tumba y todo pasa a depender de cómo fajes; de las decisiones que tomes a partir del momento en el que el guante te ha partido la ceja, te ha roto la boca. De si optas por quedarte en la lona para dejar de sentir el dolor o te levantas sabiendo que tarde o temprano te lloverán más puñetazos, pero que hay que apechugar y seguir adelante.

—Le diagnosticaron Alzheimer hace un mes.

El rostro de Agüero perdió todo rastro de alegría y la noticia le hizo trizas la boca del estómago.

Y ya solo pudo pensar en una cosa.

Bego.

No en el hombre que se desmorona poco a poco como el azucarillo manchado por el café.

Solo en ella.

En la hija que pierde a un padre.

En que el suelo que sostiene a la mujer que amas empieza a abrirse. En que se agrieta como cristal ligero bajo sus pies menudos.

Y luego lo cubrió la sombra.

El reproche egoísta.

El cabreo mudo.

El mosqueo por ser el último en enterarse. Por la falta de confianza.

—Ha desaparecido.

—¿Y qué coño quieres que haga? —soltó aún con hiel entre los dientes.

Corominas apoyó las manos sobre sus hombros y descargó parte de su propia responsabilidad sobre él:

—Escúchame bien, Carlos, porque todo depende de lo que decidas ahora: ese hombre es el padre de la mujer a la que quieres. Está muerta de miedo y te necesita...

—También es tu amigo —lo cortó Agüero, aún debatiéndose.

El inspector bajó la mirada, avergonzado, y al subinspector le golpeó el remordimiento como un tráiler. Bastante tenía Corominas con lo suyo, pensó.

Levantó la mano y le tendió un pedazo de papel.

Corominas le echó un vistazo.

Era la matrícula.

—Jode a ese cabrón.

III

El número del plato correspondía a un viejo Opel Kadett granate propiedad de un tal César Redondo Alvira, cuarenta y un años.

Corominas comprobó la dirección y la ubicó en un extremo del barrio de El Crucero, al otro lado de las vías. El nombre le venía por la antigua señal de camino que marcaba la vieja entrada a la ciudad por el este.

Un Chernóbil del que con el tiempo habían huido hasta las ratas, cansadas de esperar a que alguien comprara el suelo a precio de saldo y les diera una nueva vida. Tan solo quedaban en pie algunas casas, varios bloques que habían perdido la piel y se habían visto reducidos a simple esqueleto, y algunas calles de piso cuarteado.

Durante un tiempo, corrió el rumor de que el ayuntamiento planeaba levantar allí la nueva estación del AVE, pero la cosa no prosperó, y el distrito había muerto de hambre.

Según el último padrón, tan solo quedaban domiciliadas allí veinte almas.

Una de ellas, negra, era la de Redondo.

La sorpresa llegó al cotejar sus datos de la Seguridad Social: el tipo figuraba dado de alta en una empresa llamada SIOSA desde hacía varios años.

A falta de las habilidades informáticas de Agüero, el inspector recurrió a Marne. SIOSA era, en realidad, Servicios Integrales de Ofidia Sociedad Anónima, y se encargaba de la limpieza de varios edificios de viviendas y oficinas, entre ellas, la sede central de COGASA y las oficinas de la empresa de Melero.

Como no quería levantar la liebre, hizo que la inspectora se hiciera pasar por un funcionario de Hacienda —decir que uno llama del Santo Tribunal de la Inquisición agiliza cualquier trámite— y solicitara su lista completa de empleados, con sus turnos del último mes.

El fax llegó al cabo de una hora exacta.

Corominas comprobó que, efectivamente, César Redondo Alvira estaba en nómina, siempre en el turno de noche, de la una de la madrugada a las siete de la mañana. Y comprendió cómo había tenido acceso a la información sobre ambos empresarios. Al fin y al cabo, la idea de los basureros no había sido tan descabellada.

—Encaja con todo.

—Pedid la orden. Os quiero en casa de ese *hijoputa* a la de ya. Que os acompañe gente de la Unidad de Intervención —ordenó Contreras—. Por mí como si le pegáis un tiro, ¿estamos?

—¿Y Souto?

—Limpiando tu mierda. Ya ves, al final nos va a venir bien y todo. —Dicho lo cual, el comisario lo miró fijamente, más bien lo taladró—. Has tenido suerte de que el crío haya aparecido de una pieza: otra cagada y ya te puedes ir buscando trabajo.

Corominas había llegado a la conclusión de que la suerte no había tenido nada que ver; de que el plan de Redondo había sido asestar un hachazo al capitalismo más neoliberal hecho carne.

Durruti tenía razón.

Era un cruzado.

Un loco con un delirio.

Y en ese instante le vino a la mente su última conversación con el periodista.

—¿Se ha comunicado ya a los medios la liberación del chico? —dejó caer.

Contreras lo atendió sin comprender adónde quería ir a parar.

—Delegación ha convocado una rueda de prensa para dentro de una hora, ¿por?

Corominas echó un vistazo a su reloj.

—Retrasadla.

—¡Como el señor diga! No me toques los cojones, inspector. Raro es que la sangre no haya llegado al río aún.

Sabía que su superior estaba en lo cierto. No solo porque él mismo le había contado lo del pago a Durruti, sino porque mantener un secreto en Ofidia era como tratar de detener, plantado en la playa, las palmas al frente, el tsunami que viene.

—El secuestrador ha pasado algo por alto —trató de explicarse—. Nadie sabe aún lo del dinero. Si su intención era la de destruirlo y solo informamos de que el chaval está sano y salvo, la prensa sumará dos y dos y se le va a hacer el culo agua con Melero y Garayoa. No creo que eso le ponga muy contento precisamente.

Contreras dudó.

—Y nos conviene tenerlo tranquilito —añadió Corominas—. Así que lo mejor es retrasarlo hasta que lo trinquemos. Y de paso, pues sacamos pecho.

El remate hizo mella en la línea de flotación de Contreras, que se vio de pie detrás del delegado y el jefe superior, el uniforme planchado, los distintivos nuevos, la gorra bien calada, en todas las cadenas nacionales.

—Hablaré con el jefe.

Corominas echó de menos a Agüero. No le gustaba tener que cambiar de pareja de baile a estas alturas —mucho menos compartir el *agarrao* con el jefe de la UIP—, pero el subinspector tenía bastante con lo que tenía.

Por eso se había llevado a Marne, que tiritaba a su lado. Era la primera vez que formaba parte de un operativo de ese tipo, y le pesaban el miedo y la responsabilidad de la vida del compañero en las manos si venían mal dadas.

Sintió entonces una punzada de inquietud y miró el móvil antes de silenciarlo.

Ningún mensaje.

No había llamado a Laura en todo el día.

Mucho menos a su hijo.

No sabía qué decirles a ninguno de los dos.

Arreche observaba la ubicación con unos prismáticos.

—El coche está aparcado delante, pero no se ve una mierda dentro. ¿Sabemos si está solo? ¿Armado?

Corominas sacudió la cabeza, que era como confirmarle que no tenía ni idea. El único que figuraba empadronado en la vivienda era Redondo, de ahí a que estuviera solo...

Le agarró las lentes y observó la casa, una edificación de cemento y piedra de granito junto a un roble descomunal. Planta única.

A la derecha, una estructura baja —parecía haberla levantado el mismo Redondo en sus ratos libres— con techo plano hacía las veces de garaje. Seguramente había asfixiado al pequeño Aitor Iragui allí dentro, el coche encendido, la puerta sellada, el gas inundando sus pulmones.

El único acceso era un camino de tierra socavado al que la lluvia de los últimos días había convertido en una pista de barro. Aún conservaba restos de arcilla licuada en los arcones, como si la tierra hubiera sangrado.

Corominas devolvió los binoculares al jefe de la UIP.

—Una vez dentro, lo que tú quieras —soltó Arreche—. Pero hasta que no lo tengamos controlado, boca cerrada, ¿entendido?

Después clavó la mirada en Marne, para asegurarse de que la novata, la mujer, el coño rubio, también lo había comprendido; era su manera de dejarles bien clarito quién estaba al frente del asalto.

Y de mostrar su descontento por la intromisión de las faldas en su sagrado Cuerpo Nacional de Policía.

—Otra cosa —añadió—. No sé cómo iré, pero si tengo que reventarle la cabeza, lo haré y punto.

Corominas permaneció inmóvil, en total silencio durante un segundo. Dos.

Después asintió.

Y constató que no le importaba lo más mínimo si Arreche le pegaba un tiro al hombre o no. Hasta sopesó la posibilidad de hacerlo él mismo. De meterle dos balas en el pecho y ver cómo se ahogaba en su propia sangre.

Echó un vistazo al cielo mientras Marne y Arreche se retiraban hacia los coches.

Sobre el horizonte, un sol descarado, rojo, declinante; ni una sola nube que le cubriera un gajo, ni el pico de una montaña que rompiera el círculo sin mácula. Enorme, completo, impúdico como el de la bandera de Japón.

Un escalofrío le recorrió el espinazo a pesar de la tarde templada.

Descendió la mirada hacia el árbol, firme en la tierra, la sombra proyectada sobre el secarral que ya jamás daría ninguna cosecha. Parecía ser capaz de resistir cualquier embate, cualquier tipo de cataclismo, inclemencia,

huracán, terremoto, tornado o diluvio, fuera local o universal. Quizás hasta la devastadora acción de la mano del hombre.

Y deseó tener raíces tan profundas como las suyas.

Los hombres de la UIP se desplegaron según lo convenido. Cuatro en total, dos por delante y dos por detrás de la estructura principal, además de Corominas y de Marne, que seguían los pasos de Arreche de modo escrupuloso.

Radio:

—No hay puerta trasera.

—Pues buscáis una puta ventana. En dos minutos: entrar, reducir e inmovilizar. Y si hay que disparar, se dispara.

Se situaron junto al marco de la entrada como una partida de indios, un hombro pegado a la fachada, el pecho a un metro de la espalda del compañero, la mano en contacto con su chaleco, mientras uno de los hombres del equipo —una mole de carne— se situaba enfrente ariete en ristre.

Al reparar en el tamaño de su cabeza, Corominas calculó a ojo su talla de sombrero —¿ocho pulgadas y media? ¿nueve, quizás?— y pensó que, al morir, el tipo dejaría una calavera muy grande.

Cerdán —así se llamaba la montaña, recordó de pronto— lo balanceó en el aire para hacerse con el peso y calcular el lugar del impacto, el golpe necesario para reventar la puerta, de madera seca y avejentada por el sol.

Una.

Dos.

Tres.

Arreche entró en la casa como un rayo. Tras él, Corominas primero, después Marne, el arma empuñada.

—¡Policía!

Desde el fondo de la casa llegaron más gritos.

—¡Policía! ¡Policía!

El equipo confluyó en el salón, aclaradas las dos únicas habitaciones restantes, el aseo y la cocina.

El atardecer se filtraba ya por las cortinas. La luz difuminaba contornos y se desparramaba como lava densa por el suelo, dándole a todo un aire irreal.

—¡Policía, coño!

En el centro mismo de la estancia, Redondo descansaba en un sillón de brazos altos y orejas anchas.

Las vergüenzas de la butaca estaban al aire. Casi podía verse el esqueleto de muelles y lamas de metal a través de la gran cantidad de heridas abiertas en

el cuero y el relleno de gomaespuma, de un ámbar turbio.

La habitación estaba decorada a base de menaje reciclado, un mundo hecho a partir de las sobras de otros, de lo que el ciudadano preocupado por la buena marcha de la economía tira para sustituir por el artículo recién producido —explotado— en una empresa extranjera.

Arreche gritó de nuevo.

Su voz pareció surgir de la mismo boca del cañón de su escopeta, que apuntaba a la cabeza de Redondo sin miramientos, el ánimo ansioso de gatillo.

Pero el hombre no reaccionó.

Ni un temblor.

Ni un pestañeo.

—¡Joder, qué puta peste! —soltó entonces el antidisturbios, tapándose boca y nariz con la mano izquierda, un paso más cerca del hombre inerte.

No olía a descomposición, era otra cosa.

Corominas reparó en los ojos abiertos de Redondo, serenos como los del que espera la muerte, del que la ha regalado creyendo merecerla.

Tenían la mirada del mendigo arrogante, cierto brillo irredento a pesar del velo lechoso del que se ha ido al otro barrio. Un gesto de orgullo y desprecio hacia el que se acerca a echarle la limosna; el que asusta a la señora de perla que rebusca la moneda de cincuenta céntimos —el euro se le antoja demasiado, la caridad bien entendida empieza por una misma— y no entiende que el cadáver que tiene enfrente da aún sus últimos coletazos; dignidades finales del que en otro tiempo ha sido un animal orgulloso y feroz.

No había señales de lucha, ni en la habitación ni en el cuerpo. Ni gota de sangre, ni carne abierta, ni contusión roma, ni marca alguna alrededor del cuello.

Tan solo lo que parecía un hilo de baba. De vómito derramado sobre una camisa vieja.

Descansaba tranquilo, cada extremidad superior sobre su reposabrazos correspondiente.

El tío estaba en calma.

El muy hijo de puta estaba en calma.

Como un rey.

Corominas pensó que no se la merecía.

—Todo vuestro —señaló Arreche, que, cumplido el deber, tenía prisa por irse de allí.

El inspector echó un vistazo alrededor, pausado, tranquilo, antes de que la Científica convirtiera la casa en una feria.

—Te interesa ver esto.

Marne lo esperaba bajo el dintel de una de las habitaciones, como si una fuerza invisible le impidiera traspasar aquel límite.

Corominas se dirigió hacia allí.

El cuarto apestaba a cerrado y a sudor.

A orina y a comida rancia.

Palpó la pared en busca de un interruptor y sintió el cemento rugoso deshacerse al recorrerlo con las yemas.

Finalmente, dio con él y encendió la luz.

Una bombilla desnuda colgaba de un viejo cordón eléctrico de algodón trenzado. Justo en el centro. Su luz era tan débil que apenas alcanzaba para sacar de la tiniebla lo que tenía justo debajo.

Un suelo de tierra. Ni siquiera se había molestado en alicatarlo, en cubrirlo con una alfombra, una lona, con cartones o lo que fuera.

Tras acostumbrarse a la falta de luz, Corominas se fijó en la lona negra suspendida de la pared por dos tornillos, en la silla sobre la que había sentado a los dos niños para las fotos, para el vídeo, en los periódicos tirados en el suelo, en la fiambarrera de plástico, el saco de dormir y la almohada sin funda.

En una esquina vio un caldero para las necesidades, aún lleno, sobre el que zumbaba un enjambre furioso de moscas.

Se imaginó a los dos críos allí, aterrados.

Y sintió ganas de vomitar.

Ni siquiera era una jaula decente para un perro.

Regresó a la estancia principal y tomó una bocanada de aire para atajar el espasmo. Aunque allí no olía mucho mejor.

Reparó entonces en dos marcos sobre un baúl castellano —de cuero repujado, con tachuelas de hierro—. En uno de ellos, una mujer sonriente, atractiva, pulcrísima, una morena de escándalo. En el otro, un chaval rubio, la envidia de cualquier abuela, querubín vestido con *blazer* con cordón dorado suspendido y bocamangas.

Era una foto de primera comunión.

De fondo, una playa con una palmera inclinada hasta mojar la punta de una de sus hojas dentadas en el mar.

El caribe, quizás fueran las Maldivas.

Trató de buscarles algún parecido.

Sin éxito.

Al acercarse más, descubrió la inscripción impresa sobre las imágenes —«9x13 cm, 10x10 cm, 10x15 cm»—, y comprendió que se trataba de las propias fotos que se vendían con el marco.

Felicidad ideada por algún frío departamento de *marketing*.

Redondo se había rodeado de una familia perfecta para acallar la fealdad propia, el interior deforme y oscuro, la ausencia de felicidad con la que se topaba cada mañana al mirarse al espejo.

Un nirvana familiar que jamás rozaría.

Así que había decidido comprarlo para poder disfrutar de él a tragos pausados.

Bendito capitalismo.

Lo imaginó en la gran superficie, el Ikea, el Leroy Merlín, el mismo Carrefour en el que había adquirido las mortajas de almirante, escogiendo a la mujer de ojos azul intenso —también inmenso—, al chaval con sonrisa de pega entre cientos de modelos dichosos de rostros impecables.

Una familia en la que refugiarse en los malos momentos; miradas siempre devueltas de una felicidad escrupulosa, de una comprensión total. Sin ningún juicio. Sin ningún reproche.

Impávidas al paso del tiempo.

Descubrió entonces un tercer marco, más pequeño, escondido tras los otros dos.

Dentro, una foto vieja de color comido.

Dos chavales de unos diez años posaban frente a la cámara, cada uno con un brazo sobre el hombro del otro. De fondo, un campo de trigo por segar, los tallos hasta las caderas, los penachos atestados de semillas.

Verano.

Reconoció a uno de los críos al instante, a pesar de los años transcurridos, del maquillaje sombrío con el que el tiempo endurece las facciones y afea los rostros de casi todos.

Era César Redondo, ya esmirriado entonces, los brazos de espantapájaros, las piernas de garza, la cara enjuta, el pelo negro. Solo le variaba la expresión de los ojos, aún alegres, sin desencanto.

Aún sin fiereza.

Sacó la foto de su refugio y le dio la vuelta.

En el dorso, un nombre y una fecha escritos a bolígrafo.

«Zuza, 1985».

Y un brote le floreció en la sien.

El otro chico era Melero.

—¿Estás entre nosotros?

—Llegas tarde.

—Llego cuando llego —replicó Martínez.

—Pensaba que ya no era cosa tuya.

—Ya ves —dejó caer—. Deben de haber mandado el cese oficial por correo ordinario.

—¿Y Teixidor?

—Guardando el fuerte. Con uno que se trague el marrón, suficiente.

Corominas y el forense se dirigieron al sillón en el que yacía el cuerpo, la vista al frente —ahora sabía que buscaba el abrazo reconfortante de la familia de papel cuché—, la piel cerúlea iluminada por un par de focos.

Martínez inició el examen.

—¿Ves algo? —lo apremió Corominas.

—No hay marcas aparentes, lo que tampoco significa nada. Lo único que puedo decirte es que ha muerto no hace mucho, hará entre tres y cuatro horas. Y que tenía TMAU.

El inspector levantó una ceja.

—*Trimetilaminuria*.

—¿Y eso lo ha matado?

El forense negó con la cabeza.

—Pero estoy seguro de que le jodió la vida. Un primo de mi madre lo tenía. Es un desorden metabólico, tu cuerpo no es capaz de transformar la *trimetilamina* de los alimentos y la expulsas a través del sudor, de la orina y el aliento. Apesta. Literalmente. Lo llaman el «Síndrome del olor a pescado». No tiene cura.

De repente, Corominas vislumbró a Redondo expulsado de su infancia; jodido, roto, solo, cabreado con el mundo, señalado a todas horas por el resto de niños.

La crueldad infantil no tiene límites. Ni físicos, ni verbales. No comprende: solo juzga, condena y ejecuta.

Y se castigó por sentir un punto de comprensión.

De indulgencia.

De pena por aquel desgraciado.

Y supo que se había equivocado.

Comprendió que no se trataba de ningún empleado despedido —ni por Garayoa ni por Melero—, de ningún loco con un delirio mesiánico, ni siquiera de un simple demente con ánimo de lucro, sino de algo mucho más ancestral y atávico.

Del odio que nace en la infancia, que se macera despacio en limón.

Del que gotea del navajazo inesperado que te abre en canal la espalda. El que no ves venir. El golpe de quijada de Caín, la sorpresa de la hoja fría de Bruto abriéndose paso en el pecho de César.

Los versos de Virgilio acudieron a su mente sin necesidad de ser convocados: «*Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor*»^[15].

La voz de Marne, sentada aún en el suelo de la habitación contigua —ni siquiera se había movido mientras los compañeros de la Científica la procesaban—, interrumpió sus cábalas.

—Luciérnagas.

Corominas asomó la cabeza seguido del forense, que no entendía el reclamo; quizás a la inspectora se le había ido la cabeza.

Sonreía —con un rictus amargo— a oscuras, la bombilla del techo muda ahora, la espalda recostada, la mirada en la pared de su izquierda.

Un punto de luz se materializó sobre ella de repente, recorrió un trecho de cemento arrugado y se apagó con la misma rapidez con la que había surgido.

Otro apareció al instante.

Y uno nuevo al segundo, otros dos al rato.

No respondían a ningún patrón. Iban y venían a su antojo, bailaban intermitentes y morían sin aspavientos; chispazos blancos, amarillos, rojos encendiéndose y apagándose como si alguien jugara con un interruptor oculto.

Corominas se fijó en la ventana de enfrente, cubierta por un trozo de la misma lona que había servido de telón funesto para las fotos y el vídeo.

Un nuevo centelleo, esta vez más pálido, mortecino, le alcanzó el ojo.

Cerró el puño en el aire tratando de atraparlo, un acto reflejo, pero la luz se desvaneció en cuanto rozó su carne.

Hasta que una nueva mota reapareció en su palma, de nuevo abierta, justo en la confluencia de la línea de la cabeza con la de la vida.

Torció el cuello y siguió su trayectoria hasta dar con el agujero en la lona, apenas un alfilerazo. Y descubrió varios más, punciones casi invisibles que atravesaban el tejido de parte a parte.

Arrancó la cortina hasta desnudar la ventana.

A lo lejos, los focos de los coches que circulaban por la variante de Ofidia iban y venían ajenos a su magia.

Laura se había quedado dormida con un libro mecido en el regazo.

Respiraba a intervalos inquietos.

Corominas apagó la luz de su mesita con el deseo, la esperanza —de haber sido creyente le hubiera rogado a Dios el favor— de no desvelarla, pero la oscuridad repentina hizo que su mujer abriera los ojos.

—No te he oído llegar.

—Lo siento —pronunció, concentrando hasta la última partícula de su cuerpo en la fórmula. Aunque ella no le intuyera el gesto abatido en la oscuridad.

El reproche asomó entonces a lo ojos de su mujer.

Corominas tampoco lo vio.

«Podrías haber llamado; llevas más de un día fuera; ¿dónde has estado?; ¿para qué coño cargas con un teléfono si ni te molestas en usarlo?; ¿dónde dormiste anoche?; ¿qué te pasa si puede saberse?»

Pero algo dentro la retuvo.

El miedo a escuchar respuestas que no quería oír.

Y temió que hubiera llegado ese momento de la vida en el que dos personas siguen juntas pero ya están solas.

—He visto las noticias.

En cuanto Corominas había comunicado a Contreras la muerte del secuestrador, el delegado y el jefe superior habían convocado a la prensa a tiempo para entrar en los informativos.

El succulento *prime time*.

Todas las preguntas giraron en torno a la exclusiva publicada por Durruti en su web. «¿Es cierto que los señores Garayoa y Melero han pagado un rescate de un millón de euros cada uno? ¿Se trataba entonces de un simple secuestro por dinero? ¿Se ha recuperado?»

Ninguno de los dos confirmó ni desmintió nada. Mucho menos informó acerca de que el secuestrador había decidido convertir el rescate en pasta de papel.

Se limitaron a seguir el dictado.

Ofidia tenía dos nuevos héroes.

Al final, el negocio les había salido redondo.

Garayoa había conseguido el perdón popular y recuperado el amor aleatorio, caprichoso, bipolar del vulgo, de la masa, del ciudadano de a pie que encumbra y derriba héroes por semanas, y eran unos cuantos los que veían a Melero como nuevo candidato a alcalde.

Quién sabe si hasta a presidente.

Hasta donde Corominas sabía —dimes, diretes, chascarrillos—, Ministerio del Interior y empresarios habían llegado a un acuerdo discreto por

el que se les reembolsaría parte del dinero a cargo de partidas opacas.

Por el compromiso y los servicios prestados.

Corominas había intuido detrás el pago por evitar la carrera política de ambos.

Dejó caer los párpados e inspiró profundo.

El olor a hidratante, a leche limpiadora y gel para desmaquillar, a restos de perfume y champú de frutas de su mujer lo reconfortó.

Hasta que un ruido lejano, un eco ya sin fuerza, hizo que se girara en dirección a la puerta.

—Tu hijo.

—¿Está en casa?

Laura asintió.

—¿Y?

Su mujer acompañó la arruga en la frente con un balanceo de su mano.

«Así-así».

—Han roto.

Corominas sacudió la cabeza. «Tan pronto se casan como se les va a tomar por el culo el amor».

—¿Qué ha pasado?

—¿A ti qué te parece?

—Que no han cumplido los dieciocho y ya se creen que lo saben todo. Y aún les queda todo por pasar.

—Los padres de Eva se niegan a que se casen, mucho menos a que vivan juntos, así que la mandan a estudiar a otra parte. —Y le lanzó el dardo—: ¿tú les hubieras dejado?

Corominas dudó.

Y supo que había esquivado una bala. Que la negativa empecinada de los padres de la chica le había salvado el pellejo. Por mucho que Álvaro pensara que el mundo se le había ido por el desagüe.

—Eso pensaba —apuntó Laura.

El inspector se desvistió y, justo antes de apagar la luz, de tratar de reconciliarse con la paz entre las sábanas, recordó el móvil silenciado.

Se levantó, rebuscó en los bolsillos de la ropa que había dejado sobre la silla y vio el icono de un nuevo *whatsapp* desplegado en una esquina.

El mensaje de Agüero era escueto:

«Todo OK. Mañana te cuento».

—Sigues teniendo dos conversaciones pendientes —pronunció su mujer en cuanto apagó la luz.

«*In fuga salutem sperare, ea vero dementia est*»^[16], murmuró Corominas.

IV

—El muy cabrón se fue de putas, ¿te lo puedes creer? —Corominas entendió que era una pregunta retórica—. Y aún tuvo los santos cojones de decirme que quién coño era yo para echarle la bronca. Si no es por Bego, le pego un tiro allí mismo.

Lo primero en lo que Vázquez había pensado era en follar; en echar un polvo tras otro pensando que la mera acumulación haría más difícil su olvido.

No le sorprendió.

Intuyó su necesidad de sentirse más vivo que nunca el día que le anunciaban la muerte. Una vitalidad cierta, sólida, medible. Y la mejor forma de hacerlo era a través de la carne.

Dejar la cabeza a un lado, acallar los gritos del cerebro a golpe de lumbar. Ahuyentar la parca a embestidas.

Eyacular sin importarte nada más.

Y le vino a la mente lo que no quería.

El olor de la piel azul de Odalys, de sus pezones negros, de sus labios mayores oscuros y sus menores granas; el bochorno suave de su boca de yogur tibio; sus uñas largas de manicura francesa y la bandera de José Martí.

El arco de su pie.

Ocultó la erección cruzando las piernas, y la culpa, con una sonrisa agria.

—Ya sabes cómo es.

—Un puto egoísta —sentenció Agüero.

Corominas no quería bronca.

La paz repentina del caso le había reactivado los frentes, y las últimas palabras de su mujer, descosido las puntadas apresuradas con las que había tratado de cerrar el boquete familiar en los últimos días.

Y la llaga se le había vuelto a abrir.

La normalidad siempre hiera. Te mata despacio como un cáncer largo.

—¿Y dónde está ahora?

—Durmiendo la mona.

Lo llamaría más tarde.

O quizás desertaría del mismo modo que lo había hecho con su mujer y su hijo. Porque así se sentía, como un desertor infame que espera las cuatro plumas; como el camarada que pasa por encima del compañero de trincheras al escuchar el primer tiro.

Jamás había sido un cobarde, ni en lo físico ni en lo profesional, pero le tiritaban las piernas en los asuntos delicados. Su inteligencia emocional se le había hecho trizas durante la infancia y le había ardido del todo al despuntarle el acné.

El policía Zanón se presentó en su despacho.

—Un tal Melero pregunta por usted.

—Llévalo a la sala de reuniones.

Agüero arqueó la cejas.

—¿Lo has llamado tú?

Era la primera vez que el subinspector ponía un pie allí dentro —un espacio destinado a los encuentros de los mandos, a la visita sagrada del político de turno—, y se quedó pasmado: paredes forradas de madera noble, una mesa de juntas pulida como la tapa de un ataúd y sillas de cuero mullido a las que solo les quedaba un pasito para llegar a la categoría del escaño.

Melero los esperaba arrellanado en la que presidía la mesa. «La costumbre», pensó Corominas.

—Buenos días, señor Melero. Gracias por venir.

El empresario ni siquiera se levantó. Se limitó a contraer los labios y a guardar el teléfono, con el que debía de estar despachando algún negocio.

Corominas desplazó una silla hasta sentarse frente a él; Agüero prefirió permanecer de pie.

—Ayer, durante la inspección ocular de la casa del sospechoso, encontré esto —dijo mientras se llevaba la mano al bolsillo y sacaba la fotografía.

La deslizó sobre la mesa.

Melero, apático hasta entonces, se revolvió al verla. Una agitación ligera, apenas perceptible de inicio, que se extendió por sus brazos, sus manos y sus dedos a medida que la arrastraba hasta tenerla delante; que se desató al levantarla y al reconocer el momento y a sus protagonistas.

Y algo se le revolvió en el rostro.

—César...

Enfrentó su mirada a la de Corominas, las cejas crispadas, la frente fruncida.

—No comprendo. ¿Qué tiene esto que ver con el caso?

Corominas decidió permanecer en silencio para darle tiempo.

Tiempo para atar cabos. Para descubrir primero, para tratar de entender la verdad por sí mismo después. Gota a gota, golpe a golpe.

Había dejado de tener prisa.

—¿Puedo preguntarle qué pasó? —dejó caer al rato, cuando intuyó que el hombre ya estaba listo.

Melero compuso una sonrisa amarga y tomó aire, todo el que pudo: los pulmones se le habían quedado vacíos.

—Éramos unos críos...

Su expresión seguía agitada, hipnotizado por la imagen.

—¿Conoce la Ley de Merton, inspector?

Corominas negó con la cabeza.

—Postula que cualquier acción humana tendrá siempre alguna consecuencia imprevista, un efecto no calculado, ni siquiera imaginado por quien la toma... —enunció Melero—. César era hijo de un jornalero que trabajaba con mi padre. Un hombre bueno, humilde. Éramos los dos únicos quintos de nuestra edad, así que íbamos juntos a todas partes. Vaca y rabo, ya sabe.

El rostro de Víctor Bescós, su mejor amigo de la infancia, sus ojos menudos tras las enormes gafas de pasta, las patillas remendadas con esparadrapo, la nariz recta por la que se le escurrían a todas horas, se materializó en la mente de Corominas, que no pudo evitar cierta añoranza.

—En el pueblo nos conocíamos todos. A nadie le importaba lo de su enfermedad. Decían que la había heredado del abuelo, que qué se le iba a hacer... —continuó el empresario—. Esa fotografía fue tomada en 1985, el primer día de siega. A la vuelta del verano empezábamos en secundaria. Un nuevo colegio, en Ofidia nada menos... Nos íbamos a comer el mundo.

El inspector anticipó el drama, también Agüero —Corominas lo había puesto al tanto de todo antes de que despacharan el asunto de Vázquez—, que observaba con cuidado cada una de sus reacciones, por si el hombre se rompía.

—Comenzaron a reírse de él, a hacerle el vacío desde el primer día, a ponerle motes: *el cagao*, *elapestoso*. Al poco, su padre decidió sacarlo del colegio y se encerró en casa. A esas edades, todo se reduce a dicotomías simples; a problemas que uno debe resolver de manera inmediata: sí o no. Esto o aquello. Conmigo o contra mí. Solo piensas en ti mismo, en tu futuro. Aún no existen los grises, solo la necesidad de encajar... Así que escoges un camino y no miras atrás.

El hombre levantó la vista y lo encaró.

—Tomamos miles de decisiones a lo largo de nuestra vida, inspector: buenas, malas, regulares... Y tenemos que vivir con ellas. Cada una nos

define, nos hace ser lo que somos. Pero siempre hay una que cargas hasta la tumba —pronunció finalmente—. La mía fue ser un cobarde.

Melero posó la instantánea sobre la mesa y la arrastró de vuelta hacia Corominas, como si liberando sus yemas del contacto pudiera sacudirse el recuerdo.

—Pero me niego a creer que todo esto tenga algo que ver con la decisión tomada por un niño hace tantos años. ¿Por qué ahora? Es una...

—Locura —completó Corominas.

—Si lo único que quería era vengarse, ¿por qué no venir directamente a por mí?

—Diría que lo del señor Garayoa fue una prueba. Y un seguro. Debía desviar la atención y, a la vez, mandarle a usted un mensaje claro de lo que sucedería si no pagaba —especuló Corominas—. Verá, señor Melero: si algo he aprendido en este trabajo es que cada ser humano ejerce su odio de un modo único y personal. Hace tiempo que dejé de buscarle sentido —mintió.

—¿Y qué sacaba él de todo esto?

Melero buscaba una explicación racional, coherente; una lógica donde en muchos casos no la hay. Una razón sensata, aunque fuera insana. Un motivo objetivo.

Un lucro económico tras la conducta aberrante.

Le costaba entender que en la mayoría de las ocasiones el ser humano se alimenta de combustibles no fósiles.

—La realidad no está sujeta a normas de verosimilitud ni de necesidad. Ni siquiera de orden o de lógica. Suele ser más bien caótica. La antítesis de lo verosímil más bien —respondió Corominas—. Por desgracia, la única persona que podría aclarárnoslo está muerta. Pero si debo especular, diría que el verdadero objetivo del señor Redondo era enfrentarle a usted a una decisión moral: obligarlo a escoger de nuevo entre lo correcto y lo incorrecto... Aunque es pura especulación, por supuesto.

El empresario desvió la mirada hacia un detalle invisible de la sala. Corominas supuso que de algún modo —de ese modo descabellado, enfermizo, absurdo que hace que nos sintamos responsables de todo lo que tiene que ver con nosotros aunque escape a nuestro control— se sentía culpable.

Culpable por una decisión tomada hacía treinta años. Un fallo que de forma sucia había acabado con dos secuestros y la muerte de un inocente; de un chaval de la misma edad a la que a César Redondo se le había acabado la vida. A la que su amigo le había asestado la puñalada mortal.

—Redondo vistió a los dos chicos con trajes de primera comunión — señaló Corominas, obligándolo a centrarse de nuevo—. ¿Tiene algún sentido para usted?

Melero dejó caer la cabeza.

—La íbamos a celebrar ese año juntos en el pueblo, pero supliqué a mis padres que me dejaran hacerla con mis nuevos compañeros de clase en Ofidia.

«Ahí está —pensó Corominas—: el tiro de gracia que derrumba al gran elefante».

—¿Algo más, inspector? —añadió Melero, que no veía el momento de escapar.

Corominas meneó la cabeza. El hombre que tenía delante era un cadáver de cuerpo presente.

El empresario se puso en pie y alcanzó la puerta con pasos cortos, pesados, el sufrimiento del penitente en cada pliegue del rostro.

—¿Se encuentra usted bien? —se interesó Agüero.

Pero Melero ya bajaba las escaleras con su cruz al hombro.

La llamada de Álvaro lo sorprendió redactando el informe de la intervención.

Al ver el nombre en la pantalla, el rostro sonriente del hijo interpelándolo, dudó por un instante. Pero ya no tenía excusa: había llegado el momento de enfrentar sus miedos.

—Hola —contestó escueto, aséptico para protegerse.

—Hoy soy yo quien prepara la comida. Te espero a la una y media en casa del abuelo.

Y colgó.

Corominas echó un vistazo al reloj. Como siempre, llegaba pronto. Así que decidió darse el capricho de un paseo sin rumbo por el barrio que lo había visto nacer.

Las últimas veces que había ido hasta allí se había limitado a trazar el itinerario más rápido entre la comisaría y el portal donde había sido infeliz durante tantos años. Sin atender a reclamos, sin desviar la vista de la baldosa de cemento inmediata al encuentro con el moribundo.

Cruzó la calle dejando el paso de cebra a un lado. Con el tiempo, estaba adquiriendo costumbres de viejo; huir como la peste del asfalto rayado era una de ellas. Como si a medida que uno constata la irremediable pérdida de facultades motrices y sensoriales busque una muerte rápida, el morro del coche benefactor que lo mande de una vez por todas al otro barrio.

Su ánimo oscilaba como un índice bursátil. La resolución del caso le había disparado la cotización, pero barruntaba el descenso acusado, quizás hasta el *crack* inminente.

Y no sabía cómo afrontarlo.

Como tampoco sabía cómo hacer frente al encuentro, la conversación pendiente con Vázquez: ¿qué le dices al amigo a cuyo cerebro han puesto fecha de caducidad?

Quizás la mejor opción, la única, sea un silencio pulcro.

Sentarse a su lado y esperar.

Apenas reconoció el parque. Ni siquiera habían sobrevivido los cuatro tilos que les servían de portería cuando era un crío. A esas edades, uno aún cree en la naturaleza inmutable de las cosas, por eso hierde la corteza del árbol con la pequeña navaja pensando que su nombre le sobrevivirá, que dará testimonio eterno de su paso por este mundo.

Que el amor que proclama no acabará jamás.

También constató que alguien había sustituido los viejos columpios de hierro forjado por puentes de madera, toboganes de plástico amarillo, túneles rojos, pequeñas motos sobre muelles y una gran tela de araña fijada a un suelo de tartán azul.

Tampoco lo había logrado el quiosco en el que solían comprar chucherías, visarlas en ocasiones, cuando la paga se había ido en canicas o cromos.

Alguna vez había optado por el movimiento tosco, por el hurto con descarro por ver si don Jaime —el dueño, un tipo huraño como pocos— lo pillaba y le daba un disgusto a su padre. Pero el hombre jamás se dio por aludido.

Quizás pensaba que el hijo del ilustre catedrático estaba impedido genéticamente para ser un quinqui, o tal vez disfrutaba permitiendo la corrupción del señorito.

Apenas le quedaban buenos recuerdos de su infancia, menos aún de su adolescencia, cuando ya era consciente de la imperfección del padre, de la fragilidad de la madre. Se había limitado a transitar por ella de puntillas, sin aspavientos, hasta llegar a la universidad.

Dos olvidados compartían cariños en un banco —de unos cuarenta él, aunque era difícil decirlo, de unos veinte ella—. Formaban una de esas parejas de desechados, de saldos que nadie ha querido llevarse ni en las rebajas por estar tarados, por ser demasiado feos o deformes o idiotas o desagradables a la vista y al tacto, y que la necesidad de calor, de roce, de una mirada, de la palabra, acaba reuniendo.

Justo detrás descubrió a la señora observándolo, la melena color lana virgen recogida en un moño alto, la boca ya vuelta hacia dentro, el cuerpo frágil, la piel dura, la expresión sufrida.

—¿Eres Herodoto?

Corominas se esforzó por recordarla, pero a pesar del aire lejano —quizás se debía únicamente a la interpelación directa de la mujer— no lo consiguió.

—Sí —contestó.

—No me reconoces.

Había esperado que el monosílabo bastara para dar pie a la conversación y poder ir atando cabos sobre la marcha, pero llegados a cierta edad cada vez vamos más al grano: uno nunca sabe el tiempo que le queda.

—No, lo siento.

—Soy la madre de Víctor.

El gesto se le debió de quedar igual, porque la mujer añadió enseguida:

—Bescós.

Los ojos de Corominas se agrandaron.

—¡Víctor! ¿Cómo está?

Le había perdido la pista tras el colegio. Habían ido a institutos diferentes, Corominas a uno privado, el amigo a uno público, y se habían distanciado poco a poco.

—Murió.

—¿Cuándo? ¿Qué pasó?

—Pensaba que lo sabías... Comenzó a frecuentar malas amistades.

Conocía el percal por las historias que le contaban los compañeros de *estupas*; familias jodidas, futuros truncados a golpe de *pico*, de *clencha*, de pastilla.

—Murió de una sobredosis hará unos veinte años.

Veinte años...

Ni siquiera se había enterado.

Nadie se había molestado en llamarlo —fue la excusa—, y su madre, que era la que estaba al tanto de todo lo que sucedía en el barrio, ya no vivía por entonces.

—Lo siento —fue lo único que alcanzó a decir.

La mujer le leyó en la expresión el «¿Qué pasó? Era un buen chaval, listo, inteligente, despierto, de buena familia». También el punto de condescendencia por el infierno que debía de haber pasado.

—Los padres siempre damos por supuesto que gustamos a los hijos, pero no tiene por qué ser así —pronunció—. Tú siempre odiaste al tuyo.

Corominas se sintió incómodo por que una desconocida le hablara de su intimidad de aquel modo tan directo, como si fuera compartida.

—Me enteré de lo de su enfermedad —añadió—. Lo siento.

—Gracias —contestó, cada vez más incómodo.

—Supongo que algo hicimos mal. Con Víctor —se apresuró a añadir la mujer, aunque Corominas supo que hablaba tanto de ella como de su padre—. ¿Tienes hijos?

—Uno.

Trataba de sacudírsela de encima a base de monosílabos; no le apetecía seguir con aquella conversación.

—Llega un día en el que descubren que somos como los demás y les cuesta asumirlo. Cuídalo mucho. Y cuídate.

Corominas llamó al telefonillo y esperó, los pies juntos, el *fedora* en la mano. «Quizás debería optar por uno de jipijapa, un buen panamá para el calor», pensó.

—Sube.

Álvaro estaba enfrascado en un libro abierto sobre la encimera. Llevaba puesto el mandil negro —el de mando—. Corominas lo observó en silencio: su hijo se había hecho un hombre.

—Hola. ¿Con qué estás?

—*Tumbet*.

Al inspector se le encogió el estómago. Era uno de sus platos favoritos; el predilecto de su madre, que en cuanto el verano asomaba el morro a los campos y arrancaba la temporada del pimiento, del tomate, de la berenjena, se ponía manos a la obra.

No lo había vuelto a comer desde su muerte.

Cada vez que lo veía en alguna carta —en contadas ocasiones, a pesar de que simboliza la dieta mediterránea como ningún otro—, sentía la tentación de pedirlo. De dejarse llevar por las papilas gustativas. De iniciar un viaje en el tiempo, como si su lengua fuera una alfombra mágica. Pero al instante le sobrevenía un regusto a infidelidad que le arruinaba el momento.

—¿Por qué? —dejó caer.

Elegió la pregunta ambigua a posta.

«¿Por qué todo es como es?»

—Porque ya iba siendo hora, ¿no te parece? —contestó su hijo—. El abuelo me dijo que te gustaba mucho.

Corominas supuso que también le habría contado el motivo por el que no lo había vuelto a probar.

—Y porque así solucionamos los problemas los Corominas, ¿no? Corta las patatas.

El inspector se desabrochó los puños y se arremangó la camisa.

Álvaro terminó de cortar la última berenjena —en rodajas anchas, con piel—. Las saló, las puso en un cuenco para que perdieran el amargor y preparó la harina para freírlas.

En cuanto el aceite estuvo caliente las echó dentro y las fue dejando en una fuente cubierta con papel de cocina. El pimiento —cortado a trozos pequeños, como para una *samfaina* o un pisto— y el tomate triturado ya estaban casi a punto.

—Te toca —ordenó a su padre—. Mete los ajos y las patatas en la sartén mientras busco la cazuela de barro. —Pero al instante recordó que la había dejado en casa, tras la cena fallida con los padres de Eva—. No, mejor usamos una bandeja de horno. Al acabar le daremos un golpe.

Corominas le descubrió el quiebro de voz.

—¿Cómo estás?

Álvaro lo miró. Al inspector le pareció que valoraba qué contarle, hasta dónde exponerse.

—Tirando.

—Cristina... Así se llamaba mi primera novia —soltó entonces Corominas—. Era preciosa: pequeña, morena, con unos ojos azules que te ahogaban y la sonrisa blanquísima. Iba a un colegio de monjas cerca de mi instituto, y la falda plisada le quedaba de escándalo. ¿Sabes cómo le robé el primer beso? Le quité la goma del pelo —azul oscuro, recordó como si la tuviera entre los dientes; es curioso cómo algunos detalles persisten—, me la puse en la boca, le sujeté las muñecas y le dije que si quería recuperarla, que la cogiera. Me miró fijamente, y al cabo de unos segundos, se acercó y... Recuerdo el primer roce de sus labios, y el de sus pechos sobre mí. Casi me muero. Entonces se hizo un cola, sonrió y volvió a inclinarse para besarme. Y me enamoré de ella hasta las trancas, claro.

—¿Y qué pasó?

—Que a los meses se coló por un amigo mío. Y yo me enamoré de otra chica, y lo dejamos cuando fui a la universidad. Y allí me enamoré de tu madre. Así funcionan las cosas. ¿Dónde pongo las patatas?

Álvaro dejó la bandeja sobre la encimera.

—Escúrrelas y las vas distribuyendo. Aquí pone que primero hay que poner una capa de patatas, después una de berenjenas, salsa, otra de patatas, las berenjenas que hayan sobrado y el resto del tomate por encima hasta cubrirlo todo. Después lo metemos un rato al horno.

Mientras Corominas edificaba la «lasaña mallorquina», como la llamaba su madre, la recordó en aquella misma cocina, el olor ácido del tomate friéndose, el dulzor del pimiento rojo, el de la berenjena enharinada.

Su sonrisa perenne.

Incluso cuando ya estaba muerta.

—Me dolió que no confiaras en mí. Que hablaras con Carlos a mis espaldas —susurró entonces—. Siento haberte fallado.

—No estabas. Casi nunca estás. Y hay cosas que uno prefiere hablar con otros —respondió Álvaro.

Aunque Corominas no detectó sombra de malicia alguna en la respuesta —su hijo se limitaba a constatar un hecho cierto, verificable—, el comentario lo hirió del modo en que solo lo hace la verdad.

Pero lo que le hizo hincar definitivamente la rodilla fue pensar que Álvaro hubiera podido perder ya su capacidad de decepción con él.

—Supongo que tampoco tuviste un buen ejemplo —añadió de seguido el hijo, como si en cierto modo buscara exculparlo.

Corominas respiró.

No estaba todo perdido.

Durante su infancia, uno aprende conductas, imita hábitos, adquiere vicios sin darse cuenta; un modo de sonreír, un gesto, una expresión mil veces escuchada; incluso una forma de conducirse, de sentir, y los replica a pesar del propósito firme de no perpetuar los errores padecidos.

«Los padres condenan a sus hijos sin darse cuenta», le había dicho Agüero.

Tenía razón.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Álvaro le dio pie con una mirada franca. La cosa iba de confesiones.

—¿Te caigo bien?

El silencio repentino casi se los come.

—Los padres creéis que tenéis que ser colegas de los hijos, y no es así. Lo que tenéis que ser es padres, nada más —contestó—. Si lo que quieres saber es si te quiero, la respuesta es sí, papá. Con el tiempo me he ido dando cuenta de quién eres, de cómo eres, de lo que eres, y supongo que está bien. Que tú eres así.

Y sin dejar que Corominas pudiera abrir la boca, remató:

—Yo tampoco tengo por qué gustarte. Pero sé que me quieres. Con eso me basta.

Antes de regresar a casa decidió sentarse un rato en uno de los bancos del parque.

La extraña pareja seguía ahí.

En cuanto su espalda tocó el respaldo le invadió una sensación de ahogo, de bota aplastándole el esternón. De congoja más adentro. La charla había ido bien, pero la certeza de que algo se había perdido para siempre no lo dejaba en paz.

Supo que ese nexo —tan ingrátido como firme— que mantiene al hijo atado a los padres durante la infancia, que se tensa arrancada la adolescencia, se había roto; que Álvaro había cortado al fin el cordón, soltado la amarra. Que con el tiempo formaría su propia familia, dejándolos atrás. Al menos hasta el nacimiento del posible nieto, momento en el que el reencuentro respondería más a una necesidad logística que afectiva.

Cerró los ojos y tomó aire, y por un momento precedero —el que tarda en planear una hoja seca hasta el suelo— todo se detuvo.

Hasta que le cayó encima la primera gota. Fue un impacto rotundo sobre el ala del sombrero. Al ver la segunda —cristalizada en perdigón del tamaño de una canica— rebotar sobre la baldosa justo entre sus pies, se dio cuenta de que arrancaba la granizada y echó a correr.

V

Extendió el brazo y buscó el cuerpo de Laura.

El gesto del que se despereza, la caricia breve, el contacto cálido que te asegura que la mujer a la que amas sigue allí, que no se ha mudado a otro bloque o largado a otro barrio, o a otra ciudad; que no calienta una nueva cama, donde otra mano la busca y la encuentra.

Al solo hallar sábana arrugada, ya fría, abrió los ojos y echó un vistazo al despertador.

Las diez.

Había dormido como un crío.

Dio un brinco y se puso en pie.

La buscó por toda la casa, hasta que le llegó un rumor desde el jardín.

Un rayo de sol recortado por la azotea del edificio contiguo incidía sobre ella como un foco de escenario.

Al oírlo —más bien al percibirlo—, su mujer se dio la vuelta y lo miró como Maureen O’Hara en su primera aparición en *El hombre tranquilo*.

—¿Piensas ir así a trabajar?

Corominas se dio cuenta de que estaba en calzoncillos, el pelo revuelto, la legaña aún pegada al lagrimal.

Oteó el cielo, totalmente despejado.

—Hoy va a apretar.

Pero un segundo vistazo al rostro de Laura le advirtió de que la cosa no estaba para bromas. De que tenían algo pendiente.

—¿Qué pasa?

—Que así esto no va a funcionar —respondió ella, los brazos en jarra, los labios tensos.

«Así debe de sentirse uno en la sala de interrogatorios», pensó Corominas.

Perforado por una mirada hostil.

Y tuvo ganas de confesar.

De descargar sobre ella el peso de la culpa que le oprimía. «¿Es lo que quieres? Pues ahí va la mierda, cariño, apáñatelas». Pero supo que, en cuanto lo hiciera, el átomo roto liberaría neutrones que reventarían otros núcleos, y así sucesivamente hasta que todo lo que alcanzaba la vista quedara arrasado.

No hay nada que deje más cenizas detrás que un amor roto.

Y pensó en Melero.

En la Ley de Merton.

—¿A qué te refieres?

Laura lo escrutó. Lo hizo de ese modo en el que quien te mira parece verlo todo.

Quizás lo sabía.

Quizás no.

—El huerto. No tiene luz suficiente. Y sin luz, nada echa raíces.

Antes de encerrarse en el despacho decidió acercarse hasta la plaza del Ayuntamiento dando un paseo. Algún romántico —un inconsciente— había abierto una sombrerería justo en la esquina sureste del trapecio, en un viejo local que llevaba tiempo cerrado.

Según el letrero, el pobre incauto se llamaba «Gutiérrez».

—Distingo un buen sombrero en cuanto lo veo, y el suyo es magnífico —lo saludó el hombre. A juzgar por su edad, elucubró Corominas, otro jubilado

forzado a volver al tajo para asegurarle un futuro a los nietos.

El mobiliario se reducía a un mostrador de madera vieja de pino con ocho tableros aplanados y una encimera de mármol travertino, tras el que se levantaba una estantería llena de sombreros: bombines, *homburgs*, chupallas, panamás, *fedoras*, un *porkpie*, un salacot, un par de *stetson*, un *akubra*, un magnífico sombrero de copa alta de seda y hasta un *boss of the plains*.

—Gracias.

—Nada que ver con una de esas imitaciones de franquicia. ¿Qué está buscando?

—Un panamá.

—¡Ah, un *montecristi*!

El hombre levantó la parte final del aparador y se dirigió a una puerta situada al fondo, enfrentada a la que servía para entrar y salir del local.

—Acompáñeme, por favor.

Se trataba de un pequeño almacén atiborrado de cabezas de madera —sin rasgos, solo un atisbo de nariz angulosa en alguna de ellas— de varios tamaños, cada una tocada con su correspondiente sombrero. También tenía allí el taller, con distintas hormas, conformadores, planchas y un cortador de ala.

—Siete pulgadas y media, ¿me equivoco?

Corominas asintió.

—Pruébese este.

Al verse en el espejo, el inspector se sintió como un personaje de Le Carré. Le encajaba como un guante.

—¿Cuánto es?

—Trescientos cincuenta euros.

Casi le da un pasmo allí mismo.

El tipo, que era un vendedor nato, le intuyó la duda.

—Si observa usted los anillos, los nudos y la suavidad del material se dará cuenta de que se trata de un auténtico sombrero hecho a mano. Los importo directamente de Ecuador. Si no lo moja y lo guarda adecuadamente, le durará toda la vida.

Corominas se preguntó si les diría lo mismo a todos sus clientes. Como una puta alaba cada miembro como si fuera la verga de Nacho Vidal tenga el tamaño que tenga.

—Está bien. Me lo llevo.

Ya vería cómo le explicaba a Laura que se había gastado semejante dineral en lo que a buen seguro consideraría un capricho. «En Zara puedes

comprarte uno igual por cuarenta euros». «No es lo mismo, cariño». Y sombrero en mano, le diría: «Fíjate en los anillos, mira la cantidad de nudos, toca, esta suavidad, no tiene nada que ver». Y ella replicaría: «Pues a mí me parece igual que uno de Zara de cuarenta euros».

De regreso al local, el hombre extrajo una caja alargada de debajo del mostrador —del mismo color y textura que la típica destinada a los puros—, enrolló el sombrero y lo depositó con mimo en el interior.

—Espere hasta mañana —le sugirió antes de despedirse—. Esta tarde volverá a llover. Créame: mi olfato jamás se equivoca.

El teléfono lo sorprendió probándose el panamá en la intimidad del despacho. Un arranque de coquetería.

—Corominas.

—Arguedas. ¿Puedes pasarte por aquí?

La idea de tener que desplazarse hasta la base de la Científica lo predispuso inmediatamente en contra; eso sin contar con la posibilidad de toparse de bruces con Arreche.

—¿Para? —respondió de mala gana mientras trataba infructuosamente de enroscar el sombrero.

—Tenemos un problema.

—Dispara.

Quizás pudiera solucionarlo desde allí.

—Se trata del dinero.

—¿Puedes ser más específica?

No había manera de que la maldita prenda adoptara la forma correcta.

—En el camión solo había una parte. Medio kilo máximo.

—¿Cómo? —Casi le da un pasmo—. ¿Estás segura?

—Llevo día y medio metida en la mierda, y no es lo mejor para mi estado, te lo aseguro.

—Estaré ahí en media hora —contestó, la mano ya en el pomo, el panamá arrugado sobre la mesa. No pensaba darse por vencido.

Recorrió el pasillo y asomó la cabeza a la zona común en busca de Agüero.

—Nos vamos.

—¿Adónde?

—A la Científica.

El subinspector le vio el gesto preocupado. Algo no iba bien, de modo que se limitó a comprobar que tenía la llave del coche en el bolsillo mientras se

ponía en pie.

—¿Qué pasa? —lo interrogó una vez en marcha.

—Acaba de llamar Arguedas. —Corominas escudriñaba el cielo en busca de las nubes que iban a arruinar la tarde—. Dice que dentro del trasto solo había medio millón.

—¿Estás de coña?

Dejaron el aparcamiento y los barracones de la UIP a un lado y estacionaron directamente frente al edificio de la Científica.

El cielo seguía azul monótono.

La inspectora los esperaba a pie de escalera. A Agüero le pareció que había engordado desde la última vez, especialmente su rostro, pero se guardó de comentar que le sentaban bien, que los mofletes le subían el guapo.

—Por aquí.

Rodearon la fachada hasta una puerta trasera que daba acceso a un garaje, el típico taller mecánico con muebles de herramienta y un par de elevadores.

—Lo siento, no hay climatización.

El subinspector reparó en la montaña de basura sobre una lona; apiladas a un lado, dos bolsas de pruebas con los billetes dentro.

—¿Los habéis pegado o qué?

La inspectora le echó una de sus miraditas, en las que se concentraba un mundo de reproches pasados:

—La mayoría están dañados, pero prácticamente enteros. Quien fuera pensó que el camión los trituraría con el resto y daríamos por sentado que estaba todo. Pero no tuvo en cuenta una cosa: el ayuntamiento compró vehículos nuevos para la recogida de residuos hará un año. Los de ahora solo recolectan y compactan.

—¿Y dónde cojones está el resto? Porque estamos hablando de kilo y medio, ¿no?

—Euro arriba, euro abajo —dejó caer Arguedas. Lo más parecido a una broma que el subinspector le había oído.

—No tiene sentido. ¿Mirasteis bien en la casa?

—Sé hacer mi trabajo, subinspector.

—Quizás el cabrón lo enterró por ahí.

Corominas, que había permanecido en silencio durante el intercambio de pullas, meneó la cabeza. La cosa empezó despacio y se aceleró gradualmente hasta los vaivenes enérgicos, como si con la firmeza final de cada uno de ellos quisiera sacudirse de encima la mera posibilidad.

Constató el sudor en las manos, la gota fría que se desprende de la axila y viaja costillar abajo, la que brota en la frente y resbala por ella hasta varar en la ceja.

Extrajo el teléfono de su bolsillo —temblaba en su mano— y se apartó unos pasos.

—Souto.

—¿Contasteis la pasta de Melero?

—¿A qué te refieres?

—Pues a que si alguien de los tuyos la pasó por la dichosa maquinita —lo apremió Corominas.

El silencio prolongado de la línea le confirmó que no. Que ni él ni ninguno de sus hombres había comprobado el dinero de las bolsas del empresario. Solo las correspondientes a Garayoa.

—¿Qué coño pasa?

Pero su interlocutor había colgado.

Y, de repente, la verdad estalló en toda su crudeza. Fue la patada inesperada en los testículos, el puñetazo en la boca del estómago que te deja boqueando como un pez arrancado del mar.

No lo había visto venir.

Ni siquiera lo había intuido.

Como lo de Vázquez.

La participación de Redondo en el caso estaba fuera de toda duda, pero el hombre había sido tan solo el brazo ejecutor; un asalariado por obra al que se despacha al paro definitivo una vez finiquitado el trabajo.

Y había sido algo más.

El *chivo expiatorio* perfecto.

—Solo hubo una persona que manipuló el dinero una vez en las bolsas; que las pudo haber vaciado sin que nadie lo viera —pronunció—. Y que después nos obsequió con el relato justo, preciso, medido.

—Se te ha ido la olla, inspector —saltó Agüero—. ¿Por qué coño iba a hacer Melero algo así?

¿Por qué?

La pregunta del millón.

En este caso, la maldita pregunta del millón y medio de euros.

¿Por qué hacemos algunas de las cosas que hacemos?

¿Por qué coño hacemos todo lo que hacemos?

Corominas albergaba la misma duda. Pero esta vez estaba convencido.

Todo encajaba.

Solo tenía que responder a la dichosa pregunta.

Y después, demostrarlo.

«Están el presentimiento, la corazonada, la clarividencia, el olfato, el dolor de vientre y hasta el de ojete, de juanete o de lo que tú quieras, y luego están las pruebas, inspector: solo ellas condenan», solía repetirle Vázquez de forma machacona.

Era consciente de que sin algo sólido —más bien rotundo— no tenían nada que hacer. Melero era un pilar de la comunidad, un muro de carga del sistema y máximo exponente de las bondades del capitalismo neoliberal.

Un self made man.

Se imaginó a Contreras, la yugular y la carótida palpitantes, cagándose en todo ante la mera sugerencia de que el empresario estaba detrás del asunto: «¿Te has vuelto gilipollas? Uno no acusa a Dios de secuestro y asesinato si no lo tiene grabado en vídeo a plena luz de día, con *Dolby Surround*, palomitas y toda la hostia, ¿estamos? Así que vete a tomar por culo».

Luego vendrían el despido fulminante y quién sabe si hasta la celda.

—Ponte un par de botas, subinspector: te vas al pueblo.

Si querían comenzar a dismantelar la mentira de Melero, debían empezar por el principio.

VI

—¿Qué tal está tu padre?

—¿Aún no has hablado con él?

El tono era más de sorpresa que de reproche.

—No he podido —mintió Corominas. No se sentía preparado para la charla con Vázquez; cada cosa a su tiempo—. ¿Cómo lo ves?

—Pues bien, dadas las circunstancias. Ayer hasta estuvo cariñoso —respondió Bego—. Supongo que arrepentido por el *susto*.

A Corominas le hizo gracia el modo en el que la hija se había referido al desahogo prostibulario del padre.

—¿Y qué vas a hacer?

—He hablado con Carlos y está de acuerdo en que lo mejor es traérmolo a casa. Allí podremos vigilarlo y cuidar de él...

«El subinspector se está haciendo un hombre. Si sobreviven a esto, igual hasta lo consiguen», pensó.

—Pero algo me dice que no has venido a hablar de mi padre.

—Necesito información —asintió Corominas—. Melero. ¿Sabes algo?

—¿Algo de *qué*?

—¿Lo conoces?

—Hemos coincidido un par de veces. Todo social —contestó la hija de Vázquez.

—¿Y?

—Apenas cruzamos dos palabras. Un tío interesante. Aunque es de los que te recuerdan, sabiéndolo o sin saberlo, su éxito a todas horas. Inteligente pero creído.

—¿Y qué puedes decirme de sus cuentas?

—Solo lo que se dice por ahí.

—¿Y qué se dice por ahí? —trató de atinar Corominas.

—Que su empresa está al borde de la quiebra.

—¿Quieres decir que está arruinado?

Bego sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir es lo que he dicho.

Corominas la miró, paciente.

—El problema de la empresa de Melero es de liquidez —aclaró la hija de Vázquez.

—¿A qué te refieres?

—A que, según dicen —remarcó por segunda vez—, no puede hacer frente a los pagos. No tiene líquido, dinero de bolsillo, para que nos entendamos.

—Pensaba que el tinglado le iba como un tiro.

—Es muy sencillo, Hero: su empresa gasta más de lo que ingresa. Da igual lo que factures al año, si cien o mil millones, si de la caja sale más de lo que entra. Entonces empiezas a pedir créditos, hipotecas, más créditos...

—¿Y en qué situación le deja eso?

—Si el juez acepta la suspensión, nombrará a un administrador y la empresa deberá hacer frente a las deudas con su patrimonio mercantil.

—¿Y qué pasa con *su* dinero? Me refiero a su patrimonio privado.

—Pues depende.

Corominas dejó escapar una sonrisa. «Gallega como el padre».

—Depende del tipo de sociedad: los autónomos, los socios de Comunidades de Bienes y Sociedades Civiles y los socios Capitalistas de Sociedades Colectivas tiene responsabilidad ilimitada. Si la empresa no puede satisfacer la deuda con su patrimonio mercantil, deben responder con su dinero. Pero no creo que sea el caso.

Corominas trataba de vislumbrar qué podía haber llevado a Melero a montar semejante tinglado. Nada parecía tener mucho sentido. Cada día nacían y morían empresas y a nadie le daba por ponerse a secuestrar críos.

—¿Y qué sabes de sus inversiones privadas? —decidió probar suerte.

—¿Por qué te interesa tanto, si puede saberse?

«*Ex avaritia omnia scelera ac maleficia gignuntur*»^[17], se limitó a murmurar. Intuía que la clave estaba ahí. Cerca.

—¿Puedes enterarte?

—Puedo enterarme de lo que puedo enterarme —replicó Bego—. Pero no sé si encontraré lo que estás buscando.

—Gracias —apuntó Corominas—. Por cierto, ¿me prestas un paraguas?

Fue inútil.

En cuanto puso un pie en la calle, el granizo lo acribilló sin piedad. Al minuto, la lona negra que le cubría la cabeza estaba hecha un colador, y las varillas que la sostenían se habían convertido en brazos rotos.

Así que lo arrojó a una papelería, se caló bien el sombrero y echó a correr. Ya le compraría otro paraguas a Bego.

—El cielo se desploma sobre nuestras cabezas, inspector —lo recibió Zanón, a resguardo en su garita.

—¿Ha llegado ya el subinspector?

—Negativo. Como lo haya pillado la tormenta por ahí, se habrá cagado en Dios. El granizo ha jodido toda la chapa de los Z.

Corominas echó un vistazo a la flota móvil. El hielo había abollado capós y techos, perforado rotativos y agrietado lunas a su antojo; con un poco de suerte, alguien arreglaría los vehículos para dentro de un año. Al menos, los dos únicos K de los que disponían estaban a buen recaudo en el garaje.

Tampoco había sitio para más.

Decidió esperar el regreso de Agüero en su despacho.

El panamá seguía ahí, desafiante.

Lo miró durante un buen rato, tratando de averiguar por dónde meterle mano, de recordar cómo lo había enroscado el vendedor hasta convertirlo en un puro antes de meterlo en su jaula.

No quería echarlo a perder.

Como el caso.

Conocía el cómo, pero aún no sabía exactamente por qué.

Ni por qué César Redondo había hecho lo que había hecho, ni los motivos de Melero. Aunque estaba convencido de que en el caso del segundo tenía que ver con el dinero.

El plan había sido tan despiadado como perfecto. Digno de un frío mariscal chino. Primero, llevarse a un chaval cualquiera —un débil, un querubín inocente y huérfano de madre, de padre pobre por el que todo hombre y mujer de bien sentiría empatía— y pedir por él un rescate secreto. Una demanda inverosímil que nadie, menos un hombre como Garayoa, acostumbrado a la amenaza, al intento de coacción, a la jugarreta, se tomaría en serio. Después tocaba abandonar al crío en un espacio relacionado con el constructor: el edificio especulado, la simbólica caja fuerte.

Ahí entraba en juego el vídeo, remitido a los medios con un doble objetivo: convertir a Garayoa en el patrón desalmado que prefiere el capital a la vida ajena y edificar el paripé anarco-libertario, la patraña del loco solitario con ínfulas mesiánicas.

Luego tocaba llevarse a otro crío y convertirse a sí mismo en objetivo para tener la oportunidad de manipular la entrega —Corominas recordó la demanda precisa del secuestrador al respecto—. Y para obligar a Garayoa a contribuir. Era la respuesta lógica, única, que el hombre podía dar desde un punto de vista ético y, por supuesto, empresarial. De ahí la petición doble: una cifra redonda que hasta un niño sabría dividir entre dos.

Acabado todo, solo tenía que deshacerse de Redondo, esperar a que Corominas descubriera la foto en la casa y atara cabos —quizás hasta la había puesto allí él mismo— y desplegar su *show*.

Agüero llegó al cabo de una hora. Su expresión lo decía todo.

—¡Me cago en su puta madre! Voy a pasar una nota de gastos por cada puta marca y abolladura en la carrocería.

Después echó un vistazo a sus zapatos, cubiertos de barro hasta las borlas.

—Y la próxima vez que quieras mandar a alguien al puto culo del mundo, vas tú.

—¿Has averiguado algo?

—No ha sido fácil —contestó mientras aún se sacudía agua de encima—. Todo se ha llenado de gente nueva con lo de la autovía, pero encontré a un par de viejos que aún se acordaban de ellos, y ambos me han contado lo mismo: esos dos eran uña y carne, inspector. Siempre juntos a todas partes incluso después de que Melero cambiara de colegio. El chaval iba y venía en autobús todos los días desde Ofidia. Se dice que cuando el padre de Redondo murió, Melero se hizo cargo de él, que se lo trajo aquí y se les perdió la pista. Ninguno de los dos ha vuelto a aparecer por allí, aunque conservan las casas. Pero son solo rumores, por supuesto.

Corominas lo tuvo claro: César Redondo había pagado su deuda de amistad con Melero con creces. El empresario lo había usado para sus propósitos y, una vez conseguido el premio, se lo había quitado de en medio.

Todo le señalaba como único culpable.

El propio Redondo debía de saberlo mientras lo ayudaba. Como debía de saber que era la ofrenda perfecta a los dioses.

Quizás Melero le había prometido compartir tumbona con él en el Caribe y el pobre desgraciado había confiado en el amigo.

Le había costado la vida.

—¿Y tú, has hablado con Bego?

Corominas asintió.

—Al parecer, la empresa de Melero está muerta. Pero aparte de eso, nada.

—¿Y ahora qué? Porque todo lo que tenemos sigue siendo circunstancial. El muy cabrón se cree intocable.

—Lo es —se limitó a constatar Corominas.

—¿Y ya está?

—Solo nos queda una posibilidad.

Su única baza era encontrar alguna prueba que demostrara que César Redondo no se había suicidado. Aunque sin un motivo jamás llegarían a Melero.

La desaparición del dinero del rescate era significativa, pero no dejaba de ser penalmente circunstancial —como lo eran sus problemas financieros—. Por mucho que él mismo, Contreras, el jefe superior y hasta el mismísimo delegado y todo hijo de vecino que hubiera asistido algo despierto a su primera clase de aritmética fueran capaces de sumar uno más uno llegado el momento.

Y Melero lo sabía.

Una prueba científica, tangible, del asesinato de Redondo, sin embargo, sería otro asunto. Aunque no lo vinculara directamente con el crimen, les permitiría establecer la existencia de un segundo implicado.

Después ya se vería.

Teixidor se sorprendió al verlos, la atención fija en los interiores de un nuevo inquilino, un suicidado que se había hecho trizas el corazón con una trampa de cartucho para topes.

—Le iba a remitir el informe esta tarde, inspector. —Aún no le salía el tuteo.

—¿Y bien?

—Martínez ya me advirtió de que no era usted muy amante de los preliminares —dejó caer—. Muerte por ingesta de aconitina.

—¿Suicidio? —inquirió Corominas con el gesto torcido.

—No es lo que he dicho. Pero sí, es lo más probable.

Todo empezaba a desmoronarse.

Al descubrirle la decepción, el cabreo creciente en sus sienes, el forense trató de indagar el motivo de desasosiego de Corominas.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que esperaba encontrar?

«Cualquier cosa. Una señal, una marca, una punción irrisoria; cualquier indicio de que Redondo ha sido asesinado, porque dudo que decidiera irse al otro barrio por voluntad propia», estuvo a punto de gritar.

—¿Existe alguna posibilidad de que la ingesta no fuera voluntaria? —preguntó en su lugar.

—No hay ninguna prueba que lo sustente.

—Quizás se la administraron sin que lo supiera.

Teixidor negó con la cabeza.

—La aconitina es un veneno muy efectivo, pero quien la ingiere es consciente en todo momento del lento proceso de la muerte. Nadie que no la haya tomado por voluntad propia se quedaría tranquilamente sentado en un sillón, se lo aseguro.

Corominas decidió probar suerte por otro lado.

—¿Es fácil de conseguir?

—Es un producto muy común. Usted mismo puede ir al campo y hacerse con la planta sin problemas.

Corominas se encerró en su despacho.

Ahí seguía.

El maldito sombrero.

Desafiante.

Lo apartó de un manotazo —como si fuera la causa de todos sus males— y se derrumbó sobre la silla.

Y no pudo evitar recordar una de las arengas de Durruti: «Los Garayoas y Meleros de este mundo son intocables, inspector. Campan a sus anchas asolando la tierra, disfrutando de su impunidad».

Había perdido muchas veces.

Había perdido tantas veces que comenzaba a estar hasta los cojones. Y aunque no le gustara un pelo, supo lo que tenía que hacer.

Justo en ese instante de sagrada epifanía, de determinación suicida, su móvil comenzó a sonar.

Era la hija de Vázquez.

—Dime que tienes algo. —Sus palabras eran más un ruego, una súplica, que una pregunta.

—Melero avaló varios de los préstamos de la empresa con su patrimonio personal. Hipotecó hasta su casa. Si cierra, es probable que lo pierda todo.

Ahí estaba.

El motivo.

Dinero.

Recordó entonces las palabras del empresario: «El dinero es un simple instrumento, inspector. Le proporciona a uno poder y satisfacción, por supuesto. Pero también es una soga».

Un instrumento que te proporciona el bien máspreciado que existe: la impunidad.

Poco a poco, el alma de Corominas sucumbió.

Todo se fue manchando de crepúsculo.

Una vez infectado, la oscuridad jamás desaparece. Permanece agazapada, latente como un virus. Y le sobrevino un único deseo...

Arrancársela de cuajo.

Lo primero en lo que volvió a fijarse al entrar en el salón fue en el gran ventanal. Había dejado de llover, pero el cielo aún auguraba tormenta. Nubes borrachas, densas, sólidas, fruto de un firme brochazo al óleo.

«Sombra y oscuridad, la tarde del diluvio», pensó en esta ocasión.

Un perfecto Turner.

Melero apareció a los cinco minutos, el tiempo justo, calculado imaginó, para no mostrarse impaciente. O quizás simplemente para hacerse valer. Para recordarles que este maldito mundo está dividido entre los muchos que esperan y los pocos que se hacen esperar.

Vestía ropa informal, cómoda, una camisa de lino crudo y pantalones azules del mismo tejido —su subconsciente paseaba ya por la terraza de una villa recién adquirida en el Caribe—. Estaba seguro de que el subinspector era capaz de indicarle la marca de cada prenda.

No quedaba en su rostro ni gota de la zozobra que había mostrado tras su última charla. El tipo era un actor de primera.

—¿En qué puedo ayudarles?

Corominas agitó la mano en el aire con gesto despreocupado, un meneo corto, ridículo, que quería mostrar indiferencia.

—Simple rutina. Me gustaría preguntarle una última cosa antes de cerrar el caso definitivamente.

Melero se dejó caer en el sofá, un rictus de condescendencia en la mirada, en el cuerpo también, flojo, dejándose absorber por el cuero ahuecado.

—Usted dirá.

—¿Cómo lo hizo? —soltó entonces Corominas sin solución—. Me refiero a deshacerse de su amigo.

Sus miradas colisionaron.

Dos mercancías.

Hasta que el empresario concretó una sonrisa exigua. De hijo de puta.

Ni siquiera se molestó en mentir, cosa que Corominas agradeció. Aunque le diera asco.

—¿Cómo lo ha sabido?

Su timbre era tranquilo, como su actitud. Estaba seguro de su exención. Era plenamente consciente de ser uno de los elegidos que rigen el mundo, de que las leyes que se aplican al resto de mortales no imperan para tipos como ellos: supremos hacedores, arquitectos divinos.

Ese era su único punto débil: su sensación —real, segura, cierta— de impunidad.

Corominas recordó las palabras de Sun Tzu con las que lo había obsequiado en su primer encuentro.

—«El general que gana una batalla hace muchos cálculos en su cuartel, considera muchos factores antes de que esta se libere. Muchos cálculos llevan a la victoria, pocos cálculos llevan a la derrota» —citó de memoria—. Pues bien: hubo algo que no calculó.

—¿A qué se refiere?

El interés de Melero era puramente informativo: saber dónde había cometido el error, por dónde había hecho aguas el plan, la estrategia meticulosamente diseñada.

—El camión de la basura.

Sus músculos faciales reaccionaron. Fue un instante apenas perceptible de ojos entrecerrados, de pómulos que se tensan fugazmente.

—Verá: hará un año, el ayuntamiento cambió parte de su flota para la recogida de residuos, y resulta que los nuevos vehículos ya no trituran el contenido, sino que se limitan a compactarlo —expuso Corominas—. Esta mañana hemos recibido una llamada muy interesante de la Científica: dentro

del camión solo había medio kilo. Apuesto a que tampoco tuvo en cuenta que a alguien se le ocurriría contarlo.

Melero fue presa de una repentina hilaridad. Un ataque que le hizo proyectar la cabeza hacia atrás dejando la nuez expuesta. Corominas aguantó el tipo como pudo. A pesar de las ganas que tenía de rajársela; de meterle el cañón del revólver por el culo, primero, de llevárselo después a la boca para saltarle los sesos a plomazos.

—Ya ve: uno trata de tener en cuenta todos los detalles, hasta la más mínima consideración, y a pesar de ello, siempre olvida algo —señaló Melero, la compostura recobrada.

Corominas lo miró a los ojos, muertos como los de una muñeca. Y descubrió en ellos algo que no había visto la primera vez: la mirada de fondo turbio, insatisfecha, del que jamás logrará colmarse, del que hará lo que haga falta para saciar su apetito. Aunque sepa que el sentimiento será fugaz. Que al cabo de una hora el hambre volverá a apretar.

—Me las he visto con muchos hijos de puta en mi vida, créame —pronunció Corominas—, pero es usted peor que todos ellos. No ha dudado en matar a un niño, en joderle la vida a otro y en asesinar a su amigo para conseguir lo que quería.

—Quería a César. Y él a mí. Pero se había convertido en una carga. Y lo sabía.

Algo se agitó dentro de Corominas y le revolvió las tripas.

—Sé que le costará creerlo, pero así es —ratificó Melero—. Traté de convencerlo de que desistiera, de que podíamos largarnos y empezar de cero en otro sitio, pero me dijo que el único modo de que todo encajara, de cerrar el círculo, era que la policía y la opinión pública tuvieran a su culpable.

Corominas comprendió al fin la expresión serena del muerto, cómo había podido soportar los dolores, callar la orden imperiosa del cuerpo por salvarse. El cabrón se había ido con la sensación del deber cumplido: mi vida por la del amigo, la del amado.

—Parte de la historia que le conté el otro día era cierta. César estaba enfermo. Y aunque no era culpa suya, todo el mundo le dio de lado. Sentían pena por él, pero no les alcanzaba para superar el asco, la repugnancia. Su madre murió al darle a luz, y su propio padre, el mismo que le había transmitido la enfermedad por vía genética, se avergonzaba de él. Como se había avergonzado de su propio padre antes que de él. Lo culpaba de todo. Así que lo acogimos en casa como uno más. Sacrifiqué mi infancia y toda mi adolescencia por él: amigos, chicas, fiestas... No es un reproche, no me

malinterprete —se apresuró en señalar, como si pudiera afectarle lo que pensarán de él—. Lo quería como a un hermano.

—Y el hermano le ha devuelto el favor con creces —dejó caer Corominas—. No es usted más que un mierda. Un desgraciado capaz de cualquier cosa para no perder su estatus.

—Ambos sabemos que el estatus lo es todo, inspector. Y que solo hay un modo de mantenerlo —expuso con tono de catedrático. Corominas lo conocía muy bien—. Ya se lo dije: el dinero es un mero instrumento para un fin.

El silencio se adueñó del salón; una eternidad de miradas enfrentadas, de reproches callados, de odio a flor de piel en cada gota de sudor que exhala el cuerpo.

Hasta que, aburrido del tira y afloja —el hombre debía de tener asuntos más importantes que atender—, Melero fue al grano.

—Sé que no ha venido a detenerme. De lo contrario, estoy convencido de que la puerta de mi casa estaría llena de prensa. ¿Qué es lo quiere?

Era un desafío arrojado por quien sabe que tiene los cuatro ases en la manga y el resto de la baraja marcada.

—Tiene razón. Ambos sabemos que eso sería inútil —asintió Corominas—. No estoy aquí como policía, señor Melero, sino como un simple ciudadano.

El empresario lo observaba entre divertido y curioso, sin poder evitar el deje cruel en la mirada: el del entomólogo que observa agitarse al escarabajo que ha puesto panza arriba.

—Supongo que desea lo que todo el mundo: dinero.

—Es cierto. Estoy aquí por dinero —certificó Corominas.

Agüero, que había permanecido en un segundo plano hasta el momento, mudo, quieto, sintió una sacudida. Melero, en cambio, se limitó a saborear su triunfo y calcular mentalmente el precio del hombre que tenía enfrente. Y constató con satisfacción que su instinto seguía intacto: el madero indignado era igualito que el resto de los mortales.

—Pero me temo que no es lo que usted cree —añadió Corominas—. Verá: a lo largo de los últimos días he descubierto algo muy importante: que no soy el hombre que creía ser. Que he estado luchando contra mí mismo. Llevo más de treinta años viviendo una mentira, ¿sabe? Uno no puede huir de quién es. Quizás pueda engañarse, pero le aseguro que al final nuestro verdadero yo siempre acaba saliendo a flote. Y créame: es una liberación.

El subinspector lo escuchaba sin saber cuánta verdad se escondía en sus palabras. Si el discurso de su superior, del amigo, era una simple estratagema

o la revelación de un hombre que se ha asomado definitivamente al abismo.

Una epifanía sincera.

Un epitafio.

Fuera lo que fuese, lo apoyaría hasta el final.

—Así que he venido a liberarlo —remató Corominas. Más bien paladeó cada palabra.

—¿Va a matarme? Se ha vuelto loco —pronunció Melero, al que la suficiencia se le empezaba a desangrar.

—¿Matarlo? No ha entendido usted nada.

El empresario comprendió al fin que no era su vida lo que corría peligro, sino que aquel hombre había ido allí a joderlo. A darle donde más le dolía. Y las fauces se le llenaron de espuma.

—Voy a acabar con usted, ¿me oye? Voy a denunciarlo, a destrozarlo, a convertir su vida en un infierno. Créame, puedo hacerlo —se revolvió como el perro al que amenazan con retirar el cuenco de comida—. Conozco más modos de hundirlo de los que jamás será capaz de imaginar.

Esta vez fue Corominas quien le regaló una sonrisa de suficiencia.

—Sin su dinero no es nadie, ¿comprende?

Y sin solución de continuidad, le cruzó la cara a mano abierta.

El eco de la carne mancillada resonó por todo el salón.

—¿Dónde está?

Melero soltó un escupitajo que le alcanzó la frente. Corominas se lavó con el revés y acto seguido lo sacudió en la otra mejilla. Una golpe amplio, de tenista, que hizo que le crujiera una cervical.

El empresario se quedó perplejo.

Y en cuanto le vio levantar la mano por tercera vez se cubrió la cabeza y rompió a llorar.

Mientras iban camino de su dormitorio, Corominas sintió ganas de vomitar. Por un momento, las paredes se le vinieron encima y se trastabilló. Agüero lo sujetó por el codo, pero su superior recuperó la verticalidad de inmediato. Había venido con un propósito: no podía permitirse el lujo de dudar. Era consciente de la frontera traspasada, de la puerta abierta al infierno y la condena definitiva del alma.

Pero estaba dispuesto a pagar el precio.

Melero apretó un botón del mando a distancia y un muro se abrió como la piedra que oculta la cueva de Alí Babá. El hombre se había montado una habitación del pánico con todo lujo de detalles, incluso tenía una cama de matrimonio dentro, quizás destinada a sus juegos sexuales más secretos.

El dinero estaba a la vista, ordenado por fajos sobre un estante frente a la cama. Corominas sospechó que se encerraba allí para masturbarse tumbado, la mirada fija en ellos, mientras sentía la caricia de las sábanas de algodón egipcio rozarle el culo, los testículos y el perineo.

Le hizo cargar con él hasta el jardín.

El empresario caminaba despacio, las lágrimas ya enjuagadas, el odio deformándole de nuevo el rostro, las muelas apretadas.

—Déjelo ahí.

Melero depositó los fajos en el suelo como si fueran de porcelana china, justo a los pies del árbol de acero corten.

La imagen casi sugería una Piedad.

Corominas se llevó la mano al bolsillo y extrajo algo metálico.

Por un momento, Agüero creyó que era un revólver. También Melero.

Pero era una lata de gasolina para encendedor.

Roció la montaña de papel hasta dejarla vacía, sacó una caja de cerillas del bolsillo y se la pasó al empresario.

—¿Quiere hacer los honores?

Melero raspó el fósforo y la llamarada le iluminó su rostro: una máscara descompuesta, fantasmal. Después lo dejó caer sobre los fajos y la montaña de papel ardió entre fulgores naranjas y azul pálido, hasta quedar reducida a láminas de ceniza que el viento desmenuzaba y agitaba cielo arriba.

Junto a su impunidad.

—Hay algo más que debe saber —pronunció finalmente Corominas—: antes de venir he tenido una pequeña conversación con el señor Garayoa. Debo decirle que se ha mostrado muy interesado en todos los detalles del caso. Y en su futuro. Estoy convencido de que un hombre como él tiene planes para usted.

5

Epílogo

I

El Biscuter estaba a oscuras, las persianas, bajadas, todas las luces, también las de emergencia, apagadas. Corominas estuvo a punto de desistir, pero la quedada con Vázquez era clara en cuanto a sitio y hora.

Así que decidió probar suerte con la puerta.

Estaba abierta.

Se detuvo y aguzó el oído por si era capaz de percibir algo, pero el silencio era sepulcral.

Hasta que le llegó una voz desde la cocina.

—Adelante, inspector.

Vázquez estaba de pie en el interior, el culo sobre una de las encimeras metálicas, la frente inclinada hacia el suelo.

Las piernas le colgaban muertas.

El primer gesto de Corominas fue buscar el interruptor, pero le ahorró el esfuerzo.

—La he dado de baja esta tarde.

Hacía frío, aunque quizás solo fuera de piel para adentro.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó.

—¿Una cerveza? Se van a echar a perder.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la tiniebla, se dio cuenta de la ristra de botellines vacíos alineados en el mostrador. Vázquez era tacaño hasta decir basta, así que antes de tirarlas había decidido bebérselas todas.

Corominas cogió una de la cámara, que aún conservaba escarcha en las paredes.

—Bego está preocupada.

Pero Vázquez no lo escuchaba.

Se miraba los pies como si viera en ellos algo imposible de percibir para el resto del planeta. Justo ahí, en la punta de los zapatos.

Corominas se recordó a sí mismo en el coche del subinspector, el calzado devolviéndole una sonrisa burlona.

*Cada mañana contemplo
dos pies de vencido
dentro de zapatos que ríen.*

—El otro día vi un reportaje en la tele —arrancó Vázquez al fin, la cabeza aún gacha. Corominas no pensó que a lo que temía mirar realmente era a sus ojos—. De cómo los samuráis se rajaban las tripas.

—El *seppuku* —asintió el inspector.

El exsubinspector levantó al fin la cabeza y le enfrentó, la mirada serena, la voz resuelta:

—¿Sabías que no lo hacían solos?

—¿A qué te refieres?

—A que alguien se encargaba de cortarles la cabeza para evitarles la agonía. Lo busqué. La mayoría de las veces lo designaba el señor que había ordenado el suicidio; otras era el propio condenado quien lo escogía entre sus amigos más íntimos. Era una gran responsabilidad, porque si el tío la cagaba, el siguiente en perder la cabeza era él. Una jodienda, vamos. Tenía que ser un verdadero manitas, porque no debía decapitar al colega del todo, sino dejarle la cabeza colgando de un jirón de piel para que no rodara hasta el público. ¿Tú sabes lo jodido que tiene que ser eso? Era el mayor compromiso de lealtad que te podía pedir un amigo. Solo en ese caso podías decir que no. Y muchos se lo hacían encima, claro.

Corominas sintió un palpito extraño.

—Le hacías una putada, pero entiendo por qué, ¿sabes? No era tanto por que alguien de confianza te aligerara el trago —señaló Vázquez—, sino por tener a tu mejor amigo al lado en el último momento.

—¿De qué coño me estás hablando, subinspector?

A Corominas no le gustaba un pelo el aire funesto que tomaba la charla.

—De que quiero que seas tú.

—¿Yo, qué?

—Mi *eso*.

El inspector se quedó sin resuello de golpe.

—Te has vuelto loco.

—Jamás he hablado más en serio, Hero. Estoy sentenciado, pero aún puedo escoger cómo morir.

—Aún falta tiempo para eso. Quizás...

—Quizás, quizás, quizás... Quizás y una mierda. Ya soy un maldito fiambre, ¿no lo entiendes? No quiero ser una puta carga. Ni hablar. Para nadie. Pero menos aún para mi hija.

Vázquez sacó un revólver del bolsillo.

Pequeño. Casi como de juguete.

Tan minúsculo —ridículo— que parecía incapaz de arramblar con una vida.

No hace falta más para mandarte al otro barrio: la simple picadura de un 22.

El primer reflejo de Corominas fue abalanzarse sobre él, pero el cuerpo —ese viejo y maldito cabrón que te juega las peores pasadas cuando más lo necesitas— no le respondió.

Se quedó clavado.

—He tenido una buena vida, ¿sabes? Quiero decir que he sido razonablemente feliz. Hemos visto mucha mierda juntos tú y yo, es verdad. Este puto trabajo es como es: te da una hostia, y te levantas; te da otra, y vuelves a levantarte como un gilipollas. Porque aún crees. Porque te hierve la sangre. Así hasta que llega un día en el que ya no sientes nada. Todo es inercia. Y ese día lo dejas porque la mierda te llega al cuello y estás hasta los cojones. Pero también ha habido cosas buenas. Algunas muy buenas, como Bego. Más de lo que podrán decir muchos. Sé que no lo entenderá. Que me odiará. Pero no quiero hacerla pasar por lo que viene —sentenció—. Ya ves: toda la vida mirando por los hijos. Quizás no haya sido el mejor padre del mundo, Hero, pero esto pienso hacerlo bien. Y si a Dios le jode la marrana, pues que me mande al infierno, que ya me lo conozco de memoria.

Corominas trató de no desmoronarse.

Temblaba.

—Ninguno merecía pasar solo ese mal trago —pronunció entonces el amigo.

El inspector sintió una sacudida.

En su momento final, el exsubinspector traía a colación una frase de su padre. Una historia del pasado que le removió, no solo porque se la había contado el ilustre catedrático —y él, a su vez, a Vázquez—, sino porque encerraba una de esas infamias imposibles de olvidar.

Durante la dictadura, su padre había estado unos meses preso en el penal franquista situado en un monte horadado a las afueras de Ofidia. En toda la ciudad se sabía, sin saber, que a muchos se les daba boleto y se les enterraba como perros en una fosa común en una de las laderas. Años después, cuando alguien con vergüenza señaló el lugar, desenterraron una hilera de cuerpos cuyo único equipaje era una botella de vino colocada entre las piernas, la infame sentencia de muerte enrollada dentro.

Lo llamaron «El cementerio de las botellas».

Al ver la noticia en la prensa, las fotos de los esqueletos de cráneo agujereado con el recipiente intacto entre las tibias, su padre no pudo evitar decirlo.

«Ninguno merecía pasar solo ese mal trago».

«Eso es la vida», pensó Corominas.

Un maldito mal trago.

—Y ahora, inspector, puedes quedarte o puedes marcharte —señaló Vázquez—. Tú eliges.

Sus miradas se enredaron.

Y se dijeron todo lo que tenían que decirse en completo silencio.

Vázquez alzó el arma y se la pegó al paladar.

La respiración comenzó a agitársele —un bufar sincopado— mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Estaban llenos de miedo, pero también resueltos.

El primer reflejo de Corominas fue apartar la vista. Después, la arcada.

Pero se obligó a aguantar.

Vázquez se merecía algo mejor.

Así que hizo algo que creyó imposible.

Lo miró fijamente a los ojos y sonrió.

Fue un «te quiero» de comisuras curvadas.

—Adiós, amigo.

Y Vázquez apretó el gatillo.



CARLOS BASSAS DEL REY (Barcelona, 1974) es doctor en Periodismo, profesión de la que escapó a tiempo. En la actualidad sobrevive como *juntaletras* de fortuna, labor que equilibra con la docencia y la dirección de *Pamplona Negra*. Ha escrito cortos, documentales, largometrajes, videoclips, *spots* y ha impartido numerosos cursos relacionados con el mundo audiovisual. En 2007 fue galardonado con el Premio Plácido al Mejor Guión de Largometraje de Género Negro en el IX Festival Internacional de Cine Negro de Manresa, y en 2009 fue coordinador editorial del libro *Tasio 25*. En 2012 publicó su primera novela, *Aki y el misterio de los cerezos* (Toro Mítico) y ganó el Premio Internacional de Novela Negra Ciudad de Carmona con *El honor es una mortaja* (Tapa Negra). En 2015 llegó *Siempre pagan los mismos* (Alrevés), segundo caso del inspector Corominas, y una nueva entrega de su saga japonesa titulada *Aki Monogatari. El misterio de la Gruta Amarilla* (Quaterni). A lo largo de 2016 ha publicado el libro de poemas *Mujyōkan* (Quaterni), una novela corta titulada «La puerta Sakurada» dentro del volumen *El hombre sin nombre* (Ronin Literario) y un relato breve para el recopilatorio *24. Relatos navarros* (Pamiela).

Notas

[1] «Es propio de la amistad verdadera dar consejos y recibirlos»; M. T. Cicerón, *De amicitia*. <<

[2] «La posteridad da a cada uno lo que se merece»; TÁCITO. <<

[3] «Solo sé que no sé nada». <<

[4] «Fácil, pero no demasiado». <<

[5] Tópico usado en los poemas de Horacio que expresa el intento de alcanzar un punto medio en el que no afecten ni las alegrías ni las penas; en el que uno se conforme con lo que tiene y no se deje llevar por las emociones. <<

[6] «Nada antes que la fe»; lema de los Ilustres Colegios Notariales de España, integrados por funcionarios públicos en quien el Estado tiene depositada la fe pública. <<

[7] Frase pronunciada por Marlon Brando en el diálogo inicial de la película *El Padrino* (F. F. Coppola, 1972). <<

[8] «Soporta y renuncia»; máxima de los estoicos. Atribuida a EPÍCETO. <<

[9] «¡Qué hombre, qué sinvergonzonería, jueces, qué audacia!»; M. T. Cicerón, *Verrinaes*, V. <<

[10] Frase atribuida a PLAUTO y que hace referencia al hecho de pasar de una condición miserable a otra menos mala. <<

[11] «Por uno, conocer a todos los demás»; VIRGILIO, *Eneida*, II, 65-66. <<

[12] «En el sueño, el alma se acuerda de lo pasado»; M. T. CICERÓN. <<

[13] «Los hados conducen al voluntario y arrastran al que se opone». <<

[14] «El asno en el tejado»; hace referencia al inepto situado en puestos de importancia y responsabilidad. <<

[15] «Que de mis cenizas surja algún día un vengador»; VIRGILIO, Eneida, IV, v. 625. <<

[16] «Esperar la salvación en la huida es una locura»; G. SALUSTIO CRISPO.
<<

[17] «Todos los delitos y crímenes tienen su origen en la avaricia»; CICERÓN,
Pro Sexto Roscio Amerino 27, 75. <<

Mal trago

CARLOS BASSAS DEL REY

